



LOS HERMANOS DE BUCHHORN

LORI FOSTER

Corazón cautivo

No era posible que
fuera tan perfecto
como parecía... ¿o sí?

HARLEQUIN



LOS HERMANOS DE BUCHHORN

LORI FOSTER

Corazón cautivo

No era posible que
fuera tan perfecto
como parecía... ¿o sí?

HARLEQUIN

Corazón Cautivo

Lori Foster

4 ° Cuatro Solteros

Corazón Cautivo (2005)

Título Original: Jordan (2000)

Editorial: Harlequín Ibérica

Serie: 4° **Cuatro Solteros**

Sello / Colección: Tentación 204

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Jordan Sommerville Georgia Barnes

Argumento:

NO ERA POSIBLE QUE FUERA TAN PERFECTO COMO PARECÍA... ¿O SÍ?

Jordan Sommerville era capaz de seducir a una mujer sólo con la voz, pero no utilizaba tal poder muy a menudo. Sus hermanos decían que se reservaba para una mujer perfecta que fuera un modelo de virtud... y no había muchas así en Buckhorn. Pero entonces conoció a Georgia y rompió todas sus normas.

Georgia Barnes mantenía a sus hijos gracias a su trabajo de bailarina... exótica. Si Jordan no lo aprobaba, podía irse a paseo. Por mucho que fuera el hombre más atento, cariñoso y atractivo que había conocido en toda su vida, seguía siendo un hombre como los demás...

Capítulo 1

«El Puerco».

Jordán Sommerville se quedó mirando el cartel pintado a mano que colgaba torcido en una pared del destartado edificio. Visible desde la carretera, el cartel estaba escrito con la peor letra que había visto en su vida.

Al sentir otra helada gota de lluvia deslizarse por la nuca, masculló una maldición para sus adentros, mientras detrás de él los demás hombres que lo acompañaban murmuraban su desaprobación. Era tarde, era de noche, y para ser todavía el mes de septiembre, hacía mucho frío. ¿Qué estaba haciendo allí? Seguro que no existía una forma más estúpida de malgastar un viernes por la noche.

La idea de intentar convencer al propietario del local de que impusiera un límite de bebidas alcohólicas a sus clientes parecía totalmente ridícula. Jordán dio un paso hacia delante, ansioso por entrar y terminar cuanto antes.

Sin saber cómo, se había convertido en el líder del grupo de cinco hombres que habían viajado con él desde Buckhorn. Era un dudoso honor que había aceptado a regañadientes. El organizador del grupo había sido Zenny, un granjero jubilado y metomentodo a quien se podía describir eufemísticamente como cascarrabias. En sus días buenos.

Entre los demás, estaban Walt y Newton, dos tenderos que aseguraban haber dejado de trabajar en las tiendas de la pequeña ciudad donde vivían, aunque seguía siendo en ellas donde pasaban prácticamente todo el día. Y, para completar el quinteto, Howard y Jesse, los dos cotillas del pueblo que siempre se ofrecían voluntarios para cualquier cosa, con la única intención de enterarse de todo lo que pasaba en el condado.

Jordán se detuvo en el umbral de la puerta del sórdido local, debajo de las luces de neón que iluminaban la entrada, y se volvió hacia sus acompañantes.

—Recordad —dijo, levantando la voz para hacerse oír por encima del sonido de la música y las risas que llegaban desde el interior del establecimiento—, sólo venimos a hablar. Nada más. No quiero acusaciones, ni amenazas, ni, bajo ninguna circunstancia, violencia. ¿Entendido?

Las cinco cabezas asintieron obedientes mientras miraban ansiosamente hacia el interior del local. Jordán suspiró.

En el condado de Buckhorn imperaba la ley seca, lo que significaba que quienes consumían bebidas alcohólicas tenían el sentido común de hacerlo en privado, en los bares o en sus casas. Había habido demasiados accidentes en el lago, la mayoría provocados por turistas que pensaban que los deportes acuáticos y el alcohol eran una excelente combinación para pasar un buen fin de semana, y los habitantes de la zona querían poner fin a los riesgos de tanta conducta temeraria.

Pero aquel nuevo local, un antiguo granero reconvertido en bar de carretera, estaba situado justo al otro lado de la frontera del condado, por lo que estaba fuera de la jurisdicción de Buckhorn. Últimamente, algunos de sus clientes se divertían

atravesando la ciudad de Buckhorn a toda velocidad en plena noche, golpeándose contra vallas, metiéndose en los campos de maíz, aterrorizando a los animales de las granjas, y en general montando pequeños escándalos. De momento no había habido ningún accidente grave, pero todos eran conscientes de que era sólo cuestión de tiempo.

Por eso los buenos ciudadanos de Buckhorn se reunieron en el ayuntamiento y decidieron hablar con el propietario del local para que accediera a limitar las bebidas alcohólicas a los clientes más marrulleros y escandalosos.

Jordán estaba convencido de que era una auténtica pérdida de tiempo. Él tenía razones muy personales para detestar a los borrachos, y su primera reacción fue negarse en redondo a participar en aquella inútil expedición, pero sus hermanos y él eran considerados ciudadanos prominentes del condado y aquel día él era el único de los hermanos que podía ir.

Con un suspiro, entró en el interior del destartado local. El humo y la fuerte mezcla de olor a alcohol y sudor lo golpearon con fuerza. Las paredes estaban pintadas de gris, y de las vigas del techo colgaban fluorescentes alargados que iluminaban tenuemente el sórdido local. La música apenas lograba ahogar las risas y fuertes voces de los presentes.

Con la esperanza de encontrar al responsable, Jordán miró a su alrededor. En la barra había varios hombres sentados, todos ellos sujetando sus cervezas mientras un hombre muy delgado y con marcadas entradas servía copas con la rapidez y destreza propias de la experiencia. En el otro extremo de la barra, un matón enorme con cara de pocos amigos vigilaba el local.

Había mesas con bancos tapizados a lo largo de las paredes, así como mesas redondas con sillas en el centro, prácticamente todas ocupadas por grupos de nombres que bebían, vociferaban y reían a carcajadas. A pesar de la animación que imperaba en el local, a Jordán le resultó terriblemente deprimente.

De repente, el ruido de la conversación, el tintineo de los vasos y la bulliciosa música de los altavoces se apagaron y todo el mundo volvió la cabeza hacia el pequeño escenario circular que se erigía a la izquierda de la puerta principal, casi en el centro del local. La desteñida cortina deshilachada del fondo se movió, pero no se abrió.

Jordán miraba hacia el escenario tan hipnotizado como los demás, aunque sin saber por qué. Detrás de él, Zenny tosió, Walt se acercó un poco más, pegándose a su espalda y asomándose por encima de su hombro, y Newton se colocó a su izquierda.

Lentamente, la música de un equipo de música invisible fue abriéndose paso en el silencio, y el ritmo lento y cadencioso que inundó sensualmente el establecimiento fue adquiriendo fuerza y potencia. Todos los hombres del local estaban ahora callados, y a la espera. La tensión y la expectación eran palpables.

El telón se abrió y una mujer joven, de complexión frágil y menuda a excepción de unos exuberantes pechos apenas cubiertos por un body negro de encaje, apareció en el escenario e inició lo que parecía una exhibición de aeróbic al seductor ritmo de la música.

Jordán había visto a sus tres cuñadas realizar pasos similares cuando hacían ejercicio, pero ninguna de las tres tenía los pechos de aquella mujer, y siempre lo hacían en ropa de deporte.

Y desde luego nunca lo hacían delante de un montón de borrachos que contemplaban el espectáculo boquiabiertos y babeantes.

Casi sin habla, Jordán era incapaz de apartar la mirada. Abrió la boca y aspiró profundamente. Apretó los puños y sintió cómo todo su cuerpo se tensaba como un resorte. Fue una reacción que lo pilló totalmente desprevenido.

Mientras la miraba, se dio cuenta de que lo que hacía aquella mujer no era exactamente una danza seductora, pero la elegancia, rapidez y fluidez de sus movimientos tenía a todos los presentes, incluido él, conteniendo la respiración.

La mujer llevaba un revelador body transparente de encaje negro, con un pronunciado escote en forma de uve y flecos estratégicamente colocados sobre distintas partes, de los que colgaban cuentas y piedras que brillaban bajo los focos y atraían la atención hacia los senos y las caderas. La bailarina dio la espalda al público y los flecos danzaron sobre las nalgas que se adivinaban bajo el encaje transparente. A Jordán le tembló la mano, imaginando el contacto de sus manos con aquella piel.

Maldijo para sus adentros. La prenda negra cubría casi todo el cuerpo femenino, y sin embargo dejaba entrever las curvas y redondeces que se movían bajo él. En verano en el lago, él había visto mujeres en bikini que enseñaban más, pero ninguna le había afectado tanto. Los senos, plenos y firmes, desnudos casi hasta los pezones, a duras penas lograban mantenerse dentro de la escasa tela del body, pero la idea de que pudieran salirse mantuvo a Jordán rígido y totalmente en trance.

— ¡Dios santo, qué mujer! — susurró Newton a su lado, tan sobrecogido como él.

Jordán frunció el ceño, deseando poder enviar a los hombres de nuevo al coche y correr a tapar a la mujer.

Aquel impulso posesivo hacia una total desconocida era ridículo, y lo enterró bajo una dosis de desprecio a la vez que trataba de ignorar los fuertes latidos de su corazón.

El público gritaba, aplaudía, golpeaba las mesas con las botellas y los vasos, pero la expresión de la mujer no cambió en ningún momento. La bailarina no sonrió ni una sola vez, a pesar de que la boca grande y sensual temblaba ligeramente con sus movimientos. Tenía una boca hecha para besar, para devorar y ser devorada, de labios carnosos y suaves, y Jordán supo con su intuición masculina lo maravilloso que sería sentirlos en su boca, en su piel. De vez en cuando, la luz se reflejaba en los pálidos ojos grises de la mujer, que miraba siempre al frente, sin detenerse en ningún hombre en particular.

Era como si estuviera bailando sola, en la intimidad de su habitación, ajena a los gritos e insinuaciones de los hombres que la contemplaban extasiados.

Fingiendo indiferencia, Jordán cruzó los brazos y decidió esperar a que concluyera la actuación para buscar al propietario del establecimiento y llevar a cabo su misión. No porque la mujer le interesara, en absoluto, sino porque se dijo que sería una búsqueda infructuosa, viendo cómo todo el mundo estaba totalmente pendiente del escenario.

A pesar de su fingida indiferencia, los ojos de Jordán no se apartaron de la mujer ni un momento, y pronto notó un extraño calor bajo la piel que se fue extendiendo por todo el cuerpo. Había algo en ella difícil de aprehender pero intrínsecamente femenino que lo atraía con una fuerza desconocida. Jordán trató de ignorarlo. Él no era un hombre que se dejara llevar por las pasiones. Las mujeres no le atraían por su

sexualidad, sino por su dulzura, por su inteligencia, por sus principios. Al contrario que sus hermanos, él nunca había sido esclavo de su libido, motivo por el que éstos a veces se metían con él, burlándose de su falta de pasión.

Continuó observándola con los ojos entrecerrados.

Los rizos cortos de color castaño claro enmarcaban el rostro femenino y empezaban a empaparse de sudor y pegarse a las sienes y a la garganta. Jordán pensó cómo sería sentir los rizos mojados en los dedos, y la piel caliente y sensual en los labios. Imaginó cómo sería tener el cuerpo acalorado bajo el suyo, moviéndose al ritmo de sus exigencias sexuales, de la misma manera que se movía al ritmo de la música.

El ritmo fue apagándose, y ella se dejó caer de rodillas, apoyó las palmas de las manos en el suelo con los brazos extendidos y arqueó el cuerpo, imitando a una mujer en pleno trance sexual. Los movimientos eran descaradamente sexuales, deliberadamente seductores, y el público se volvió prácticamente loco. Jordán contuvo el aliento y trató de reprimir la imagen que se apoderó de su mente: la de que era él quien la sujetaba por las caderas mientras ella lo cabalgaba apasionadamente y lo tomaba en lo más profundo de su cuerpo.

Jordán quería apartar aquel tormento de su mente, deseó que las imágenes se desvanecieran, pero no lo logró, y la rabia que sintió consigo mismo y con la mujer se mezcló con la tensión que se estaba apoderando de él.

Sabía que todos los hombres del local estaban imaginando lo mismo que él, y eso lo enfureció.

En ese instante, los ojos femeninos se abrieron lentamente y se clavaron en él durante un instante. Jordán contuvo el aliento, sintiendo una poderosa fuerza de unión entre ambos, como si fueran amantes, a pesar de la distancia que los separaba, a pesar del sórdido lugar donde estaban, y a pesar de no haberse visto nunca. Durante una fugaz décima de segundo, los ojos femeninos brillaron de pasión, que inmediatamente se transformó en temor.

Como si acabara de darse cuenta, la mujer alzó la barbilla con gesto orgulloso, llevó las piernas hacia delante y con una agilidad sorprendente se puso en pie.

Jordán trató de desviar la mirada, sin lograr comprender por qué estaba tan excitado. No había tenido una reacción tan incontrolada y potente con una mujer desde su adolescencia. Pero desde entonces había madurado, y ahora era un hombre responsable y adulto. Era...

La música se apagó y el local quedó sumido en un impresionante silencio.

No era guapa, se dijo Jordán en silencio, tratando de ignorar los desbocados latidos de su corazón, la tensión en los músculos, y el sexo hinchado bajo la tela. De hecho, apenas podía decirse que fuera bonita. Pero era la mujer más sensual y atractiva que había visto en su vida.

En el silencio que se hizo, Jordán detectó el sonido de los jadeos femeninos, que le llegaron con la fuerza de un trueno. Un rugido de aprobación irrumpió de repente en el local, seguido de los aplausos y gritos del público, y en unos segundos el bar volvió a llenarse de los piropos y gritos de los espectadores, que querían más.

Lentamente, todavía jadeando, la mujer agradeció los aplausos mirando al frente. Jordán no se había dado cuenta hasta entonces de que ella llevaba unos altísimos zapatos de tacón de aguja, lo que era sorprendente al pensar en la elegancia y destreza

con que se movía en el escenario.

La mujer se balanceó ligeramente, y por un momento le pareció joven y vulnerable. Los hombres echaban billetes al escenario, algunos a la urna abierta situada en una esquina, aunque la mayoría los lanzaban directamente a sus pies. Ella no se inclinó a recogerlos ni dio indicación de haber reparado en ellos. Permaneció donde estaba, orgullosa y altiva como una reina mientras los hombres le rendían tributo, suplicando más y vaciando los bolsillos a sus pies.

Si Jordán no la hubiera estado observando tan detenidamente, no habría reparado en los puños apretados o el rictus tenso de los labios. Con un último asentimiento de cabeza, se volvió para abandonar el escenario.

Entonces fue cuando empezaron los problemas.

Dos hombres la tocaron, uno sujetándola por la muñeca, el otro acariciándole la rodilla y el muslo.

Preso de ira, Jordán fue hacia ellos. En ese mismo instante, el matón se despegó de la pared e hizo lo mismo, pero Jordán no lo vio. Mantuvo la mirada clavada en el rostro de la mujer, mientras ella trataba de zafarse de la mano que le sujetaba la muñeca, pero los dos borrachos tenían otros planes. Uno de ellos intentó meterle unos billetes en la mano a la vez que sugería otras actividades más íntimas.

Otros secundaron las propuestas del borracho, lanzando más dinero al escenario y pidiendo otro baile.

Ella los ignoró a todos e intentó alejarse. Buscó con los ojos al matón, pero éste se había detenido en una mesa llena de jóvenes que insistían en que continuara bailando.

—Ve a casa con tu mujer, Larry. La función ha terminado —oyó decir Jordán a la mujer al acercarse al escenario.

Su voz, profunda y sensual, estaba cargada de desprecio y cansancio.

—Suelta a la señorita —dijo él, furioso.

Reaccionando a la orden de Jordán, el hombre la soltó inmediatamente y se volvió hacia él.

—¿Quién demonios eres tú? —dijo, el tal Larry, dando un paso amenazador hacia él. Jordán lo miró con inmenso desprecio.

—Estás borracho y soy más grande y más fuerte que tú —dijo, lo más calmadamente que pudo—. Eso es lo único que debe interesarte.

Larry apestaba a alcohol, como si llevara todo el día bebiendo, y quizá por eso ignoró la advertencia de Jordán e intentó darle un puñetazo. Jordán se echó unos centímetros hacia atrás, esquivando el puño, y de un empujón lo mandó rodando por el suelo. Larry soltó un alarido, pero fue incapaz de levantarse.

—Oh, por el amor de Dios —masculló la bailarina en voz baja, pero Jordán la oyó.

Alzó los ojos y vio al otro hombre moverse rápidamente. Desafortunadamente, todavía tenía la mano cerrada alrededor de la rodilla de la bailarina y la repentina retirada del borracho hizo que ésta perdiera el equilibrio. La joven tropezó y cayó por el borde del escenario, y se habría desplomado junto a Larry si Jordán no la hubiera sujetado con fuerza.

El impacto del cuerpo delgado y sensual le hizo dar un traspié, pero rápidamente Jordán recuperó el equilibrio y le rodeó el trasero con los brazos. El vientre presionó el pecho masculino, los senos grandes y blandos, su cara.

—¿Has perdido el juicio? —gritó ella, tratando de empujarlo hacia atrás con las manos.

—En este momento sí —respondió él, con la voz ronca, manteniéndose muy quieto, sintiéndose debilitado por el contacto con el cuerpo femenino, por el tono grave de su voz, por el peso cálido y suave y por sus seductores movimientos.

El cuerpo de la mujer era ágil y flexible, suave, y Jordán era totalmente consciente del pecho pegado a su mandíbula y de los senos que se adivinaban bajo el generoso escote. La tela de encaje apenas podía ocultar la forma de los pezones duros que presionaban hacia fuera. A Jordán se le secó la boca. Estaba tan excitado que le dolía.

Quería saborearla.

Quería besarla, lamerla, saborearla, escuchar sus gemidos roncacos de placer. Sólo tenía que volver ligeramente la cabeza...

Se le aceleró la respiración.

Sintió un nudo en el estómago.

También sintió los muslos desnudos de la joven contra los antebrazos, que tenía cruzados alrededor de las nalgas femeninas. De cerca, el exagerado maquillaje era aún más evidente, pero también el innegable atractivo de la mujer. Jordán encontró su mirada, y los dos quedaron paralizados unos momentos.

Jordán nunca había visto unos ojos como aquellos, de un frío tono gris helado, y después la miró a la boca. Casi en un ataque de pánico, ella intentó liberarse de él, pero sólo consiguió hacerle perder el equilibrio. Jordán tropezó con una mesa y la tiró al suelo, derramando los vasos que tenía encima.

Jordán trató de recuperar el equilibrio y disculpase al mismo tiempo, pero no tuvo la oportunidad de hacerlo.

Esta vez el hombre que lanzó el puñetazo tenía mejor puntería que Larry. Jordán quiso dejar primero a la mujer en el suelo mientras se agachaba, pero no fue lo suficientemente rápido.

Al instante recibió otro puñetazo en la mandíbula, a pocos centímetros de la mujer, y en ese momento, toda su rabia estalló. Aquel salvaje había estado muy cerca de pegar a una mujer.

Con la cabeza más despejada, Jordán dejó a la mujer en el suelo y la colocó a su espalda. Miró al hombre que lo había golpeado, y rápido como un rayo lo golpeó con el codo en la mandíbula, con un golpe mucho más fuerte que el que había recibido. El hombre se desplomó como un saco de patatas.

El matón que acababa de ver el codazo de Jordán marchó furioso hacia él. Jordán suspiró. Dado que no era cliente del local, lo más probable era que lo responsabilizaran de lo sucedido.

El matón lo sujetó por el brazo y lo zarandeó hacia delante. Aunque Jordán no era un hombre violento y normalmente habría tratado de encontrar una solución pacífica, el local se había convertido en un auténtico cuadrilátero. Las sillas volaban a su alrededor acompañadas de botellas y vasos, mientras los hombres gritaban y se pegaban sin control.

Tenía que sacar a la mujer de allí y llevar a sus compañeros de vuelta a Buckhorn. Sin detenerse a pensar, se agachó esquivando el puñetazo del matón y se colocó a su espalda. El hombre era enorme, al menos diez centímetros más alto que él, y tenía un

cuello del tamaño de un tronco de árbol. Jordán le sujetó los dedos de las manos, presionándolos con destreza hasta arrancarle un gemido de dolor.

– Estate quietecito, amigo – gruñó Jordán, asqueado, sin saber qué hacer.

Él era el pacifista de la familia, pero con dos hermanos mayores y uno más joven había tenido que aprender a dar y defenderse.

Afuera sonaron sirenas, lo que generó mucha más confusión. Utilizando al matón como escudo, Jordán se volvió hacia la mujer y gritó:

– Vete de aquí.

La mujer vaciló sólo un momento y desvió la mirada hacia el dinero esparcido sobre el escenario. Pero enseguida lo miró a él y asintió. Sin perder tiempo, subió al escenario y corrió hacia la cortina.

En ese momento, varios ayudantes del sheriff del condado armados entraron en el local.

– Todo el mundo quieto – gritó uno de ellos desde la puerta, apuntando hacia el interior.

Zenny, Walt, Newton y los demás habían desaparecido. No había ni rastro de ellos. Probablemente se habían largado al escuchar las sirenas. Al menos habían logrado escapar del altercado. De hecho, estaba seguro de que ya estarían casi en Buckhorn, ansiosos por contar la perversión de la que habían sido testigos. Sin duda era lo más emocionante que les había ocurrido en muchos años, y sólo se podía comparar a lo mucho que disfrutarían contándolo y sintiéndose unos héroes.

Un joven ayudante del sheriff subió al escenario y se acercó a la bailarina. Ella parecía querer echar a correr, pero sin embargo se quedó ante él con gesto desafiante y le plantó cara. Vestida como estaba, su actitud resultaba más bien absurda. Nadie podía tomarse muy en serio a una mujer medio desnuda.

Jordán echó a caminar hacia ella, tirando del matón con él, pero uno de los ayudantes del sheriff se interpuso en su camino. Sin otra alternativa, Jordán soltó al matón, que empezó a amenazarlo con el puño y a maldecir. Otros dos ayudantes del sheriff lo redujeron y esposaron inmediatamente, y lo llevaron con el grupo de hombres detenidos en el exterior. Entonces el ayudante del sheriff se volvió hacia él.

Sabiendo que no tenía escapatoria, Jordán alzó las manos y sufrió la inolvidable experiencia de ser detenido y esposado, sin perder de vista a la mujer. Alguien debería al menos permitir que fuera a vestirse, pensó.

– Tú no eres de por aquí, ¿verdad? – le preguntó el ayudante.

– No, soy de Buckhorn – tuvo que admitir Jordán, muy a su pesar.

Era muy consciente de que sería imposible ocultar aquel estúpido contratiempo a sus hermanos. El ayudante arqueó una ceja y sonrió muy satisfecho.

– Menos mal. Espera en mi coche mientras lo notificó al sheriff de Buckhorn para que se ocupe de ti. Eso que me ahorro.

– ¿Y la mujer?

– Yo en tu lugar me preocuparía por mí mismo – respondió el representante de la ley, y añadió –: El sheriff de Buckhorn es un tipo de cuidado.

Puesto que el sheriff era precisamente su hermano Morgan, Jordán lo sabía perfectamente. Lo sacaron afuera, donde estaba lloviendo a cántaros, y lo obligaron a entrar en un coche patrulla. Allí Jordán maldijo su suerte, su libido y su mal genio,

sobre todo éste último, que había elegido un pésimo momento para aparecer. El coche en el que había ido al bar desde Buckhorn no se veía por ningún lado, lo que confirmó sus sospechas de que los otros se habían ido.

La puerta del coche se abrió y un ayudante ayudó a la mujer a entrar. Cuando ésta vio a Jordán allí sentado, titubeó un momento.

—Oh, cielos —susurró, con sincera angustia. Se dejó caer en el asiento y se tapó la cara con las manos—. Justo cuando pensaba que las cosas no podían ponerse peor.

Jordán aspiró la fragancia de sus cabellos y de su piel, totalmente consciente de su frustración y agotamiento. Se acomodó en el asiento y se dio cuenta de que, a pesar de las palabras de la mujer, la noche acababa de dar un inesperado y espectacular giro que le complacía enormemente.

Capítulo 2

—¿Vives en Buckhorn? —preguntó él.

Era la única conclusión a la que podía llegar al verla en el coche patrulla con él.

Como ella no respondió, el policía lo hizo por ella.

—Según su carné de conducir, así es.

Jordán se inclinó hacia delante para verle la cara, pero ella seguía cubriéndola con las manos. Suavemente, él la sujetó por las muñecas y se las bajó.

—¿Dónde? —preguntó él, en un intento de tranquilizarla—. No te he visto nunca.

Y estaba totalmente convencido de que, si la hubiera visto antes, la recordaría. Aunque fuera totalmente vestida y estuviera haciendo algo tan poco original como comprar o aparcar el coche, él estaba seguro de que habría llamado su atención. Había algo en ella que lo afectaba en lo más profundo.

Estar tan cerca de ella despertaba en su cuerpo reacciones eróticas. La sensación era de placer y dolor a la vez.

Sus miradas se encontraron, la de él curiosa, la de ella cauta y hostil.

—No es asunto tuyo —le respondió ella.

El ayudante respondió de nuevo por ella, sin respetar en absoluto su deseo de intimidad.

—¿Conoce la vieja granja que hay junto al depósito de agua? Vive allí.

La mujer dirigió una mirada fulminante al bocazas. Éste se inclinó hacia ella y le quitó las esposas. Después, le dejó el bolso de mano en el regazo. Jordán miró las muñecas estrechas y frágiles mientras ella se las frotaba para desentumecerlas.

No llevaba joyas. Ni alianza.

—Si te quito las esposas ¿sabrás comportarte? —preguntó el ayudante a Jordán.

A Jordán le molestaba profundamente que lo trataran como a un niño desobediente, pero estaba demasiado ocupado mirando a la mujer para sentirse ofendido. Levantó las manos en silencio y esperó a que le quitaran las esposas. La mujer miraba por la ventana, ignorándolo por completo.

—¿A qué estamos esperando? —preguntó Jordán, antes de que el hombre se alejara.

—El jefe está de acuerdo en que el sheriff Hudson se ocupe de vosotros dos. Nosotros tenemos la cárcel llena.

Jordán soltó un gruñido. Morgan tenía que ocuparse de Misty, su esposa, que estaba en cama con una fuerte gripe y un fiebre altísima, y de su pequeña hijita, por lo que no le haría ninguna gracia que lo llamaran a aquellas horas para ir a hacerse cargo de unos alborotadores. Claro que su hermano Gabe o una de sus cuñadas, Honey o Elizabeth, estarían encantadas de echarle una mano, pero corrían el riesgo de contraer también la gripe.

Jordán apartó la mirada de la mujer y dejó caer la cabeza sobre el respaldo del asiento.

—Cuando se enteren, no me dejarán en paz —refunfuñó Jordán.

Ella se acomodó alejándose un poco más de él, aunque ya estaba casi pegada a la

puerta. Jordán giró ligeramente la cabeza para mirarla. La expresión de la mujer era de profunda preocupación. Además, estaba temblando.

No era de extrañar, pensó él, reprochándose no haberse dado cuenta antes. La ropa que ella llevaba apenas ofrecía protección frente al frío y la lluvia. Aunque era septiembre, las temperaturas habían traído bruscamente en los últimos días. Jordán estudió los hombros y los brazos desnudos mientras se quitaba la cazadora. Aunque estaba húmeda por el cuello, el interior estaba seco y caliente.

Consciente de los esfuerzos de la mujer por ignorarlo, él le tendió la cazadora.

—Póntela —le dijo, con un tono de voz profundamente seductor—. Estás temblando.

Muy lentamente, ella volvió la cabeza hacia él y lo miró con expresión distante y escéptica.

—¿Por qué me hablas así?

Jordán dio un respingo.

—¿Cómo? —preguntó, en un tono que ya no era ni tan suave ni tan seductor.

—Como si quisieras seducirme. Como un hombre habla a una mujer cuando están solos en la cama.

¡Menudo rechazo! Jordán se quedó helado. Totalmente desconcertado, abrió la boca para responder, pero no salió nada.

Ella emitió un sonido de asco.

—No pierdas el tiempo. No me interesa. Y no, no quiero tu cazadora.

Jordán frunció el ceño. Las mujeres siempre le habían dicho que tenía una voz seductora, con la que era capaz de tranquilizar a un oso herido o persuadir a hombres furiosos para evitar una pelea. A sus treinta y tres años, había cosechado varias propuestas de matrimonio de mujeres que decían que les encantaba escuchar su voz, sobre todo en la cama.

—No seas tonta —gruñó él—. Terminarás pillando una pulmonía si sigues medio desnuda.

La mujer cruzó los brazos y tensó el cuello. Pasaron unos minutos de silencio y después ella lo miró echando chispas por los ojos.

—¡No puedo creer que me hayas metido en esto —casi gritó—, y que además tengas el valor de intentar seducirme y...

—¡No estaba intentando seducirte, maldita sea!

—... criticarme!

Distraído por cómo los brazos cruzados levantaban ligeramente los senos femeninos, Jordán tardó en responder.

—¿Que yo te he metido en esto? Cariño, yo era quien quería ayudarte.

—No me llames «cariño», y no necesito ayuda. Lidio con Larry casi todas las tardes. Es un cliente habitual, un borracho habitual y un pesado habitual, pero sé cómo tratarlo —dijo ella, y curvó los labios con desprecio—. Evidentemente tú no.

Jordán dejó caer la mano que sujetaba la cazadora sobre el asiento. Nunca se había sentido tan perplejo. Se frotó el mentón con gesto pensativo, sin dejar de estudiarla.

—Ah, creo que ya entiendo —dijo él, arqueando una ceja.

—Lo dudo mucho.

Él se encogió de hombros.

—Supongo que cualquier mujer con agallas para exhibirse como tú lo has hecho hoy es muy capaz de defenderse sola de borrachos y pesados. Siento haber interrumpido. ¿Te habría dado Larry una propina mayor?

La mujer casi se atragantó de ira.

—¡Hipócrita! Te he calado desde el principio. Me condenas, pero estabas en el bar, ¿no? Encantado de mirar, por mucho que te parezca sórdido.

Jordán se inclinó hacia delante, atraído por ella como si fuera un imán, deseando poder sentarla en su regazo, abrazarla y sentir toda su ira y toda su pasión en él.

La mujer estaba prácticamente vibrando de rabia, y a él lo excitaba como si fuera el afrodisíaco más potente del planeta.

—Estaba allí porque quería protestar contra el bar, no para ver tu numerito.

Ella abrió los ojos de par en par y respiró profundamente, haciendo un esfuerzo para controlarse. Jordán no pudo evitar mirar los senos femeninos y sentir la urgencia de sacarlos del corpiño, abarcarlos con las manos, acariciar los pezones con los pulgares hasta endurecerlos de placer, hasta que ella gimiera de pasión.

Tragó saliva y la miró, consciente de su expresión libidinosa, y de que ella también se había dado cuenta de sus pensamientos.

—Así que tú eres uno de esos fanáticos intolerantes que protestan contra todos los pecadores, los que beben, o bailan, o quieren divertirse un poco.

—En absoluto —dijo él.

Ahora estaban los dos muy cerca, sólo separados por un par de centímetros. Ella no pensaba retirarse. Su demostración de valor era para él una fuente más de excitación. Nunca había conocido a una mujer como ella.

—Mi única preocupación —dijo él, distraído por el calor que irradiaba el cuerpo femenino, por su suave fragancia—, son los borrachos que salen del bar y entran en mi condado. También tu condado. Ya han causado unos cuantos problemas y quiero que esta situación termine antes de que hagan daño de verdad a alguien.

Los ojos femeninos descendieron a su boca. Jordán respiró hondo, tratando de recordar lo que quería decir.

—Sólo quería hablar con el propietario, nada más. No me di cuenta de que te gusta que Larry te manosee.

Ella volvió a mirarlo, furiosa. El labio inferior le temblaba, y Jordán se preguntó si sería a causa de su desagradable comentario o por el frío de la noche. Sintió remordimientos y vergüenza por provocarla de aquella forma. No era propio de él. En circunstancias normales, era un hombre amable y comprensivo, pero aquella no era una noche normal, ella no era una mujer normal, y sus reacciones ante ella estaban lo más lejos de lo normal que pudiera imaginar.

—Sólo me ha tocado la pierna —repuso ella—. Y Gus está aquí para impedir que vaya a más.

—¿Gus? —preguntó él, sintiendo una punzada de celos.

—El matón. El que...

—Ah.

Jordán vio el rubor que cubrió el rostro femenino, y le rozó la mejilla con la punta de los dedos, apartando suavemente un rizo húmedo.

—El gorila ése que quería matarme. ¿Por qué demonios me ha atacado?

Ella no protestó por el contacto. Los dos respiraban aceleradamente.

Ella alzó ligeramente un hombro, y Jordán observó el movimiento de los senos femeninos, tan cerca de él. Sacudió la cabeza e intentó concentrarse en la conversación, aunque parecía imposible del todo.

—No te conoce —dijo—, y tú estabas... — ella lo miró, con el ceño ligeramente fruncido—. Tú estabas furioso.

—Estaba furioso, sí —corroboró él, en un susurro—. Creía que alguien iba a hacerte daño.

Ella separó los labios.

Fuera del coche, un hombre trataba de evitar ser detenido y se golpeó contra la puerta. Ella dio un salto y dejó escapar un grito. Sin pensarlo, Jordán la sujetó por los hombros, ofreciendo consuelo y tranquilidad. La suave piel femenina era una tentación, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para que el contacto fuera impersonal, para no acariciarla.

Entre los gritos y quejas que llegaban desde el exterior del coche, Jordán escuchó al sheriff decir que ya estaba harto de aquel bar y que iba a tener que tomar medidas más drásticas.

Por lo visto, aquellas medidas drásticas incluían varias detenciones, incluida la de Jordán, a pesar de que éste ni había bebido, ni había empezado la pelea, y no tenía nada que ver con todas las veces que el sheriff había tenido que ir a poner orden en el local.

—Buen sitio para trabajar —continuó Jordán, acariciándola suavemente, incapaz de apartarse de ella.

—Así puedo pagar las facturas —fue la respuesta inmediata y directa de ella.

En ese momento pareció darse cuenta de que la estaba acariciando y se volvió hacia él, dirigiéndole una mirada fulminante.

Jordán volvió ofrecerle la cazadora.

—¿De verdad quieres que mi hermano te vea así?

—¿Tu hermano?

—El sheriff de Buckhorn. Si lo conozco bien, estará aquí de un momento a otro. Estoy seguro de que toda su cólera recaerá sobre mí, pero créeme, también sobre ti, porque tenía la tarde planificada y eso no incluía una redada en una noche de lluvia y tormenta. ¿No preferirías enfrentarte a él con un poco más de ropa que un body de encaje y unos flecos?

Georgia tenía las manos unidas sobre el regazo.

—¿Crees que nos retendrá toda la noche?

Su aspecto era tan frágil y delicado, tan joven e indefenso, que a él le costaba relacionar a la vampiresa fría y distante del escenario con la mujer preocupada y temblando que tenía ahora a su lado. No le parecía una mujer endurecida por la vida ni que fuera lo bastante cínica como para exhibirse en público sin sentirse avergonzada.

—¿Quién sabe? Es muy intolerante, a pesar de que somos familia. Aunque es justo y ni tú ni yo tenemos la culpa de lo que ha ocurrido.

La mirada fulminante de ella decía lo contrario.

Jordán sonrió.

—De acuerdo, crees que la culpa es mía. ¿Es razón suficiente para que te quedes ahí muerta de frío? —trazó la línea de la garganta con los dedos—. Tienes la piel helada.

Un estremecimiento la recorrió, y ella cerró los ojos. Jordán la miró, sintiendo lo que ella sentía, la comunicación que existía entre ambos, la instantánea carga sexual que se apoderó de los dos. Fue como un relámpago que provocó chispas en todos los nervios del cuerpo. Jordán nunca había sentido nada así, un imperioso deseo de tenderla en el asiento, quitarle la ropa y cubrirla con su cuerpo. Quería transmitirle su calor e imprimirle su huella en la piel.

Después de respirar profundamente, ella se apartó de la caricia de sus dedos y aceptó la cazadora. Él le ayudó a ponérsela, observando sus contorsiones en el reducido espacio del asiento de atrás mientras ella se ponía primero una manga, después la otra. La mujer se levantó ligeramente para arreglarse la cazadora por detrás, y Jordán la ayudó deslizando la mano por su espalda hasta la base de la columna vertebral, sintiendo la firmeza y elasticidad del cuerpo femenino.

La mujer temblaba tanto, que apenas podía abrocharse los botones. Jordán retiró las manos femeninas, pequeñas y heladas, con dulzura y los abrochó.

—¿Mejor? —susurró, con una voz profundamente afectada por la cercanía.

—Sí, gracias.

La voz femenina también sonaba más enronquecida, poniendo de manifiesto que Jordán no era el único que se estaba hundiendo en un mar de emociones. Sí, ella sentía lo mismo que él.

La necesidad de volver a acariciarla era demasiado fuerte, y él se rindió ante ella, poniéndole un rizo húmedo detrás de la oreja. El pelo era tan suave como su piel, y los rizos estaban cortados a distintas capas. En la nuca los cabellos formaban pequeños tirabuzones, y él los alzó para sacarlos del cuello de la cazadora.

—Me llamo Jordán Sommerville —dijo él.

—Georgia Barnes —dijo ella, mirándose las manos. De repente, algo pareció despertar su curiosidad—. ¿Sommerville? ¿No has dicho que el sheriff Hudson es tu hermano?

—Hermanastro —explicó Jordán, sintiendo una profunda sensación de amargura que casi le impedía hablar.

—¿El sheriff es tu hermano pequeño?

—No. Morgan es el segundo, después de Sawyer.

Jordán no tenía ganas de dar ningún tipo de explicaciones. Si estuviera en Buckhorn no sería necesario, porque allí todo el mundo estaba al corriente de la vida de todo el mundo. Por eso pensó que, si no había oído hablar de ellos, ella debía llevar poco tiempo en la zona, o vivía en un lugar muy aislado.

—¿Tu madre ha estado casada dos veces? —preguntó ella.

Jordán suspiró. Al menos la joven, Georgia, estaba hablando con él, se dijo. Era un nombre curioso, seguramente su apodo artístico.

—El primer marido de mi madre murió en el ejército después de darle dos hijos, Sawyer y Morgan. Después se casó con mi padre, pero no duró mucho tiempo porque él se convirtió en un borracho insoportable poco después de la boda.

Jordán vio la sorprendida mirada en los ojos femeninos, y la boca entreabierta. Le sujetó la barbilla con la mano y le acarició el labio inferior con el pulgar, hambriento de

ella, por extraño que pareciera. Apenas la conocía, y lo poco que conocía no le gustaba, pero lo que sí sabía era que la deseaba para siempre.

—A mi padre le hubiera encantado este local —añadió, aunque no era su intención revelar tanto—, y también tu numerito.

La miró despacio. Georgia iba enfundada en su enorme cazadora, y tenía los rizos coitos y castaños humedecidos por el sudor y la lluvia, y el maquillaje corrido.

La esbelta pierna estaba a sólo unos centímetros de él, y Jordán sabía que podía cubrir el muslo desnudo por completo con la mano extendida. Podía acariciarle la piel, y separarle las piernas a la vez que ascendía hacia arriba buscando su calor. La tela del body no ofrecería ninguna resistencia. Podía...

Masculló en voz baja.

—Mi padre habría estado en primera fila, cielo, arrojando billetes al escenario, aplaudiendo y animándote a seguir, y haciendo lo imposible por comprar tus favores. Pero al verte esta noche... —Jordán titubeó un momento. Su mano se abrió entre los rizos sedosos y la atrajo hacia él—, casi puedo perdonarlo por ello.

Las palabras de Jordán se convirtieron en un susurro, y los ojos femeninos se cerraron lentamente, a la vez que sus labios se entreabrían y respiraban entrecortadamente. La invitación estaba ahí, y él se inclinó hacia ella, totalmente excitado al pensar en apoderarse de su boca. No podía creer lo que estaba ocurriendo, y no podía evitarlo.

Un suave gemido salió de los labios de Georgia cuando él le besó las comisuras de los labios, y otro cuando él ladeó la cabeza y le rozó la boca con la suya. Con el tercer gemido los labios femeninos se abrieron y Jordán la besó, hundiendo la lengua en ella, pensando únicamente en el cálido sabor de su boca y la sensación tan fuerte y salvaje que despertaba en él.

Unos golpes en la ventanilla los devolvieron al mundo real.

Georgia dio un respingo y se llevó una mano a la garganta. No hacía falta ser muy listo para darse cuenta de lo arrepentida que estaba por algo que no había podido evitar, igual que él.

Jordán se inclinó sobre ella y miró a su hermano mayor que lo contemplaba con el ceño fruncido desde el otro lado de la ventanilla.

Morgan iba sin afeitar y llevaba una camiseta y unos vaqueros, prueba evidente de que al recibir la llamada estaba en casa, no de servicio. Su expresión de sheriff duro y malo estaba perfectamente conseguida. Era la cara que reservaba para mantener a raya a los habitantes de Buckhorn, la misma expresión que se había ganado el respeto de todo el condado.

Sin dejarse intimidar por él, Jordán abrió la puerta del coche y salió.

—¡Ni queriendo podrías ser más inoportuno! —le espetó a su hermano.

Morgan, con los ojos enrojecidos y cara de pocos amigos, le respondió con un gruñido:

—Me temo que a inoportuno me ganas tú, Jordán. Y más vale que tengas una buena excusa para apartarme de mi mujer enferma y mi hija a estas horas de la noche, porque si no te voy a mandar a casa a patadas.

Jordán estaba a punto de responder adecuadamente a su hermano, pero apenas había abierto la boca cuando Georgia abrió la puerta y salió del coche patrulla,

obligando a Morgan a retroceder unos pasos. Se plantó ante él con la expresión propia de una reina y dijo:

–Será mejor que continúen su discusión familiar más tarde. Yo quiero terminar con esto cuanto antes y largarme a mi casa.

Georgia tuvo que hacer un esfuerzo para no temblar. El hombre que la miraba con expresión furiosa la hizo sentir muy pequeña.

¡Y ella había pensado que Jordán era enorme!

De hecho, los dos hombres eran de similar estatura, y a pesar de su determinación, Georgia empezó a temblar como un perrito mojado. De repente, Jordán estaba junto a ella.

–Déjala ya, Morgan. La estás asustando.

Le puso las manos en los hombros, y ella no se apartó. Debería haberlo hecho, sabiendo que Jordán tenía el poder de hacerla temblar como un flan y arder como una hoguera. De hecho, ella acababa de permitirle que la besara.

Era el hombre con la voz más seductora que había escuchado jamás, incluso cuando la insultaba y la provocaba. Y ella había hecho lo impensable, todo por culpa de aquella voz que debilitaba por completo su fuerza de voluntad y su determinación. Georgia se reprendió por ello. No le gustaban los hombres, y no quería saber nada de ellos. Nada. Ni como amigos, y desde luego tampoco como amantes.

Y mucho menos para una relación de una noche, que era lo que probablemente Jordán Sommerville buscaba. El tipo ni siquiera se había molestado en fingir que ella le gustaba o que no desaprobaba lo que hacía. ¡El muy arrogante!

Georgia se obligó a mirar al sheriff.

–No, no me está asustando –afirmó, con la cabeza alta.

La mentira sonó bastante creíble, aunque ninguno de los dos hombres pareció tragárselo.

–Así que, si no les importa, me gustaría ponerme a cubierto y terminar cuanto antes.

–¿Tantas ganas tienes de pasar una noche en la cárcel? –preguntó Morgan, visiblemente irritado.

Ella se sintió desfallecer.

–¿En la cárcel? Pero...

Bajo ninguna circunstancia podía estar fuera de casa toda la noche. Tragó saliva y, detestando lo que iba a decir incluso antes de que las palabras salieran de su boca, se obligó a mirar al sheriff.

–Tengo que volver a casa esta noche.

–¿Tienes a un marido esperando? –preguntó Morgan, burlón.

Ella negó con la cabeza. Una gota de lluvia se deslizó por su nariz.

–Dos niños.

Las manos de Jordán se clavaron inconscientemente en los hombros femeninos.

–¿Qué?

Georgia sintió la tensión que irradiaba de Jordán. Éste aflojó la presión de los dedos y la volvió hacia él.

–¿Tienes hijos?

Ella alzó la barbilla.

– Sí.

La sorpresa en la cara de Jordán se tornó en condena.

– ¿Dónde demonios está tu marido?

Georgia no le debía nada y no estaba obligada a darle ninguna explicación.

– Ex-marido. Y no tengo ni idea. Pero esté dónde esté, espero que se quede allí mucho tiempo. Y ahora, ¿has terminado con el interrogatorio?

– Quizá deberías preguntarme eso a mí – le respondió el sheriff.

Jordán se puso delante de ella, como protegiéndola de su hermano.

– No vas a detenerla, Morgan, y lo sabes, así que deja de desahogarte con ella.

– ¿O qué?

– O se lo diré a Misty.

Georgia no sabía quién era Misty ni por qué su nombre ablandó repentinamente al sheriff, pero eso fue exactamente lo que sucedió.

– Hace una noche de perros para que me hagas esto, Jordán – dijo el hombre, ya no tan enfadado.

– No ha sido idea mía llamarte.

– ¿No? ¿Entonces qué has hecho, empezar una pelea? Creía que habías venido para ocuparte de que no hubiera problemas, para asegurarte de que no hubiera violencia.

– Yo no he tenido la culpa. Sólo he...

Sus palabras se interrumpieron al ver a Georgia dirigirse hacia el local con pasos firmes.

Si aquellos dos tontos querían quedarse bajo la lluvia a discutir, que lo hicieran, pero ahora que estaba segura de que no iban a encerrarla, tenía mejores cosas que hacer, pensó ella.

Sin embargo, aún no había recorrido tres metros cuando la mano de Jordán la sujetó por el codo.

– ¿Dónde crees que vas?

Con un suspiro, ella se armó de valor y se volvió a mirarlo. Se remangó una de las largas mangas de la cazadora de Jordán para sacar una mano, y después se apartó el pelo de la cara. Llevaba todo el maquillaje corrido, lo sabía.

Pero no le importaba en absoluto.

Jordán seguía sujetándola por el codo, con suavidad.

– Tengo dinero en el escenario. Si no lo recojo ahora, lo hará Bill, y yo habré malgastado la noche para nada. Como he visto que no tenéis mucha prisa por marcharos, y el otro sheriff ha acabado ya dentro...

– ¿Quién es Bill?

– El dueño del local. El hombre que venías a ver antes de... despistarte.

Georgia intentó zafarse de él, pero no lo logró. Jordán no pensaba soltarla.

Éste se volvió a su hermano.

– ¿Puedes darnos un momento?

– Sólo un momento – dijo Morgan, en tono severo –. Malone sólo se queda en la cama si yo la obligo. Si no, ya la conoces. Se levantará y le volverá a subir la fiebre...

– No tardaremos.

Con un encogimiento de hombros, Morgan se alejó. Georgia lo observó partir con alivio.

– ¿Quién es Malone?

– Su mujer, Misty.

– ¿Por qué la llama Malone...? No importa, déjalo.

Asqueada consigo mismo, Georgia le dio la espalda. No le interesaban aquellos hombres ni sus rarezas. Caminó con pasos apresurados al interior del local, haciendo lo posible por ignorar la cálida caricia de la mano de Jordán en el brazo, que caminaba su lado. Incluso a través de la manga de la cazadora, ella sentía su fuerza, su calor. Y por alguna extraña razón, Georgia empezó a pensar en cosas en las que no había pensado en años, imaginando placeres que no estaba segura de que existieran.

Cuando entraron en el interior del local, Bill estaba recogiendo el dinero del escenario. Jordán soltó el codo de Georgia y ella fue hacia el escenario con una falsa sonrisa en los labios.

– Vaya, muchas gracias, Bill. No sabes cuánto te agradezco que te hayas ocupado de mi dinero.

Georgia no se fiaba de él ni un ápice. Era del tipo de hombre que se creía capaz de conseguir cualquier cosa de una mujer, y Georgia sabía perfectamente lo hipócrita que era.

– ¡Georgia! Creía que te habías ido – dijo, sorprendido, mirándola.

– Casi – dijo ella, extendiendo la mano.

Bill se pegó el dinero al pecho.

– Estoy esperando – dijo ella, acostumbrada a tratar con él.

– ¿Y los daños en mi local? – le espetó él, dirigiendo una desagradable mirada a Jordán.

Georgia también lo miró, y vio que tenía la misma expresión furiosa que su hermano unos minutos antes. Era también la misma expresión que vio en su cara cuando Larry la sujetó de la muñeca. Entonces le había dicho que estaba furioso porque temía que le hicieran daño.

– Yo no he tenido la culpa, Bill, y lo sabes – dijo ella –. Eso cuéntaselo a los que se ha llevado el sheriff, pero dame mi dinero.

Bill continuaba titubeando entre entregarle el dinero o no.

– Sabes que puedo bailar en cualquier sitio, Bill – continuó ella –. No me obligues. Necesito el dinero.

Escupiendo una palabrota que a Georgia la hubiera escandalizado apenas un mes antes, Bill le puso el puñado de billetes en la mano. La mayoría eran billetes de un dólar, pero en total habría unos cien o más, y era un dinero que necesitaba para los arreglos de la casa que acababa de comprar.

– Gracias – murmuró, con una falsa sonrisa.

Georgia se volvió a mirar a Jordán y vio la expresión de desprecio en su rostro.

Menudo mojigato moralista, pensó, pero en voz alta dijo:

– Estoy lista cuando quieras.

Jordán mantuvo la puerta del establecimiento abierta y los dos se dirigieron hacia el coche negro de su hermano.

Los dos representantes de la ley estaban hablando, pero cuando Jordán y ella se acercaron al vehículo, se separaron. El sheriff Hudson se sentó al volante.

Casi había dejado de llover, pero a Georgia el frío le había calado hasta los huesos.

Tenía las piernas desnudas y heladas, y los pies empapados. Habría preferido cambiarse de ropa, pero el sheriff parecía tener mucha prisa por salir de allí y ella prefería llegar a casa cuanto antes y terminar con aquella pesadilla de una vez. Estaba agotada, le dolía todo el cuerpo, y lo que de verdad necesitaba era dormir.

Pero sabía que cuando llegara a casa tendría que ocuparse de muchas cosas. Si no hacía parte de la colada, sus hijos no tardarían en ir desnudos por la casa. Además, estaba segura de que el fregadero estaba a rebosar de platos sucios, y de que tenía que pagar algunas facturas si no quería que le cortaran servicios básicos como el agua y la electricidad.

Estaba tan inmersa en sus pensamientos, que casi tropezó con Jordán cuando éste le abrió la puerta del coche para que entrara.

Entonces se dio cuenta de que era la puerta del copiloto. Probablemente quería que fuera en el asiento de delante, emparedada entre los dos hermanos.

— Iré detrás — dijo ella, tratando de hablar con naturalidad, fingiendo que no le preocupaba.

Jordán clavó los ojos en ella.

— Irás delante. Quiero hablar contigo.

Jordán no tenía cara de estar dispuesto a dar su brazo a torcer, porque ella miró al sheriff.

— Disculpe — dijo, para llamar su atención.

Morgan Hudson volvió la cabeza hacia ella y alzó una ceja.

— Prefiero ir detrás, como cualquier delincuente detenido — continuó.

Morgan abrió la boca para decir algo, pero la volvió a cerrar cuando ella gritó. Las manos de Jordán la sujetaron firmemente por la cintura y la sentaron en el asiento de delante. Acto seguido, él se sentó a su lado y cerró la puerta.

— Arranca — dijo a su hermano.

Y con una ligera sonrisa, el buen sheriff lo obedeció.

Capítulo 3

Georgia estaba tan furiosa, que echaba humo. Estaba tan furiosa con ella como con los dos gigantes que la flanqueaban. Los tres estuvieron un rato en silencio hasta que ella, incapaz de aguantarse más, dijo:

–No me gustas.

Jordán la miró, evidentemente extrañado al oírla hablar después de estar tanto rato en silencio. Y Morgan sonrió. Georgia ya había decidido que el sheriff o fruncía el ceño o sonreía; con él no había término medio.

–¿A cuál de los dos te refieres? –preguntó Morgan.

–A los dos –gruñó ella.

Desgraciadamente, a Jordán la respuesta no pareció importarle, y a Morgan pareció divertirlo.

Georgia continuó pensando en cómo organizar todo lo que tenía que hacer aquella noche, hasta que escuchó a Jordán dar la dirección de su casa a su hermano. Era evidente que los dos conocían la vieja granja que había comprado.

Pero lo más importante fue que la estaban llevando a su casa, no a la comisaría.

–Disculpe –dijo, dirigiéndose al sheriff al tiempo que hacía lo imposible por ignorar el cuerpo de Jordán, pegado a su costado–, pero si pensaba llevarme a casa, ¿por qué no me ha dejado venir en mi coche? ¿Se da cuenta de que no tengo otro medio para ir a buscarlo?

Morgan se encogió de hombros.

–No te preocupes por el coche. Nos ocuparemos de eso por la mañana. ¿Verdad, Jordán?

–No quiero que te ocupes tú. Es mi coche –respondió ella, furiosa.

Jordán se limitó a mirar por la ventanilla. Morgan la miró un momento, y después continuó con los ojos en la carretera.

–Me temo que no tienes mucha elección. Tal y como estaban las cosas, he pensado que sería mejor así. No tenía ganas de ponerme a discutir con el otro sheriff. Quería que os arrestara a los dos, y eso es lo que he hecho. Supongo que debería ponerlos al menos una multa –dijo él, frotándose la nuca, como debatiendo la decisión–. Pero verás, el caso es que Jordán ha dicho que tú no has tenido la culpa, y yo le creo. Aunque debo decir que tengo curiosidad por saber por qué te han detenido, qué demonios estabas haciendo en ese antro de mala muerte, y por qué llevas esa ropa.

Morgan se echó ligeramente hacia delante y miró a su hermano.

–¿Y qué tienes que ver tú en todo esto?

Aunque Georgia sabía que Morgan no hablaba en serio, se tensó.

–Él no tiene nada que ver conmigo. Pero intentó intervenir... bueno, más o menos.

–No necesito que lo expliques por mí, Georgia –le interrumpió Jordán.

Ella se encogió de hombros, dolida por el tono mordaz de su voz.

–De acuerdo –dijo.

Y cruzando los brazos, Georgia se apoyó en el respaldo del asiento, en silencio otra

vez.

Morgan empezó a silbar. Después de un momento, dijo:

–Creo que ya sé lo que ha pasado.

–Morgan –dijo Jordán, a modo de advertencia.

–Tú bailas en ese local, ¿verdad?

Al verla asentir en silencio, con expresión tensa, el sheriff continuó.

–Y Jordán se ha quedado un poco entusiasmado con tu... arte. Comprensible. Aunque a veces Jordán es un poco lento de entendederas, al menos en lo que respecta a las mujeres...

–Oh, por el amor de Dios.

Georgia escuchaba, fascinaba a pesar de sí misma.

–Verás –continuó Morgan en un susurro, inclinándose hacia Georgia–. En los últimos años mis hermanos y yo hemos pasado por la vicaría. Todos menos Jordán, y eso le deja bastante vulnerable a todas las mujeres solteras con ansias de matrimonio. Está tan ocupado quitándoselas de encima, que se ha olvidado de lo agradable que puede ser estar con una mujer.

Georgia parpadeó.

–No creo que...

–Es evidente que Jordán ha perdido un poco los papeles. Casi apostaría que ha intentado defender tu honor o algo así, ¿me equivoco?

Jordán gruñó, pero Georgia no le prestó atención. La noche había sido demasiado larga y ella no podía más.

–¿Y quizá usted crea que yo no tengo ningún honor que defender porque trabajo para vivir?

Morgan la sorprendió negando con la cabeza.

–En absoluto. Yo no asumo ese tipo de cosas sobre las mujeres. Malone me cortaría el cuello si lo hiciera, a la vista de que una vez metí la pata con ella hasta las cejas.

Antes de que Morgan pudiera continuar hablando, Jordán golpeó con una mano el salpicadero y se giró hacia ellos en el asiento.

–¿Quieres todos los detalles, Morgan? ¿Es eso?

–Por supuesto.

Jordán dirigió una mirada fulminante a su hermano, y Georgia pudo sentir el cálido aliento masculino en la cara.

–Muy bien, te los daré –dijo él, con los dientes apretados–. Cuando ha terminado de bailar, un imbécil le ha sujetado la pierna. Ella le ha dicho que la dejara en paz, pero el otro no le ha hecho ni caso, y yo he intervenido. Innecesariamente, por lo visto, a juzgar por las palabras de la señorita Barnes.

Lentamente, Georgia se volvió hacia él.

–Oh, oh –oyó que Morgan decía a su lado, pero toda su atención estaba en Jordán.

–Para tu información –empezó ella–, trabajo toda la semana en el bar como camarera y me las veo con imbéciles como ése todos los días. Los conozco y sé cómo conseguir que se comporten. Sin usar los puños ni provocar peleas.

–Oh, ¿no me digas que Jordán le ha dado un puñetazo a alguien? –preguntó Morgan.

–A varios.

—Sólo a dos.

Morgan se aclaró la garganta.

—¿Y te sueles poner esa ropa para servir copas? Seguro que te dan unas buenas propinas.

Georgia sintió ganas de replicar al sheriff con un puñetazo.

—Me pongo esto para bailar los fines de semana porque se gana mucho más dinero en unas horas que sirviendo copas toda la semana, y al contrario que otros —añadió, dirigiendo una mirada a Jordán—, tengo obligaciones, y he de hacer lo que sea para llegar a fin de mes.

El coche aminoró la velocidad y Morgan lo detuvo delante de su casa. A pesar de su enfado, llegar a casa la llenó de una inmensa paz. Le encantaba la vieja casa y todo el terreno que la rodeaba, y soñaba poder convertirla en un hogar del que sus hijos pudieran sentirse orgullosos, un hogar para siempre.

Era cierto que necesitaba mucho trabajo y una importante inversión, eso no se podía negar. Pero el jardín era muy espacioso y los niños tenían mucho sitio para correr y jugar. Además, el aire era limpio y fresco, y estaba ayudando considerablemente a la recuperación de su madre. La casa representaba todo lo que Georgia siempre había querido o necesitado para su familia.

Sujetó el bolso, donde ahora tenía el dinero de su actuación de aquella noche. Con un poco de suerte, mucha determinación y bastante fortaleza, podría solucionarlo todo. No le quedaba más remedio. No tenía muchas opciones.

Morgan apagó el motor y Georgia, volviendo a la realidad, se dio cuenta de que Jordán la estaba mirando a la boca. Otra vez. Una oleada de calor se apoderó de ella, como si fuera un tsunami, y la dejó sin respiración.

¿Cómo podía seguir haciéndole eso? Le había dejado claro que no aprobaba lo que hacía, y sin embargo la deseaba. Y si ella era sincera consigo misma, tenía que reconocer que era plenamente consciente de él como hombre. Pero eso era ridículo. ¡Ella había borrado definitivamente a los hombres de su vida!

—Me parece que tienes un par de obligaciones esperándote —dijo Morgan, suavemente.

—¿Qué?

Georgia se volvió y vio a sus dos hijos de pie en la puerta abierta de la casa, con las narices prácticamente pegadas a la mosquitera. Al momento supo que ocurría algo. Hacía rato que deberían estar en la cama, y su madre nunca les hubiera permitido asomarse a la puerta solos.

En aquel momento, todos sus pensamientos sobre Jordán y su agotamiento desaparecieron, dejando sólo lugar para el miedo.

—¡Oh, cielos! —exclamó.

Prácticamente pasó por encima de Jordán, que le abrió la puerta procurando no interponerse en su camino.

—¡Georgia, espera!

Georgia oyó el tono alarmado de la voz masculina al seguirla, y después oyó mascullar algo a Morgan.

Y entonces su hija Lisa, de sólo seis años, empujó la puerta principal y salió corriendo a su encuentro. Georgia se olvidó por completo de los dos hombres.

– ¡Mamá!

Jordán casi se resbaló en la hierba mojada. Saber que era madre era una cosa y ver a su hija llamarla «mamá» era algo muy diferente. Vio a Georgia caer de rodillas, ajena al suelo empapado de agua, y abrazar a su hija.

– Lisa, cielo, ¿qué pasa?

El llanto de la niña hacía imposible entender sus palabras. Jordán tuvo emociones conflictivas, por un lado de resentimiento hacia Georgia por haber dejado solos a sus hijos para ir a bailar delante de un montón de borrachos, por el otro de ternura al verla abrazar a la pequeña con tanto cariño.

Se detuvo cerca de la niña, y ésta, con un hipido, lo miró. Tenía un par de enormes ojos castaños y era la niña más bonita que había visto en su vida.

Mirándolo con cautela, la niña murmuró:

– La abuela está enferma. No se despierta.

– ¡Oh, Dios mío!

Georgia se puso en pie como impulsada por un resorte. Tomó a la niña en brazos y corrió hacia la casa. Los zapatos de tacón se hundían en la tierra, pero eso no la detuvo.

Jordán corrió tras ella, consciente asimismo de Morgan detrás de él.

En el interior de la casa, la siguió por el pasillo.

– ¡Mamá! – gritó ella, con el miedo y el dolor reflejados en su voz.

Lisa se colgó de los hombros de su madre.

– Está en su habitación – dijo con voz temblorosa.

Pasaron por una sala de estar donde había una televisión encendida, un montón de juguetes por el suelo, y después un comedor donde sólo había una mesa, en la que aún estaban los platos de la cena.

Al final del pasillo, a la derecha, estaba la cocina, y a la izquierda una puerta que Georgia abrió de par en par. Entonces se detuvo en seco.

Jordán notó los jadeos de cansancio, y vio la rigidez de los hombros. Despacio, Georgia dejó la niña del suelo y fue hacia la cama.

– ¿Mamá?

Jordán vio a la niña dirigirse hacia una esquina, tratando de hacerse invisible. Detrás de Georgia, tendida en una cama, una delgada mujer de unos sesenta años descansaba con los ojos cerrados, casi inmóvil, hasta que empezó a toser.

Lisa empezó a llorar. Jordán no sabía qué demonios hacer. Entonces entró Morgan y se arrodilló junto a la niña.

– Hola. Soy el sheriff y un amigo de tu mamá. ¿Estás bien?

Lisa se cubrió la cara con las manos, escondiéndose, y después asintió. Al ver que Morgan tenía esa parte bajo control, Jordán se acercó a Georgia y se arrodilló junto a la cama. Ésta estaba concentrada en comprobar el estado de su madre, con movimientos eficaces y rápidos.

Lo miró un momento.

– Tenemos que llevarla al hospital. Tiene los pulmones delicados y parece que ha pillado un fuerte resfriado.

Jordán frunció el ceño, preocupado.

– ¿Esto le puede pasar por un resfriado?

– Sí.

Georgia arrastró la botella portátil de oxígeno hasta la cama y se sentó. Incorporó ligeramente a la mujer, y ésta abrió los ojos. Una vez más, empezó a toser.

– Tranquila, mamá. Voy a llevarte al hospital.

– Lo siento, cariño...

– Eh, ni se te ocurra. Te quiero, ¿de acuerdo? – Georgia miró a Jordán—. Vais a tener que llevarnos al hospital. No tengo coche.

De repente, como dándose cuenta de algo, abrió los ojos y miró a su hija.

– Lisa, ¿dónde está Adam?

Un niño rubio asomó la cabeza por la puerta.

– No están acostumbrados a ver hombres en casa – explicó Georgia, y sonrió a su hijo—. Ven aquí, cielo. No pasa nada. La abuela se pondrá bien.

Con la máscara de oxígeno en la cara, la enferma parecía respirar mejor, pero continuaba adormeciéndose, lo que alarmó a Jordán.

El niño entró despacio en la habitación. Debía de tener unos cuatro años, y se agarró a la rodilla de su madre, escondiendo la cara en su regazo.

Jordán estaba atónito, y en ese momento casi se odió por ello.

– Yo la llevaré al coche. Morgan...

– Yo llamaré al hospital – dijo Morgan, antes de que su hermano terminara la frase.

El sheriff se volvió a la niña. Le sonrió y le acarició el pelo con una de sus enormes manos.

– ¿Quieres ir a buscar zapatos y una chaqueta para tu hermano y para ti?

La niña lo miró entre los dedos que le cubrían la cara y asintió con la cabeza.

– Buena chica.

Georgia sonrió a Morgan, agradecida.

– Tranquila, mamá. Enseguida estarás en el hospital.

Jordán se arrodilló junto a ella y sostuvo a la enferma con el brazo.

– ¿Por qué no le traes los zapatos y un abrigo? Yo la sujetaré.

Georgia titubeó, sin dejar de mirar a su madre.

– Tiene enfisema. A veces, si se esfuerza en exceso, necesita oxígeno, por eso siempre tenemos una botella cerca. Sabe... – su voz se quebró y los ojos se le llenaron de lágrimas—. Sabe que lo que tiene es grave, pero nunca se queja.

Jordán vio el esfuerzo de Georgia por mantenerse entera. Cubrió la mano que sujetaba la mascarilla de oxígeno y la miró:

– ¿Estás bien?

Apretando los labios, ella asintió, y después se puso en pie.

Georgia encontró las zapatillas de su madre debajo de la cama. Buscó el abrigo con los ojos, pero Jordán cambió de parecer.

– Será mejor que la envolvamos en la manta. Será más fácil para ella, y de todos modos en el hospital le darán un camisón.

Jordán no lo dijo en voz alta, pero a juzgar por las dificultades de la mujer para respirar, pensó que podría tener neumonía. Uno de sus hermanos era médico, y había visto casos similares en más de una ocasión. Además, estaba muy pálida, y tenía la piel deshidratada y muy caliente, lo que indicaba una fiebre bastante alta.

Georgia respiró hondo y envolvió a su madre en una colcha.

Jordán vio de nuevo las lágrimas en los ojos femeninos y supo que había cometido un terrible error.

No tardaron mucho en ponerse en camino. Con la ayuda combinada de Jordán y Morgan, las cosas fueron mucho más fáciles. Eran sin duda hombres acostumbrados a tomar responsabilidades y decisiones en el acto. Georgia no sabía muy bien qué pensar de todo eso, pero se alegraba enormemente de no estar sola.

Lisa y Adam iban sujetos con el cinturón en el asiento delantero al lado de Morgan, que les dejó jugar con la radio y encender las luces del coche patrulla. A ella le sorprendió que un hombre tan grande, con una presencia tan imponente, pudiera utilizar un tono tan delicado con los niños. En ese momento, estaba sonriendo a Adam, y parecía un buenazo, cuando la primera impresión que ella tuvo de él no podía estar más lejos de esa posibilidad.

El sheriff ya había hablado con el hospital y estaban esperándolos. Fueron a toda velocidad, con las luces encendidas, en una ciudad prácticamente vacía de tráfico.

—Normalmente se tarda una hora hasta el hospital —dijo Jordán, mirándola. De hecho no había dejado de mirarla desde el primer momento que la vio en el local—. Al menos desde nuestra casa. Pero yo diría que tú estás quince minutos más cerca, y con Morgan al volante y nada de tráfico no creo que tardemos mucho.

Georgia se dio cuenta de que estaba tratando de tranquilizarla, y agradeció su esfuerzo. El de Morgan también. Los niños, tras una primera reacción de timidez, estaban encantados con él. La naturalidad con la que trataba a los pequeños hacía que éstos se sintieran a gusto con él.

Georgia tenía la sensación de que sería lo mismo con Jordán, cuando no estuviera ocupado sujetando a su madre. Se había fijado en cómo miraba los niños, en la ternura en sus ojos. Era un hombre de contradicciones, duro en un momento dado, tierno en el siguiente. Siempre fuerte y seguro de sí mismo.

En ese momento en que le temblaban las rodillas y el corazón le latía precipitadamente, le molestó la fuerza del hombre, incluso a pesar de que dependía de él. Ella era la que tenía que ser fuerte, y no quería volver a depender de ningún otro hombre.

Los dos iban sentados en la parte de atrás del coche patrulla, con la madre de Georgia entre los dos. Ella la sujetaba con un brazo alrededor de la cintura, y le ofrecía el hombro para que se apoyara.

La luz de las farolas iluminaba el rostro masculino de manera intermitente, y reflejaba claramente su preocupación. Era un hombre increíblemente apuesto, pensó Georgia, y con un corazón muy generoso.

—Casi hemos llegado —le aseguró él con una sonrisa tranquilizadora—. Aguanta un poco.

El tono hipnótico de su voz la serenó profundamente, y ni siquiera su madre, que se adormilaba y despertaba cada pocos minutos, era inmune a él. Georgia la sujetaba junto a ella, pero era la mano de Jordán a la que su madre se asía como si fuera una cuerda de salvamento, y su voz lo que la hacía entreabrir los ojos de vez en cuando.

Georgia se inclinó hacia delante y besó la mejilla de su madre. Pronto se pondría bien, se dijo, convenciéndose de que así sería.

Jordán sujetaba la mano inerte de la mujer mientras la observaba con atención.

Seguía respirando con dificultad y sufriendo repentinos ataques de tos, pero el oxígeno la había ayudado considerablemente. Eso, y el hecho de que sabía que estaban casi en el hospital.

Georgia tenía un aspecto terrible. Aunque trataba de ocultarlo, su angustia superaba con creces la de su madre. En ese momento, Jordán deseó poder abrazarla y protegerla. Parecía haber muchas cosas que él no comprendía. La casa de Georgia estaba casi en ruinas, por dentro y por fuera. Tenía muchas posibilidades, pero necesitaba una importante inversión para convertirse en el hogar que podía ser.

Sus hijos, dos angelitos adorables que estaban encantados con Morgan, se parecían muchísimo a ella. Lisa tenía el mismo pelo castaño dorado que ella, aunque lo llevaba largo y recogido en una trenza. Adam lo tenía rubio claro, y los dos tenían ojos castaños, no como los azules grisáceos de Georgia, aunque sí compartían con ella la misma intensidad de la mirada.

¿Cómo diablos lograba mantener a la familia entera? Entre ser madre de dos niños pequeños y la salud de su madre, por no mencionar el trabajo que necesitaba la casa, tenía más que suficiente.

Jordán no podía apartar los ojos de ella mientras se limpiaba una lágrima con el puño. Lo había hecho varias veces, negándose a llorar y desahogarse, a pesar de que tenía un montón de motivos para hacerlo. Llevaba el maquillaje totalmente corrido, con manchas oscuras en las mejillas y alrededor de los ojos. Jordán se metió la mano del bolsillo y sacó un pañuelo.

—Toma —dijo suavemente.

Georgia desvió los ojos desde su madre a él.

Jordán se inclinó hacia ella y utilizó una esquina del pañuelo de algodón para secarle los ojos.

—Pareces un gato de Halloween —dijo él, en broma.

Ella respondió con la primera sonrisa sincera que había visto en sus labios.

Jordán sintió que se le paralizaba el corazón. En aquel momento, con el maquillaje corrido, el pelo mojado y fosco por la humedad y la nariz roja, era la mujer más bella que había visto jamás.

Tomando el pañuelo, Georgia se frotó la cara y se limpió casi todas las manchas de rimel.

—Detesto este maquillaje, pero Bill se empeña —dijo, sonriendo—. Según mi madre parezco una chica de alterne, pero supongo que ésa es la intención de Bill.

Jordán miró al asiento delantero. Afortunadamente, los niños eran totalmente ajenos a la conversación.

—¿Qué les dices a ellos?

Casi inmediatamente Georgia cambió de expresión. Cubrió el hombro de su madre con la colcha, sin mirarlo a los ojos.

—Que tengo que trabajar. Que soy bailarina. Han visto patinar sobre hielo en la tele y creen que es algo así.

Se encogió de hombros, y en ese momento Jordán se dio cuenta de que Georgia seguía vestida únicamente con su cazadora encima del body negro de encaje con el que había bailado unas horas antes.

¿Cómo había podido ser tan estúpido? ¿Cómo demonios no se le había ocurrido

buscar ropa decente para ella antes de salir de casa? Tal y cómo iba, el hospital entero se la quedaría mirando.

Ella pareció leerle el pensamiento.

—No importa —dijo—. ¿Verdad, mamá? —añadió mirando a su madre con una sonrisa, al darse cuenta de que ésta tenía los ojos abiertos.

La mujer trató de esbozar una sonrisa detrás de la máscara de oxígeno, y negó levemente con un movimiento de cabeza.

—¿Qué voy a hacer contigo, mamá? —dijo Georgia, con un suspiro—. Eres demasiado buena conmigo.

Su madre frunció el ceño, y los ojos de Georgia se llenaron de nuevo de lágrimas, pero se echó a reír para ocultarlas.

—No, no me grites. Ahórrate el esfuerzo.

Jordán no podía soportar ver su dolor.

—Todo se arreglará, Georgia —le dijo.

—Sí, claro que sí —dijo ella, y lo miró—. Ahora que lo pienso, no os he presentado. Mamá, este es Jordán Sommerville, nuestro salvador. Y ese gigante al volante es Morgan Hudson, hermanastro de Jordán y sheriff del condado. Jordán, ésta es Ruth Samson.

Jordán asintió con la cabeza.

—Encantado de conocerla, señora Samson.

No se molestó en decirle a Georgia que no era necesario que explicara con tanto detalle su relación con Morgan. Los dos se habían criado juntos y estaban tan unidos como si fueran hermanos de sangre al cien por cien.

—Hablando de hermanos —dijo Morgan, estirando la mano desde el asiento delantero y dándole el teléfono móvil a Jordán—, llama a Gabe y dile que vaya a hacer compañía a Malone. No quiero que se levante de la cama.

Jordán asió el teléfono, y después reparó en la expresión de culpabilidad del rostro de Georgia.

—Siento que haya tenido que dejar sola a su esposa, sheriff.

Morgan encendió las sirenas un momento mientras se saltaba un semáforo en rojo. Los niños gritaron encantados.

—No te preocupes por eso —le dijo a Georgia—. Gabe se puede ocupar todo. Y Malone lo entenderá. Es muy cabezota, pero tiene un gran corazón.

—Está totalmente coladito por ella —dijo Jordán, secamente, mientras marcaba el número de teléfono de Gabe.

Gabe respondió inmediatamente y Jordán fue directamente al grano.

—¿Quién está con Misty?

—Lizzie —respondió Gabe—. Estábamos esperando vuestra llamada.

Jordán cubrió el teléfono y miró a Morgan.

—Elizabeth está con ella.

—No basta. Malone puede imponerse a ella. Dile a Gabe que vaya.

Jordán puso los ojos en blanco, con gesto impaciente.

—Morgan quiere que te quedes tú con Misty y te asegures de que no se mueve de la cama.

—De acuerdo pero ¿necesitáis algo? Misty ha dicho que te has metido en una pelea

en un bar o algo así.

En la voz de su hermano menor había un deje divertido.

– No, no me he metido en ninguna pelea.

Pensó que Georgia estaba distraída, pensando en otras cosas, pero al escuchar sus palabras la vio arquear una ceja.

Jordán sacudió la cabeza y explicó la situación a su hermano.

– Llegaremos al hospital dentro de unos minutos.

Gabe silbó.

– ¿Quieres que mande a Casey? Acaba de volver a casa de una cita.

Jordán consideró la sugerencia un par de segundos.

– Sí, no es una mala idea – respondió, mirando el escote y las piernas desnudas de Georgia. Dándole ligeramente la espalda, murmuró:

– Dile a Casey que traiga ropa de mujer. De una de las mujeres – después lo pensó mejor y añadió –: Mejor dicho, que traiga una camisa grande, de las tuyas o de Sawyer.

– Es pechugona, ¿eh?

– Sí.

Conteniendo la risa, Gabe respondió:

– Está bien, veré lo que puedo encontrar.

– Gracias. Supongo que estaremos un rato en el hospital e imagino que Morgan quiere volver a casa.

Morgan le oyó.

– Eh, no tengo prisa.

Pero Jordán sabía que no era cierto, que su hermano quería estar con Misty y con Amber.

– Tranquilo – dijo Gabe –. Dile a Morgan que no se preocupe, y si necesitáis algo más, llámame.

– Gracias, Gabe – dijo, cerrando el teléfono y volviéndose hacia Georgia.

En ese momento, Morgan estaba entrando en el complejo hospitalario.

– ¿Otro hermano? – preguntó ella, ladeando la cabeza.

– El más joven, y el último que se ha casado. Con sólo un aniversario de boda a cuestas, Gabe se sigue considerando un recién casado. Va a mandar a mi sobrino Casey. Espero que no te importe, pero le he dicho que te traiga...

– Ropa, te he oído.

Georgia lo dijo sin mirarlo, lo que le frustró profundamente.

– Escucha, Georgia, no es mi intención juzgar...

Ella le interrumpió.

– Créeme, estaré encantada de quitarme esto que llevo – le aseguró, y se miró al escote –. No me pongo esto por gusto.

Jordán asintió, sin saber qué responder.

– Gracias por pensar en eso.

– De nada – dijo él –, aunque Casey aún tardará un rato en llegar.

Morgan aparcó delante de la entrada de urgencias, y en menos de un minuto Ruth estaba en una camilla camino del interior del hospital.

Georgia corrió a bajar a los niños del coche, y trató de tranquilizarlos, asegurándoles que la abuela se pondría bien.

Cuando ella fue a sacar a Adam del coche Jordán le tocó el brazo.

–Ve con tu madre primero, Georgia. Tienes que ocuparte del papeleo del seguro. Los niños y yo estaremos en la sala de estar cuando termines.

Georgia lo miró como si estuviera loco. Tomó a sus hijos, uno de cada mano, con gesto protector, y los llevó hacia el interior, pero Jordán no se separó de ellos.

–Georgia –dijo, detrás de ella, cuando las puertas automáticas se abrieron.

Los zapatos de tacón de Georgia repiqueteaban sobre las baldosas.

–Vamos, niños. Tenemos que darnos prisa –les dijo.

La urgencia en la voz femenina era una nueva tortura para Jordán. Ninguna mujer debía verse en esa situación. La tomó del brazo, y esa vez la obligó a detenerse. Los niños los miraban fascinados.

–Georgia, escúchame –dijo él.

–¿Qué? –dijo ella, entre exasperada, exhausta y aterrorizada.

Consciente del interés de los niños y de que Georgia estaba a punto de desmoronarse, Jordán habló en tono suave, mirándola directamente a los ojos.

–Puedes confiar en mí. Te lo juro.

Ella sacudió la cabeza. Estaba totalmente rendida.

–Estaremos en la sala de espera –añadió él, ignorando su rechazo–, bebiendo chocolate caliente, viendo la televisión y hablando.

Jordán estiró una mano hacia la de Lisa, rezando para que la niña la aceptara, y respiró aliviado cuando ésta soltó la mano de su madre y se colocó a su lado. Jordán le tomó la mano.

–¿Te he dicho que tengo un hermano médico? –dijo, mirando de nuevo a la madre de los pequeños–. Todos los del hospital conocen a Sawyer, aunque él prefiere trabajar en casa, tratando a la gente de Buckhorn. Tiene la consulta allí. Su hijo, Casey, es el que te va a traer la ropa.

Georgia miró a su alrededor y se mordió el labio. En ese momento, vio que se llevaban a su madre al otro lado de una gruesa puerta blanca donde había una enfermera, con unos papeles en la mano, esperándola.

Consciente de que no tenía muchas opciones, Georgia se puso de rodillas junto a su hijo Adam, que estaba mordisqueando la punta del cuello del abrigo.

–Si tienes que ir al cuarto de baño, o te entra hambre, díselo al señor Sommerville –le dijo, quitándole la tela de la boca.

Adam asintió y le dio un fuerte abrazo. Lisa fue la siguiente.

–Beberemos chocolate caliente –dijo la niña, imitando a Jordán.

–De acuerdo, cielo, pero no mucho. No quiero que te duela el estómago.

Adam ladeó la cabeza.

–Pero no podemos dormir aquí.

–Claro que sí –dijo su madre, con una sonrisa. Lo besó otra vez y después se levantó–. Seguro que hay un buen sofá donde podáis ponerlos cómodos. Si estáis cansados, cerráis los ojos y dormís un rato. Yo volveré enseguida.

Jordán la vio acercarse a la recepción donde una enfermera esperaba que le entregara la documentación de la aseguradora médica y después miró a los niños. Adam alzó los brazos y, sin pensarlo dos veces, Jordán lo tomó en brazos. El niño le rodeó el cuello con los brazos.

–Quiero una taza de chocolate caliente – dijo Adam.

Jordán sonrió.

No tenía ninguna lógica, y sabía que debía de estar perdiendo el juicio, pero a pesar de todo el caos, a pesar de la terrible situación, de su preocupación por Georgia y de no aprobar en absoluto su lugar de trabajo, se sintió bien.

Mejor de lo que se había sentido en meses.

Capítulo 4

Casey detuvo el coche de su padre en el aparcamiento del hospital y apagó el motor. Si no había entendido mal, Jordán estaba con una mujer y sus dos hijos, aunque de momento su principal preocupación era Emma Clark, que estaba sentada a su lado, muy pegada a él.

Emma olía bien, a aire fresco y a mujer, y él no era en absoluto inmune a ella.

Cuando Casey fue a abrir la puerta, ella le puso una mano en la rodilla.

– Espera un momento, Case – dijo la joven, en voz baja y grave –. ¿Por qué tienes tanta prisa?

Muy calmado, Casey la tomó por la muñeca y le apartó la mano. Era la chica más descarada que conocía, y la más insegura, aunque su inseguridad sólo se revelaba en sus enormes ojos castaños, por mucho que ella tratara de ocultarla.

Entrelazando los dedos con los de ella, Casey no pudo evitar pensar en lo frágil que era, en lo pequeña que tenía la mano comparada con la suya.

– Es casi la una de la madrugada, Emma. ¿Qué hacías sola en la carretera a esas horas?

Emma se encogió de hombros bajo la camisa que él había insistido en que se pusiera. Casey se había quedado sólo en camiseta, pero era mejor que verla a ella medio desnuda. Aún no podía creer que la joven hubiera estado caminando por la carretera tan tarde, con pantalones cortos blancos, sandalias y un top de color rosa. La reconoció por detrás en cuanto los faros del coche la iluminaron, y por supuesto se ofreció a llevarla.

Y por supuesto ella aceptó. Emma llevaba meses detrás de él.

– Eso no es una respuesta, Em.

Ella se volvió a encoger de hombros, sonriéndole y sacudiendo la melena rubia teñida que le caía sobre la espalda. Casey supuso que el color natural de su pelo era castaño oscuro, a juzgar por las cejas y las pestañas. Aunque también podía ser maquillaje. Emma se pintaba muchísimo, y tenía un aspecto bastante chabacano. Casi vulgar. Y aunque él no tenía la menor intención de decírselo, ella le hacía sudar.

– Me he enfadado con mi acompañante – dijo ella –, y me he ido. ¿Por qué te importa tanto?

Casey decidió no continuar interrogándola. A los diecisiete años, Emma creía que una relación era estar con un hombre el tiempo suficiente como para añadir otra mancha más a su ya cuestionable reputación y luego ser abandonada. Nunca la había entendido, pero no podía evitar sentir lástima de ella.

De la misma manera que no podía evitar desearla con todas sus fuerzas.

– Venga. Tengo que entrar – dijo él, bajando del coche.

– No estás enfadado conmigo, ¿verdad? – dijo ella, corriendo a su lado.

Él sacó una bolsa de ropa del asiento de atrás.

– No es asunto mío, Emma.

Ella lo miró, dolida. Entonces la camiseta se deslizó por su hombro y los ojos del

joven cayeron sobre el pecho apenas cubierto. Le dio la espalda y fue hacia el hospital. Ella lo siguió, pegada a sus talones.

Dentro, Casey fue a la sala de espera, pensando que allí encontraría a sus tíos.

Recordó lo que Gabe le había contado. ¿Su tío Jordán en una pelea? Era algo que él nunca había visto, pero no le extrañaba.

Jordán era tan... intenso. Sobre todo cuando algo le interesaba de verdad.

O con la gente que quería de verdad.

Casey llegó a la esquina de la zona de espera y se detuvo en seco al ver a Jordán con un niño dormido en su regazo. Sonrió. Jordán parecía estar totalmente absorto en sus pensamientos.

Sentado en el suelo al lado de una mesa de café, estaba Morgan jugando a las cartas con una niña. Casey se detuvo tan bruscamente al verlos, que Emma se dio contra su espalda. Él contuvo el aliento al notar el suave cuerpo de la joven contra el suyo y las manos femeninas en sus caderas.

Emma se puso de puntillas, le rozó la oreja con los labios y susurró:

– Perdona.

Casey la ignoró.

– ¿Me he perdido algo importante?

Jordán alzó los ojos y se llevó un dedo a los labios, para que no hiciera ruido. Con sumo cuidado, levantó al niño y lo tendió en el sofá. El niño bostezó un momento para volver a quedarse dormido de nuevo.

Morgan dejó las cartas en la mesa y se puso en pie.

– Ya era hora de que llegaras – dijo, y señaló a la niña con la cabeza –. Lisa me ha dado una buena paliza a las cartas.

La niña sonrió ante lo que consideró un cumplido. Morgan le tiró de una de las trenzas con afecto.

– A lo mejor a ti te deja ganar.

– No sé – dijo Casey –. Parece una chica muy dura.

Lisa lo miró, parpadeó y después le dedicó una amplia sonrisa. Incluso suspiró. La misma reacción que solía tener con él el noventa por ciento del género femenino.

Morgan se volvió a Jordán.

– ¿Has visto eso? Sólo tiene seis años y ya se ha quedado prendada de él.

– Es peor que Gabe – gruñó Jordán.

Casey soltó una carcajada, acostumbrado a las bromas de sus tíos.

– Siempre he caído muy bien a los niños.

– Querrás decir a las mujeres – dijo Morgan.

Casey se encogió de hombros, aunque sabía muy bien que era cierto. Las mujeres siempre parecían quedarse encantadas con él, desde su adolescencia. Aunque él no tenía ninguna intención de dejarse atrapar por ninguna de ellas.

Morgan miró a su alrededor y después a su hermano Jordán.

– ¿Te las arreglarás solo, o quieres que me quede?

Jordán se desperezó.

– Puedes irte a dormir. Te están empezando a salir arrugas de preocupación.

Casey habló en voz baja.

– Y yo que pensaba que eran de tanto reír – bromeó –. Gabe me ha encargado que

te diga que Misty está profundamente dormida.

—¿Y Amber?

—Estaba agotada después de montar una pelea de almohadas con Gabe —le aseguró Casey—. La última vez que la he visto estaba tan dormida como ese pequeño —añadió, indicando a Adam, que dormía en el sofá.

Jordán se frotó el mentón, con aspecto cansado por un lado, pero también satisfecho.

—Es Adam, el hijo de Georgia.

—¿Georgia?

Morgan se inclinó hacia su sobrino.

—La bailarina por la que se ha peleado Jordán —le dijo en un susurro.

—¡Yo no he peleado por ella!

—¡Shh!

Jordán miró a Lisa, que era ajena a lo que estaba ocurriendo. La pequeña estaba demasiado concentrada barajando las cartas.

—Ha sido un malentendido —gruñó Jordán, en voz baja.

—De acuerdo, Jordán, como quieras.

Morgan sacudió la cabeza, y miró a la espalda de Casey con el ceño fruncido. Casey se volvió y vio que Emma estaba pegada a la pared, al lado de una planta de plástico, como si tratara de hacerse invisible o pasar desapercibida, lo que en su caso era imposible.

Él frunció el ceño. Tan descarada en un momento, sobre todo cuando estaban solos, y tan tímida al siguiente.

Le tendió la mano.

—Emma, ¿conoces a mis tíos?

Los enormes ojos castaños de la joven se abrieron desmesuradamente, y ella tragó saliva. Por primera vez desde que la conocía, la vio ruborizarse.

—Bueno, sé... sé quiénes son, claro, pero nunca nos han presentado —dijo, y tras una leve vacilación, dio unos pasos hacia delante y tomó la mano que Casey le ofrecía.

Él le frotó los nudillos con el pulgar, tratando de tranquilizarla. Aunque no sabía por qué.

—Emma, mi tío Jordán y mi tío Morgan.

Emma hizo una especie de extraña reverencia, sin saber cómo reaccionar.

—Oh... hola. Morgan sonrió.

—¿Habéis salido juntos?

—No.

Casey le soltó la mano tan deprisa, que sus dos tíos lo miraron con el ceño fruncido.

—Acabo de recogerla.

Emma se cerró la camisa y cruzó los brazos bajo el pecho.

—Casey sólo me estaba llevando a casa.

—Pero tú vives en Buckhorn, ¿no? —observó Morgan.

—Sí —dijo la joven, poniéndose colorada hasta la base del cuello—. Iba... iba hacia casa, pero Casey ha dicho que tenía que venir aquí primero y que me llevará después.

Morgan miró a su sobrino y después a la joven.

—Si tienes prisa por volver a casa, puedo llevarte. Yo me voy ahora.

Jordán dio un paso hacia delante, poniéndose delante de Morgan.

— Casey y tú podéis volver a casa. No creo que tarden mucho en llevar a la madre de Georgia a su habitación.

Emma miró a Casey. Éste se quedó pensativo unos momentos. No quería avergonzarla, pero tampoco darle una impresión equivocada.

— ¿Quieres llamar primero a tus padres para que no se preocupen?

— No — respondió ella casi al instante.

Jordán y Morgan intercambiaron una mirada. A Casey no le sorprendió. Ya había imaginado que la casa de Emma no era precisamente un hogar ejemplar. De serlo, no habría estado caminando sola a esas horas de la noche por una carretera solitaria, ni hecho la mitad de las cosas que se rumoreaban de ella.

— ¿Seguro que no quieres que me quede, Jordán? — preguntó por fin, mirando a su tío.

— Seguro. Estaremos bien — le aseguró Jordán.

Casey le entregó las llaves del coche. Antes de irse, Morgan tomó a su hermano del brazo.

— Quiero hablar con Jordán un momento, Case. ¿Puedes vigilar los niños?

Lisa levantó los ojos y suspiró otra vez. Casey sonrió.

— Tranquilo.

— Gracias. Traeré el coche a la entrada principal y os esperaré allí.

Apenas habían doblado la esquina cuando Morgan preguntó:

— ¿Qué demonios hace Casey a estas horas de la madrugada en la calle con esa chica?

— No tengo ni idea — respondió Jordán, encogiéndose de hombros —, pero no creo que haya nada entre ellos.

— ¿Por qué no?

— No parece su tipo.

— ¡Como si Georgia fuera tu tipo!

Al oírlo, Jordán casi se tambaleó. Frunció el ceño.

— ¿Quién dice que me interesa?

Morgan se detuvo por completo y se volvió a mirar a su hermano con incredulidad.

— Bien, veamos. No puedes mirarla sin ponerte tenso. Y la erección que tenías mientras discutías con ella puede ser una indicación bastante fiable.

Jordán se ruborizó, y eso lo puso aún más furioso, porque ninguno de sus hermanos se habría ruborizado. De haber tenido que escuchar lo mismo que él, habrían sonreído, incluso alardeado de su reacción, pero desde luego jamás se habrían ruborizado.

Tampoco le hacía ninguna gracia recordar el estado de excitación en que se ponía sólo por aspirar la fragancia que desprendía la suave piel de Georgia. Y la intensidad con que la deseaba.

Morgan sacudió la cabeza.

— Hoy hay luna llena, ¿lo sabías? — continuó —. Quizá eso explique algunas cosas, como la aparición de Casey con una joven que tiene una pésima reputación. Mucho peor que la de Gabe a su edad, y ya es decir.

— ¿Estás seguro de eso? — preguntó Jordán, frunciendo el ceño, preocupado por su sobrino.

Además, hablar de Casey era territorio mucho más seguro que hablar de él.

—Sí, Es una historia muy larga y muy triste, y ahora estoy demasiado cansado como para contártela. Además, me parece que Casey tiene la situación controlada. Aunque ella todavía no tiene dieciocho años, así que si tienes oportunidad, adviértele, ¿de acuerdo?

Jordán asintió y los dos hermanos se dirigieron hacia la salida.

—Al menos ha dejado de llover —dijo Morgan cuando las puertas se abrieron y se asomó al exterior. Y con una indiferencia que no logró engañar a su hermano, preguntó —: ¿Te esperamos en casa esta noche?

Jordán no se había parado a pensar en ello, pero ahora que lo hacía... Dejó caer la cabeza hacia delante, pensativo.

No tenía alternativa.

—Georgia no tiene coche —dijo por fin, poniendo de manifiesto un hecho evidente—. El suyo sigue en el bar.

Morgan asintió.

—Lo sé.

—No creo que sea una buena idea dejarla sola con los niños en la casa, sin transporte. ¿Y si ocurre algo? ¿Y si tiene que volver para estar con su madre?

—Y lo más probable es que —continuó Morgan, dándole la razón—, aunque su madre descansa tranquila esta noche, Georgia quiera venir a verla mañana primera hora, así que necesitara a alguien que la traiga. Suponiendo que vuelva a casa. Y no creo que quieras dejarla aquí sola.

—No, desde luego que no. Y menos con los niños.

—Bien —dijo Morgan, ladeando la cabeza—. Supongo que te veremos por la mañana. Avísame mañana si necesitas algo.

—Gracias.

Morgan salió afuera, pero se volvió hacia él una vez más.

—Y otra cosa.

—¿Qué? —preguntó Jordán, con cierto cansancio, deseando que su hermano se fuera de una vez y dejara de darle consejos y recomendaciones.

Morgan sonrió.

—Las cosas se pondrán peor. He pensado que te gustaría saberlo.

Jordán se tensó.

—No sabes qué estás diciendo.

—Al contrario. Me casé con Malone, ¿no? Sé exactamente lo que estoy diciendo. Y mi consejo es que no lo combatas.

—¿El qué?

—Lo de la química entre los dos.

—Oh, por el amor de...

Morgan se encogió de hombros.

—Deberías rendirte ya, y así te ahorrarías un montón de malos ratos. Dile qué es lo que quieres. Sé sincero con ella.

¿Que le dijera qué? ¿Que quería quitarle toda la ropa y pasar toda la noche buscando formas de darle placer? ¿Y que el hecho de que fuera madre de dos niños, de que bailara medio desnuda delante de un montón de borrachos y de que no pareciera

apreciarlo mucho no había atemperado el deseo que sentía por ella ni un ápice?

– Tiene dos hijos, Morgan.

– ¿Y qué? Es muy sexy, Jordán. Cualquiera que la haya visto esta noche con ese body de encaje lo sabe. Además, cuanto más lo combatas peor. Estás pillado, hermano. Más vale que lo aceptes.

Morgan se alejó de Jordán antes de que éste lo negara y le asegurara que no estaba pillado en absoluto. Estaba excitado, hasta el punto de no poder dejar de temblar, de desearla.

Pero sólo era eso.

¡Qué demonios! ¡Cuando Morgan conoció a Misty Malone, empezó a portarse como un tonto! Pero él no era Morgan. Ni tampoco Sawyer, ni Gabe. Él no quería esposa ni familia, y aunque lo quisiera, Georgia no cumplía los requisitos mínimos que él exigía.

Sin embargo, quizá Morgan tuviera razón. ¿Qué podía perder si le decía directamente que la deseaba? Quizá no le importara mantener una relación pasajera con él. Quizá incluso le gustara.

Jordán volvió a la sala de espera, donde en ese momento acababa de llegar Georgia y miraba a Casey desde la entrada, con expresión asustada. Al verla, el joven se puso en pie, sin soltar a Lisa de la mano.

– ¿Quién eres? – preguntó Georgia, nerviosa.

– Es Casey – dijo Lisa.

– Supongo que tú eres la madre de Lisa – respondió el joven, apartándose el pelo rubio oscuro de la frente y extendiendo la mano.

Georgia lo miraba con la boca abierta, pero le estrechó la mano. Echó la cabeza hacia atrás para ver la cara del joven y después lo miró de arriba abajo.

– ¿Por qué habré imaginado que tendrías un aspecto normal y corriente? – dijo, al darse cuenta de que tenía la misma constitución alta y fuerte que sus tíos—. ¿Toda la familia es como tú?

Emma, que estaba sentada en silencio en el sofá a los pies de Adam, habló.

– Sí, todos son así.

– Increíble.

Jordán se acercó a ella por detrás.

– Casey te ha traído ropa.

– Oh, sí – dijo Casey, entregándole una bolsa—. Honey, mi madrastra, no estaba segura de la talla. Pero espero que te vaya bien – y mirando a Jordán, añadió en voz baja –: Se ha negado rotundamente a darme una camisa de hombre.

Georgia esbozó una ligera sonrisa, pero prefirió ignorar el comentario. Abrió la bolsa y sacó unos pantalones de algodón de cintura elástica, una camiseta de algodón rosa y una chaqueta de punto de manga larga a juego. También había un par de zapatillas de lona.

Miró a Casey con una sonrisa de agradecimiento.

– Por favor, dile que se lo agradezco muchísimo y que se lo devolveré todo cuanto antes.

Casey desvió la mirada un momento hacia Jordán antes de sonreír.

– Se lo podrás decir tú misma. Me ha dicho que tu familia y tú estáis invitados al gran picnic que celebramos a finales de mes. Es una celebración para todos los vecinos

que Honey está empeñada en convertir en una tradición. Y lo está consiguiendo.

Jordán se atragantó al oír la invitación. Georgia, por su parte, parecía presa del pánico.

– Pero... – balbuceó ella – , nosotros no somos vecinos.

– ¿Vives en Buckhorn?

Georgia asintió.

– Entonces lo sois – dijo el joven, ignorando a su tío Jordán – . Aunque no es necesario que esperes hasta entonces. Nuestra casa está un poco alejada de la carretera, pero Honey dice que puedes venir a visitarnos cuando quieras.

Lisa unió las manos a modo de oración y miró a su madre con ojos suplicantes.

– ¿Podemos, mamá? Por favor.

– Pero...

Casey alborotó el pelo de la niña, se volvió hacia el sofá, y tomó a Emma de la mano, levantándola. La joven trató de mantener el contacto, pero él la soltó.

– Tenemos que irnos antes de que Morgan se vaya sin nosotros. Jordán te llevará a la fiesta – continuó Casey, mirando a su tío y sabiendo exactamente qué estaba haciendo – . Si no lo hace, Honey no se lo perdonará nunca.

Jordán sintió ganas de estrangular a su sobrino. Mantener una relación exclusivamente sexual con Georgia sería mucho más difícil si la conocía toda la familia. Pero entonces miró a Lisa, y no le quedó más remedio que rendirse.

– Lo sé – dijo, con un suspiro – . Honey nunca me lo perdonaría.

– Pero... – balbuceó Georgia, de pie, con las prendas de ropa delante del pecho, tan apretadas que iban a necesitar una nueva sesión de plancha.

– Insisto – dijo Jordán – . Lo pasaremos bien – añadió, guiñándole un ojo. Después miró a la joven pareja – . Adiós, chicos.

Casey y Emma se alejaron y Jordán, sintiendo la presencia de Georgia tan cerca, aspirando su calor y su fragancia, deseó poder besarla, pero sabía que eso no era lo que ella necesitaba. Georgia necesitaba algo que la tranquilizara y le confirmara que todo se arreglaría y su madre pronto se recuperaría.

Le rodeó un hombro con el brazo y la sentó en la silla que Casey había dejado vacía.

– ¿Qué te han dicho de tu madre? ¿Cómo está? – preguntó él, arrodillándose delante de ella y apoyando las manos en las rodillas femeninas.

La piel de Georgia era increíblemente cálida, tan suave y sedosa, que sintió deseos de separarle los muslos, colocarse entre sus piernas, levantarle la cara y besarla.

Pero Adam dormía en el sofá, y Lisa jugaba a las cartas en la mesa. Jordán se dijo que tenía que controlarse. Él jamás seduciría a una mujer delante de sus hijos, y mucho menos ahora. De todos los hermanos, él era el más circunspecto y el más exigente.

– ¿Se pondrá bien, Georgia?

Ella asintió.

– Mi madre tiene enfisema. Mi padre era un fumador empedernido de puros, y los médicos dicen que es por el humo que respiró con él – dijo ella con rabia – . Ella nunca ha fumado. De hecho, detesta el tabaco.

– Yo también – dijo él, tomándole una mano.

– Creo que tiene bronquitis, y con su enfermedad pulmonar, es peligroso. La tendrán en observación unos días, con antibióticos intravenosos y oxígeno cada cuatro

horas. En cuanto esté en su habitación y tenga todo lo que necesite, podré volver a casa. Pero no quiero irme hasta que...

– Claro que no. No hay prisa. ¿Cuándo ha sido la última vez que has comido?

Ella lo miró como si estuviera loco.

– No tengo hambre, pero los niños...

– Tranquila. Ellos ya han comido algo. Unos sandwiches de la máquina, patatas fritas y un chocolate caliente. No es la comida más nutritiva, pero era lo único que había.

– Gracias. Te lo pagaré. ¿Cuánto te ha costado?

– No quiero tu dinero, Georgia.

La reacción de ella fue instantánea. Se puso de pie como impulsada por un resorte, y Jordán se vio obligado a retroceder ante la inesperada reacción.

– No es tu trabajo ocuparte de mis hijos – masculló ella con rabia.

Jordán cruzó los brazos al pecho y la miró, estudiando la dura expresión de su rostro.

– No me importa echar una mano – dijo –. Vas a necesitar ayuda, y lo sabes.

– Nos las arreglaremos.

– Georgia...

Ella levantó la barbilla.

– Ya puedes irte. Siento haberte retrasado tanto. Se me ha pasado la hora, pero ahora que sé que mi madre se pondrá bien, puedo...

– Sabes que no me iré – la interrumpió él, con dulzura, tratando de tranquilizarla.

– No seas ridículo. Es... – Georgia miró a su alrededor buscando un reloj.

– Es muy tarde – dijo Jordán, en el mismo tono tranquilizador de voz, aunque no entendía la repentina reacción a la defensiva de la joven –. Escúchame, cuando termines aquí os llevaré a casa.

– ¿Por qué? – preguntó ella, con las mejillas encendidas –. Ni siquiera me conoces. Y lo poco que conoces de mí te parece mal.

– Georgia – dijo él, pronunciando su nombre como si fuera una caricia, sin poder evitarlo y sin poder evitar pensar en desnudarla y tenerla bajo su cuerpo, o encima, o... –. Ningún hombre te dejaría sola en una situación así.

– Te sorprendería – dijo ella, riendo amargamente –. Además, tengo el dinero de la actuación de hoy. Puedo pagar un taxi.

Jordán la zarandeó ligeramente por los hombros y la apretó contra él.

– Te llevaré yo, Georgia. Acéptalo – dijo él, en un susurro, inclinándose hacia ella –. Mañana recogeremos tu coche para que puedas venir a ver a tu madre, y después hablaremos sobre la comida campestre de mi familia.

Georgia se cubrió las orejas con las manos y se apartó. Estaba agotada.

– Tengo que cambiarme – dijo, cansada –. ¿Quieres quedarte... – de repente se interrumpió, como si le costara un gran esfuerzo pedirle el favor –. ¿Quieres quedarte con los niños?

– Por supuesto.

¿Por qué se tapaba los oídos? Él sólo le estaba ofreciendo ayuda, y conteniéndose en todo momento. Aún no le había dicho que la deseaba, que tocarle los hombros y acercarla a su cuerpo lo había excitado intensamente.

Al verla alejarse por el pasillo, decidió decírselo. Lo haría aquella misma noche. No estaba seguro de poder aguantar otro día así.

Capítulo 5

—Jordán, siento haber perdido los estribos contigo —dijo ella sentada a su lado, en el trayecto de regreso a casa. Los dos niños iban dormidos en el asiento de atrás—. Gracias por traernos a casa, y por cuidar de los niños. Yo habría podido hacerlo, pero...

—Has tenido un día espantoso, lo sé —dijo él, alargando la mano y dándole un apretón en los hombros.

Incluso a través de la camiseta, el contacto fue eléctrico. Georgia contuvo el aliento, tratando de ocultar lo mucho que su presencia, su cercanía, el contacto de sus manos la afectaba.

Quizá, si no lo miraba, si no veía los hombros fuertes y anchos, los brazos musculosos, los reflejos del pelo castaño claro a la luz de la luna que iluminaba el interior del vehículo, y sobre todo los seductores ojos verdes cada vez que la miraba, podría olvidar el efecto que tenía en ella.

Aunque lo dudaba.

Sólo tenía que murmurar un par de sílabas y ella se sentía desfallecer. Había algo en su voz que la dejaba sin defensas, y que le hacía imaginar cosas maravillosas.

—Necesitas descansar, Georgia. Y tus hijos me caen muy bien. Adam me recuerda un poco a Casey cuando tenía su edad, siempre en continuo movimiento hasta que se le acababan las pilas y caía rendido.

—Debo decir que tu sobrino me ha sorprendido —dijo ella.

Jordán sonrió con orgullo.

—Es un chico increíble. Sólo tiene dieciocho años, pero te aseguro que tiene más sentido común y es más maduro que muchos de treinta. Todo el mundo sabe que se crió con nosotros.

Todo el mundo excepto Georgia. Desde que se instaló en Buckhorn con su madre y sus dos hijos, no había salido de casa excepto para ir a trabajar, y no había entablado amistad con nadie.

—¿Nosotros significa tus hermanos y tú?

—Sí. Su madre no pudo ocuparse de un recién nacido, y Sawyer, que entonces estudiaba Medicina, lo trajo a casa desde el hospital y desde entonces ha estado con nosotros. Yo entonces tenía unos quince años, y recuerdo que me fascinaba ver a Morgan y a Sawyer con el bebé. Siempre los había visto de forma unidimensional.

—Sí.

Ella veía a casi todos los hombres de forma unidimensional: eran todos unos egoístas. Su padre, su ex marido, su jefe, los hombres que arrojaban dinero al escenario mientras bailaba... Estaba segura de que muchos no podían permitirse aquel despilfarro mientras bebían copa tras copa, noche tras noche. Y si lo pensaba mucho, se sentía terriblemente culpable al imaginar las penurias de algunas mujeres cuyos maridos dejaban parte de sus ingresos en el inmundo local donde bailaba.

Pero los hermanos Sommerville, o Hudson o lo que fuera, incluso el sobrino, la habían sorprendido. No se parecían en nada a los hombres que había conocido, y

Georgia estaba intrigada.

—Las cosas cambian mucho cuando llega un niño, ¿verdad? —dijo ella, que lo sabía por experiencia propia, tanto por su padre como por su ex marido.

—Yo no diría que cambian, sólo hay que adaptarse un poco a la nueva situación —dijo él, sorprendiéndola una vez más—. Era alucinante ver a Sawyer, siempre el serio de los hermanos, tan encantado y sonriente cada vez que tenía que cambiarle el pañal o bañarlo.

Georgia lo miró extrañado. Cuando nació Lisa, ella sintió lo mismo, pero nunca imaginó a un hombre con la misma alegría a la hora de cuidar de un bebé.

—Morgan siempre se estaba metiendo en líos. Peleaba por el gusto de pelear. Todavía le toman el pelo por lo bruto que era, pero es capaz de mantener la paz en el condado sólo con una mirada.

—De eso ya me he dado cuenta —dijo ella.

—Aunque siempre que estaba con Casey lo trataba con una ternura infinita —continuó Jordán—. Y lo mismo hace con su hija Amber, que sólo tiene dos años.

—Tienes una familia estupenda —dijo ella, pensando en los tres miembros que conocía.

—Sí, eso creo yo también —asintió Jordán—. Gabe, el más joven, montó su propio negocio hace poco, y ya tiene más trabajo del que puede realizar. Es capaz de construir o arreglar cualquier casa, y después de su matrimonio, decidió que tenía que trabajar de forma más ordenada.

—¿A qué te refieres?

—Antes de conocer a Elizabeth, sólo trabajaba cuando le apetecía, o si alguien necesitaba algo. Prefería a pasar el tiempo en otro tipo de diversiones. Dudo que pasara un día sin compañía femenina. Tenía una pésima reputación, pero eso parecía atraer a las mujeres como moscas.

Georgia sintió lástima por su esposa. Ella sabía muy bien que los hombres mujeriegos no solían cambiar de hábitos, ni siquiera después del matrimonio.

—¿Por qué has fruncido el ceño? —preguntó él, rozándole la mejilla con los dedos.

—Por nada —dijo ella.

—No me mientas. Casi te puedo leer los malos pensamientos.

Georgia se aclaró la garganta, miró a los niños para asegurarse de que estaban dormidos y habló:

—No creo que un hombre que se ha pasado la vida yendo de una mujer a otra sea capaz de conformarse con una sola mujer. Si por naturaleza es un hedonista sexual...

Jordán soltó una carcajada.

—Te aseguro que Gabe lo es.

—... siempre será un hedonista.

—Eso es cierto, no lo niego. Todos mis hermanos son muy sexuales —dijo él, y la miró encogiéndose de hombros—. Pero eso no tiene nada de malo.

Georgia no se molestó en discutir con él, pero se preguntó si él también se incluiría en esa categoría.

—Pero ahora Gabe sólo mantiene relaciones con su esposa.

Cielos, ¿por qué estaban hablando de aquello? Georgia estaba sudando, y notaba todo el cuerpo ardiendo.

– Si tú lo dices – murmuró ella, deseando que Jordán cambiara de conversación.

– ¿No me crees? – dijo él –. Seguro que tuviste un matrimonio espantoso.

Georgia lo negó con la cabeza.

– El matrimonio no estuvo mal. Lo espantoso fue el final.

– ¿Por qué, todavía seguías enamorada de él? – preguntó él en voz muy baja.

– No, ya no le quería. Y tampoco importaba que él no me hubiera querido nunca.

Pero tampoco quiso nunca a sus hijos. Y eso es lo que no puedo entender.

– Lo siento.

– ¿Por qué?

Jordán aparcó el vehículo delante de la casa.

– Te lo explicaré dentro – dijo él, apagando el motor –. Ve a abrir la puerta y yo meteré a los niños.

Ella negó rápidamente con la cabeza.

– No. Gracias. Ya has hecho bastante, e insisto en pagarte...

– Voy a entrar contigo, Georgia – dijo él. Le puso una mano en la mejilla y le alzó la barbilla –. Tenemos unas cuantas cosas que decirnos.

– No tenemos nada de qué hablar.

– Mamá – gimió Lisa, desde el asiento de atrás, frotándose los ojos.

– Ya estamos en casa, cielo – dijo Georgia, bajando del coche. Abrió la puerta de atrás, desabrochó el cinturón de Lisa y le retiró unos mechones de la cara –. Espera aquí mientras abro la puerta de casa. Afuera está muy oscuro. Después vendré a buscaros.

Corrió hacia la puerta principal por un sendero tan sólo iluminado por la luz de la luna y abrió la puerta de la casa. Cuando se volvió para ir a recoger a sus hijos al coche, casi tropezó con Lisa.

Jordán estaba allí, con Adam dormido en brazos y Lisa sujeta por la cintura.

– Aparta y déjanos entrar – dijo él, con una sonrisa.

Como un zombie, Georgia se hizo un lado y dejó pasar a los tres. Lisa le indicó el camino para ir a la habitación de Adam, en el primer piso. Mientras Jordán se ocupaba de acostar al niño, quitándole los zapatos y poniéndole entre las manos su osito favorito de peluche, Georgia ayudaba a Lisa a meterse en la cama.

Jordán fue el primero en bajar. Ella, después de pasar a dar un beso de buenas noches a Adam, se detuvo unos minutos en el rellano de la escalera, pensando en cómo librarse de él sin parecer una desagradecida. La mejor estrategia era la sinceridad. Le diría clara y llanamente que ni quería ni necesitaba su ayuda, y después lo acompañaría a la puerta.

Bajó las escaleras y se dirigió a la cocina. Allí estaba Jordán, preparando café. Iba a abrir la boca para protestar cuando él se volvió hacia ella con una expresión tan tensa y tan sensual, que Georgia contuvo el aliento.

– Tenemos que hablar – dijo él, con voz grave y enronquecida.

El sonido de la voz masculina la hizo temblar de necesidad, a la vez que la enfurecía, la asustaba y la frustraba.

– Pero ¿por qué no vas primero a darte una ducha y quitarte todo ese maquillaje? – sugirió él –. El café estará listo cuando bajas. Es descafeinado. No te quitará el sueño.

Con el corazón en un puño, Georgia asintió, consciente de que no le quedaban

fuerzas para resistirse.

Jordán lo tenía todo planificado. Primero le explicaría que la deseaba intensamente y que debían aprovechar la increíble química que había entre ellos. No, no increíble. Simplemente química, sin más. Nada especial, pero no había motivo para no mantener un breve romance sin consecuencias, como dos personas adultas y razonables.

Sin embargo, a pesar de la lista de razones que enumeró para sus adentros, no pudo evitar reparar en el estado de la casa y en lo abrumada que tenía que sentirse ella ante la dura realidad de su vida. Mirando a su alrededor una vez más, se preguntó qué debía resolver primero: el intenso deseo que sentía por ella, u ofrecerle y darle su ayuda, quisiera ella o no.

La vieja casa estaba en silencio. Sólo se escuchaba el ruido del agua de la ducha en el piso superior, y él no pudo evitar imaginarla desnuda, mojada y cubierta de jabón,...

Cerró los ojos y gimió en voz alta. La ducha se cerró y él la imaginó secándose los generosos senos, el vientre liso, los muslos...

Tranquilo.

Para distraerse, empezó a fregar los platos que se amontonaban en el fregadero. Era evidente que necesitaba un lavavajillas, aunque no había mucho sitio para ponerlo. La cocina era grande y espaciosa, pero tenía demasiados armarios, no todos del mismo estilo ni del mismo color, y el linóleo del suelo estaba agrietado. En el techo había manchas de humedad, probablemente de la ducha de arriba, lo que indicaba que algunas tuberías goteaban y necesitaban ser sustituidas por otras nuevas.

Cuando terminó con la vajilla, el café había terminado de salir. Ahora Georgia se estaría vistiendo...

Jordán se obligó a pensar en otra cosa. Necesitaba un poco de aire fresco.

Junto a la cocina había un patio acristalado que daba al jardín de atrás, y tras servirse una taza de café, salió al patio, donde había un viejo balancín, dos sillas y dos mesas de mimbre que habían visto mejores tiempos.

El viento acariciaba las hojas de los árboles, y las sombras de la cocina bailaban y se mezclaban con las de la luna. La casa, aunque necesitaba muchos arreglos, era maravillosa. Con unas mascotas y un hombre sería un hogar perfecto.

Por fin Jordán oyó a Georgia.

— ¿Jordán? — lo llamó ella, desde la cocina.

— Estoy aquí — susurró él, sin volverse, sin saber si sería capaz de controlarse.

Podía olerla, aspirar su fragancia, suave, cálida y muy femenina. Incluso recién duchada, era capaz de detectar su olor. Se sentía como un animal en celo.

— Te he dejado una taza de café en la encimera — dijo él.

— Gracias.

Los dos hablaban en susurros. Él la oyó sorber un trago de café, y después oyó el crujido del balancín cuando ella se sentó.

— Tenía que haberme imaginado que harías un café delicioso — comentó ella.

Sus palabras sonaron casi como una acusación. Lentamente Jordán se volvió hacia ella. Georgia llevaba un suéter de algodón blanco, unos pantalones de chándal cortos que dejaban las rodillas al descubierto y unos calcetines blancos.

No era un modelo muy seductor, al menos de forma intencionada, pero nada de lo que ella hacía era intencionado.

–Cielos, eres preciosa.

Sin maquillaje, su aspecto era mucho más joven e inocente. Parecía nerviosa. ¿Por él?

–En absoluto –dijo ella, con una risa, restándole importancia–. Sólo mi madre, que me quiere ciegamente, me diría algo así.

Georgia bebió otro sorbo de café y dejó la taza en el suelo. Después, dobló una pierna, se colocó el pie sobre la rodilla y empezó a darse un masaje.

Jordán miró el pie pequeño y femenino que ella masajeaba despacio con las manos. Sintió que tenía serias dificultades para respirar. ¿Cómo diablos podía provocarle aquello la vista de un simple pie?

–Tenemos que hablar –le espetó él de repente, para interrumpir sus pensamientos y no caer en un pozo de sensaciones irracionales–. En los próximos días necesitarás ayuda con los niños mientras estés en el hospital con tu madre o trabajando.

–Me las arreglaré.

–¿Tienes a alguien que se ocupe de los niños? –insistió él, levantándose y acercándose al balancín donde ella estaba sentada.

–Claro que tengo a alguien –le aseguró ella, en un susurro.

Jordán se arrodilló delante de ella.

–¿A quién?

Un profundo silencio llenó el patio. A Jordán le encantaba ver cómo se ensombrecían los ojos femeninos. Así podía leer mejor sus pensamientos. Muchos opinarían que los ojos de Georgia eran misteriosos, pero él la entendía. Él la conocía.

Por fin, tras unos largos segundos, ella sacudió negativamente la cabeza.

–No hay nadie, ¿verdad? –preguntó él. Quería una respuesta oral–. ¿Georgia?

–No.

Sin decidirlo de manera consciente, Jordán empezó a acariciarle los hombros, sintiendo la suavidad de su piel.

–No vuelvas a mentirme, Georgia, No es necesario –dijo él en un tono tan bajo, que casi no podía oír su propia voz–. Yo no soy como los hombres que has conocido. Puedes confiar en mí.

Ella lo miró a la boca.

–Oh, ya sé que eres diferente, Jordán. De eso no me cabe ninguna duda. Pero ¿no te das cuenta? Eso es parte del problema.

–¿Quieres explicármelo mejor? Porque no entiendo nada.

–¿Por qué no? Es muy sencillo –dijo ella, a la vez que le acariciaba el mentón con una mano temblorosa–. Me resulta muy fácil ignorar a los hombres, incluso a los que me gritan cosas soeces cuando bailo en ese bar. Pero a ti no puedo ignorarte. Tú me haces sentir diferente. Tú me afectas. Y eso no me gusta.

Por primera vez en su vida, Jordán notó que le flaqueaban las rodillas. Respiró hondo, tratando de llenarse los pulmones de aire, haciendo un esfuerzo para calmar los desbocados latidos de su corazón. Eso era importante, y quería solucionarlo.

Le enmarcó la cara con las manos y tiró de ella hasta sentarla en el borde de la mercedora, con los senos femeninos pegados a su pecho, hasta que sintió los fuertes latidos de su corazón al ritmo de los suyos.

– Tú también me afectas.

Y entonces la besó.

La boca femenina, cálida y sensual, se abrió bajo la de él, y ella apoyó las manos en sus hombros, clavándole las uñas.

Él la saboreó profundamente, adentrándose en ella con la lengua, arrancando gemidos de pasión a los dos. Jordán estaba al borde de tumbarla en el balancín y poseerla por completo, pero se obligó a apartarse.

– Esto es una locura – susurró.

Ella asintió, mirándolo a los ojos con una mezcla de miedo y deseo.

– Te diré lo que vamos a hacer – le dijo él, sin separarse –. Yo me ocuparé de los niños cuando haya terminado con mis visitas. Creo que podré arreglarlo para tenerlo todo hecho a las tres, lo que te da tiempo de sobra para visitar a tu madre y después ir a trabajar.

Con evidente esfuerzo, ella se separó de él.

– A veces también trabajo de camarera a mediodía.

Jordán apenas podía resistir las ganas de volver a besarla.

– ¿Tienes turnos alternos?

– No. A veces trabajo los dos turnos. Tengo... – Georgia titubeó un momento antes de continuar, como si le costara darle la información –. Necesitamos el dinero – admitió por fin –. La casa necesita muchos arreglos y...

– Shh, lo entiendo. Si yo no puedo, Casey o algún otro miembro de mi familia se ocupará. Te encantarán. A todos les encantan los niños.

Ella no respondió, ni para aceptar ni para rechazar el ofrecimiento. Jordán vio el cansancio grabado en cada línea del cuerpo femenino.

– Hoy estabas terminando un turno doble, ¿verdad?

– Sí.

Él alzó una mano y le acarició el pómulos con el pulgar.

– ¿Cuántas horas sueles trabajar al día?

– Todas las que sean necesarias.

La respuesta fue como una bofetada en pleno rostro. Jordán alzó los ojos al techo, y se maldijo. Desde el momento en que la vio, se había recreado en imágenes de desenfrenada lascivia mientras ella apenas podía tenerse en pie. Se sintió como un cerdo insensible...

– ¿A qué te dedicas tú, Jordán? Has dicho que tenías visitas.

– Soy veterinario – dijo él. Se sentó a su lado en el balancín y le tomó la mano –. Siempre me han gustado mucho los animales, y yo a ellos. Me siento muy afortunado.

– Es por tu voz – dijo ella, y sonrió.

Jordán se encogió de hombros. Siempre le habían dicho que tenía una voz maravillosa con la que podía conseguir todo lo que quisiera, pero hasta el momento Georgia parecía bastante inmune.

– ¿Por qué no tienes ningún animal? El jardín es muy grande y a los niños les encantaría.

– A mí también, pero los animales cuestan dinero. Necesitan comida, y vacunas, y además tampoco tengo tiempo para cuidarlos. Mis hijos aún son muy pequeños para ser responsables de un animal, y mi madre ya hace bastante.

Jordán pensó que, dado lo aislada de la casa, un perro sería el compañero ideal.

–Tengo una clínica no muy lejos de aquí. Por eso me será fácil ocuparme de los niños. Además, les he caído bien.

Georgia miró a sus manos entrelazadas, y después tiró suavemente, hasta que él la soltó. Poniendo un poco más de espacio entre ellos, volvió a subirse el pie al regazo y empezó a darse otro masaje.

–No quiero obligarte –dijo ella, por fin.

–Yo me he ofrecido, y además –Jordán le alzó la cara con el dedo–, ¿qué otras opciones tienes?

Ella cerró los ojos y suspiró.

–¿Opciones? No muchas, ¿verdad? Siempre me he preguntado cómo sería mi vida si tuviera más opciones.

–Estoy tratando de darte opciones, preciosa.

–No me llames así.

Jordán ignoró la orden.

–Quiero que puedas ir a visitar a tu madre y trabajar sin tener que preocuparte de Lisa y Adam –dijo él, y le sujetó el pie que ella estaba masajeando–. Déjame. Túmbate.

–¿Qué? –exclamó ella, echándose hacia atrás como si la hubieran golpeado.

Jordán la sujetó por las caderas y tiró de ella hacia él, hasta que Georgia cayó de espaldas sobre el balancín. Acto seguido, sin darle tiempo a reaccionar, la giró, tendiéndola sobre el vientre y sujetándola fuertemente por los tobillos.

Georgia intentó levantarse para zafarse de él, jadeando de rabia, hasta que los dedos masculinos se deslizaron sobre el arco del pie izquierdo, y después hasta los dedos. Ella dejó escapar un gemido ronco.

El gemido era una clara muestra del placer que estaba sintiendo, y Jordán empezó a sudar. Los hombros femeninos se relajaron por completo, y Georgia dejó caer la cabeza hacia delante como si el cuello no tuviera fuerza suficiente para sostenerla.

–Esto no es justo –murmuró.

–¿El qué?

–Una voz seductora, un café perfecto y ahora un masaje en los pies. Oh, Dios mío, qué gusto.

Jordán cerró los ojos y se concentró en darle el mejor masaje de pies de su vida.

–Relájate –le ordenó, aunque él estaba tan tenso, que cualquier cosa le habría hecho resquebrajarse.

Ella obedeció. Apoyó la cabeza en los brazos cruzados, y cada pocos segundos gemía de placer, estirando los dedos de los pies como un gato.

Jordán estaba tan excitado que le dolía. Deseaba desesperadamente deslizar las manos por los músculos firmes y torneados, meter los dedos por debajo de los pantalones cortos y perderse en ella.

Deslizó las manos por las pantorrillas cálidas y continuó el masaje, sintiendo cómo los músculos femeninos se relajaban y los suyos se endurecían.

–Deja que te ayude, maldita sea –dijo, con una voz tan ronca, que no se parecía en nada al tono normalmente seductor que utilizaba con las mujeres.

–No está bien –susurró ella, casi sin voz. Jordán se dio cuenta de que Georgia

estaba a punto de dormirse.

– Quiero ayudarte, Georgia.

Ella suspiró, y un instante después dormía plácidamente. Una sonrisa curvó la boca masculina. Era la primera vez que una mujer se le quedaba dormida. Era una novedad de la que hubiera podido prescindir, pero entonces se le ocurrió que quizá era eso lo que necesitaba para hacerse con las riendas de la situación.

– ¿Georgia?

Jordán continuó masajeando los tendones de los pies. Sabía por experiencia que a todas las mujeres les gustaba. Personalmente, si una mujer le daba un masaje, preferiría otras partes de su cuerpo.

Georgia no respondió. Él le tocó ligeramente el hombro, pero tampoco obtuvo ninguna reacción.

Además de la sensación de triunfo por tenerla donde él quería, se le ocurrió que ella tenía que confiar en él hasta cierto punto; de otro modo no se hubiera relajado tan plenamente con él.

Él le acarició el pelo, y después deslizó la mano por las curvas de la cara, el cuello, los hombros. La elegante columna vertebral descendía hasta un trasero soberbio que parecía ofrecérsele plenamente.

Pero él era un hombre honrado y mantuvo las manos en lugar seguro. Después de contemplar cada centímetro de su cuerpo, susurró:

– Ahora te tengo, preciosa.

Ella continuó sin moverse.

Jordán necesitó mucha fuerza de voluntad para alejarse de ella, para encontrar una manta y taparla antes de irse, pero lo consiguió. En los asuntos importantes tenía una gran fortaleza.

Y aquello era muy importante. Por mucho que detestara reconocerlo, era demasiado importante.

Capítulo 6

Georgia se despertó con la luz del sol en la cara. No se movió, pues primero trató de orientarse. ¿Por qué había tanta luz?

Abrió los ojos un poco y vio el enorme roble del jardín a través de las cristaleras sucias del patio. Entonces se dio cuenta de que no estaba en su cama, donde debería estar. Estaba, por increíble que pareciera, en el balancín del patio, cubierta con un edredón.

Mientras trataba de abrirse paso entre la neblina de sus pensamientos, oyó unas risas apagadas no muy lejos de allí. La de Lisa primero, y la de Adam después. Y después una risa más profunda, más masculina.

¡Jordán!

Georgia se incorporó tan rápidamente, que el balancín se movió adelante y atrás y casi la tiró al suelo. Con el corazón latiendo desesperadamente, Georgia lo recordó todo: la redada en el bar, la enfermedad de su madre, el excitante masaje en los pies que Jordán le dio la noche anterior.

Volvió la cabeza hacia la cocina, y sí, era la voz aterciopelada de Jordán susurrando:

–Shh, vais a despertar a vuestra madre. Se durmió muy tarde.

–Mamá siempre se levanta con nosotros, aunque la abuela la riñe para que vuelva a la cama –explicó Adam, con su vocecita infantil.

–Nunca oye nada, pero a nosotros siempre –apuntilló Lisa—. Incluso cuando no hacemos ruido. La abuela dice que es el sexto sentido de las madres.

–Tenéis una madre maravillosa –dijo Jordán, con total convicción, y Georgia se preguntó si era lo que realmente pensaba. Probablemente lo decía sólo para tranquilizar a los niños—. Pero hoy la vamos a dejar dormir un poco más.

–¿Puedo comer otra tortita? –oyó preguntar a Lisa.

¿Tortitas?

–Por supuesto. No puedo creer que ya te hayas comido dos. ¿Seguro que las tienes las dos en el estómago? ¿No te habrás escondido una detrás de la oreja?

Lisa se echó a reír, y Adam con ella.

A duras penas, Georgia se levantó y tambaleándose fue hasta la puerta la cocina. ¿Jordán estaba dando el desayuno a sus hijos? ¿Había invadido su cocina? ¿Qué demonios hacía en su casa a esas horas de la mañana?

Se detuvo en el umbral, y dejó de pensar al verlo. Estaba... guapísimo. Llevaba el pelo castaño ligeramente despeinado, barba de un día y las mangas remangadas. Y además de ir descalzo, llevaba un delantal atado a la cintura.

¡Cielos, qué bien quedaba al lado de la cocina! ¡Y qué bien quedaba con sus hijos, también! ¡Y qué bien quedaba en su vida! Demasiado bien, concluyó en silencio, sintiendo que todo su entusiasmo inicial se desinflaba.

Los dos niños también llevaban delantales atados debajo de las axilas que les llegaban casi hasta el suelo y contemplaban a Jordán mientras éste echaba cuidadosamente masa de tortitas a la sartén.

– Soy un artista – proclamó, y los dos niños aplaudieron.

Con curiosidad, y cuando por fin pudo arrancar sus ojos hambrientos del cuerpo de Jordán y mirar la sartén, vio que estaba haciendo tortitas con las formas más raras que había visto en su vida. Unas eran caras. Otras peces. Otras...

– ¡Mamá!

Adam corrió hacia ella, y casi la tiró al suelo al chocar contra sus piernas. Jordán la miró con el ceño fruncido, Lisa corrió y le tomó la mano.

Los niños besaron y abrazaron a su madre bajo la atenta mirada de Jordán, un hombre muy grande y muy sexy, un hombre que la estaba mirando con una intensidad que la hizo ruborizarse.

¿Habría pasado allí la noche?, se preguntó ella, aterrorizada. ¿Con ella?

Después del masaje en los pies, no recordaba nada más. Sólo lo maravilloso que había sido.

Georgia notó que le ardían las mejillas, y Jordán sonrió, como si supiera exactamente por qué se había ruborizado. Georgia lo ignoró, abrazando a los dos niños y disfrutando del contacto de los brazos diminutos alrededor del cuello. Nunca podría arrepentirse de los errores de su vida, porque eran esos errores los que le habían dado a Lisa y a Adam.

Pero eso no significaba que quisiera cometer más. Aceptar que un desconocido invadiera tan fácilmente su vida no sólo ponía de manifiesto su irresponsabilidad, sino también su estupidez. No podía permitirlo, y no lo permitiría.

Apenas se había puesto en pie cuando los dos niños empezaron a enumerar las virtudes de Jordán: lo divertido que era, lo bien que cocinaba, el gran talento artístico que tenía. Jordán ya les había prometido enseñarles unos gatitos recién nacidos que tenía en la clínica, y llevarlos con él la próxima vez que tuviera que tratar a un caballo o una vaca.

Georgia apretó los dientes y se concentró en poner en marcha su adormilado cerebro.

– Hemos estado cocinando – le dijo Adam.

Haciendo un esfuerzo, Georgia lo tomó en brazos.

– Ya veo – dijo ella, sin poder evitar un bostezo.

Jordán apartó a Lisa de la cocina.

– No tan cerca, cielo. Voy a ponerle un café a tu madre antes de que se caiga. No te acerques a la cocina si no estoy yo aquí, ¿de acuerdo?

Riendo, Lisa se sentó en su silla en la mesa.

Sin pedir permiso a Georgia, Jordán le quitó a Adam de los brazos, sujetándolo como si tuviera todo el derecho, como si supiera lo cansada que estaba.

Comida, café, masaje en los pies, y ahora mimos a sus hijos; ese hombre sabía cómo llegar al corazón de una mujer.

– Toma – dijo él, poniéndole una taza de café en la mano –. Te sentará bien.

Sin poder resistirse, Georgia bebió un largo trago de café caliente y sintió que volvía al mundo de los vivos.

– No hay nada como un buen café para ayudarte a abrir los ojos por la mañana – dijo ella.

La mirada masculina brilló cálidamente.

– Hay cosas mejores – le aseguró él, mirándola a la boca con descaro.

Georgia sintió una oleada de calor por toda la columna vertebral que la revivió más que el café.

Jordán le sonrió mientras sentaba a Adam en su silla y le servía una tortita con forma cuadrada.

– ¿Por qué no te sientas, Georgia, y te cuento lo que me han dicho en el hospital?

– ¿Has llamado al hospital?

– Sí. Pensé que te gustaría saber algo en cuanto te despertaras.

Jordán tenía razón, por supuesto. No sólo la excitaba, sino que además le leía el pensamiento.

– Me han dicho que tu madre ha descansado toda la noche y que hoy está mejor. El médico pasará a verla entre las once y la una. Supongo que querrás estar allí. Pensaba despertarte dentro de una hora para darte tiempo a prepararte.

¿Él pensaba ir a despertarla? Sintió alivio y desencanto a la vez por haberse perdido aquella oportunidad. No recordaba la última vez que la había despertado un hombre. Antes del divorcio, siempre era ella la primera en levantarse. Que Jordán la despertara sería una experiencia totalmente novedosa.

Georgia miró a su alrededor. Por primera vez desde la mudanza, la cocina estaba immaculada, con toda la vajilla recogida, el fregadero limpio, e incluso los juguetes que solían estar esparcidos por el suelo habían desaparecido. En la puerta de la nevera, sujetos con imanes, estaban los dibujos de colores hechos por Adam y Lisa, perfectamente ordenados.

Georgia frunció el ceño y miró a Jordán. ¿Habría estado limpiando toda la noche? Y si así era, ¿por qué lo había hecho?

– ¿Quieres una tortita? – preguntó él.

– No – respondió ella.

– Si te asusta la parte divertida, puedo hacerte una normal.

Georgia sintió ganas de estrangularlo. Jordán sabía perfectamente que era él quien la asustaba.

– Son las mejores tortitas que he probado en mi vida – dijo Lisa, con la boca llena y pegajosa de tortita y sirope.

Georgia miró a su hija y después la encimera, donde estaba la misma caja de masa de tortitas que ella utilizaba para prepararlas.

– Todo está en la preparación – le explicó él, sonriendo –. Eso te lo dirá cualquier chef.

Georgia se bebió el resto del café. Si tenía que enfrentarse a él desde primeras horas de la mañana necesitaba desesperadamente una buena dosis de cafeína.

En ese momento, Jordán la tomó suavemente por el codo y la llevó a una silla.

– Sí, hay más café – respondió sentándola, sin que ella tuviera que pedirlo.

Le volvió a llenar la taza de café, y ella frunció el ceño.

– Cocinar, limpiar, servir, ¿qué eres, mi hada madrina?

Inclinándose hacia ella, le susurró al oído:

– Sólo soy un hombre que te desea con todo su ser, cielo. Y anoche hicimos un trato maravilloso.

Ella se puso recta tan deprisa, que le dio con la cabeza en el mentón. Jordán no soltó

ninguna maldición, pero la miró con ojos expresivos mientras se frotaba el lugar del golpe. Por suerte, los niños no estaban prestándoles ninguna atención. De momento, sólo pensaban en sus tortitas.

– ¿Qué trato? – gruñó ella.

– Podemos concretar los detalles cuando te hayas lavado y vestido.

– Yo no recuerdo nada.

– Oh, estabas muy dormida. Por eso dijiste que era mejor dejar los detalles para hoy.

Jordán se volvió a la cocina y sirvió tres tortitas en un plato. Después le puso el plato delante.

Georgia no recordaba la conversación. Y mucho menos ningún plan. Pero las tortitas olían deliciosamente, ella estaba hambrienta, y prefirió acallar primero a su estómago.

– ¿Está rica? – preguntó él, después de verla tomar el primer mordisco.

– Deliciosa – respondió ella, cerrando los ojos –. Gracias.

Él la acarició, deslizando un dedo por el pómulos y la mandíbula, y después por la garganta.

– No ha sido tan difícil, ¿verdad? – dijo él.

Georgia quedó paralizada, hipnotizada por el tono seductor de su voz y la dulzura de la caricia. Después miró a los niños, que ahora sí observaban el intercambio entre los adultos con fascinación. Pensó que tener a un hombre preparando el desayuno era incluso más novedad.

– Chicos, si habéis terminado, ¿por qué no vais a lavaros los dientes y vestiros mientras vuestra madre y yo hablamos? – dijo Jordán, a quien no se le pasaba nada por alto.

– ¿Hablar de qué? – quiso saber Lisa.

– De que volváis a ver a Casey, esta vez en nuestra casa. Vivimos cerca de un pequeño lago. Casey puede llevaros a pescar mientras vuestra madre y yo vamos al hospital y después a recoger su coche.

Lisa y Adam salieron disparados hacia el piso de arriba, gritando y saltando.

Georgia miró a Jordán con la cara tan tensa que le dolía, y murmuró:

– Esto ha sido un golpe bajo, incluso viniendo de ti.

Un destello de culpabilidad cruzó la expresión masculina durante un segundo, pero enseguida se repuso.

– Soy un hombre desesperado – se excusó él –. Y tenemos un trato. Además, ¿por qué quieres tener a tus hijos encerrados en un hospital mientras visitas a tu madre? Estarán mucho mejor al aire libre, y ya he hablado con Casey esta mañana. Está encantado de quedarse con ellos.

– A mí no me lo has consultado – dijo ella poniéndose en pie, con las manos en jarras –. Son mis hijos y sé qué es lo mejor para ellos.

– Cierto – dijo Jordán, apoyándose de espaldas en el fregadero –. No pongo en cuestión tu capacidad como madre, cielo. Sólo hay que verte con ellos dos segundos para ver lo mucho que los quieres. Pero anoche te pareció una buena idea. ¿No me digas que no recuerdas nada?

¿Había algo que recordar?, se preguntó ella. Había estado tan cansada...

– Me dijiste que sería una buena idea dejar a los niños con Casey mientras íbamos al hospital. Sawyer vendrá al hospital, y mientras tú estás con tu madre, él y yo iremos a buscar tu coche. Después, iré a recoger a los niños y os llevaré a todos a cenar.

Georgia se sentía como un globo desinflado. ¿De verdad habían hablado de todo aquello la noche anterior? No recordaba nada, pero él parecía tan seguro, tan sincero, que no pudo negarse.

Le dolía la cabeza, y se frotó las sienes con los dedos.

Sintió las manos firmes y grandes de Jordán en los hombros, pegándola a él. Trató de resistirse al confort y la seguridad que él ofrecía, pero Jordán la pegó a su pecho y empezó a frotarle la espalda. La voz masculina no era lo único mágico que tenía. Los dedos también lo eran.

Hacía mucho tiempo que no la abrazaba alguien más fuerte y grande que ella.

– Deja de estar tan a la defensiva e intenta razonar – dijo él, rozándole la sien con la mandíbula –. Somos buenas personas. Casey estará encantado de ocuparse de tus hijos. Le encantan los niños, y a los demás también. Y es muy responsable. No permitirá que les ocurra nada.

– No es eso. Es que no te entiendo.

Jordán le alzó la barbilla.

– ¿Y eso te preocupa?

– Sí – respondió ella, con total sinceridad –. Además, apenas nos conocemos.

– Pero eso no parece importar demasiado – dijo él, mirándola cálidamente a los ojos.

En un segundo, Jordán pasó de tranquilizarla como un amigo a acariciarla como un hombre. Un hombre muy interesado en ella. La miró a la boca.

– No puedo creer cómo me haces sentir.

– Jordán.

Los labios femeninos temblaban, al igual que todo su cuerpo.

Jordán se inclinó hacia ella y le acarició los labios con su aliento mientras susurraba:

– Lo que me haces sentir debería estar prohibido por ley.

Georgia se estremeció. Aquella voz, unida al recuerdo del sensual masaje de la noche anterior, fue su perdición.

– Oh, cielos...

Jordán le robó la exclamación con la boca al besarla. Saber que debía resistirse era una cosa, pero hacerlo otra muy distinta. La boca masculina estaba caliente, hambrienta y húmeda. Ella lo besó a su vez, incapaz de no hacerlo, y disfrutó del sabor indescifrable, ardiente y apasionado de él, mientras sus manos le acariciaban la cara con infinita ternura.

Las manos de Georgia se cerraron sobre los fuertes hombros masculinos, y ella sintió una punzada de deseo en las entrañas. Jordán arqueó el cuerpo femenino hacia él e invadió la boca con la lengua, saboreándola profundamente, apretando su cuerpo duro y tenso contra los senos voluptuosos y seductores y contra sus muslos...

Sin saber cómo, Georgia se vio contra los armarios. Sin hacer ningún esfuerzo, Jordán la alzó y la apoyó sobre el borde de la encimera, dejando que las piernas femeninas le rodearan las caderas. Ella sintió la fuerza de su erección palpitando contra ella. Jordán le tomó un seno en la palma de la mano, y la sensación fue tan maravillosa

que ella gimió intensamente de placer. Después le recorrió la garganta con los labios, hasta llegar a la piel sensible detrás de la oreja.

— Te deseo.

Ella también lo deseaba a él. Lo sujetó con fuerza, incapaz de pensar más allá de aquel deseo compartido. Él estaba entre sus piernas, dejándola abierta y vulnerable, y a ella le gustaba. Le gustaba cómo se movía contra ella, con unas caricias que la llevaban una y otra vez al borde del orgasmo, a pesar de que los dos estaban totalmente vestidos y prácticamente de pie.

Jordán acarició con las puntas de los dedos el pezón erecto, y después lo pellizcó ligeramente. Ella estuvo a punto de tener un orgasmo allí mismo, en la cocina de su casa, con un hombre que apenas conocía, con sus hijos en el piso de arriba, y sinceramente no le importó.

Entonces, oyeron a los niños bajar por las escaleras, y Jordán levantó la boca. Estaba jadeando de forma casi incontrolable y de su cuerpo emanaba un fuerte calor.

— Ahora mismo estoy tan excitado que una sola caricia bastaría — murmuró él, y apretándola más contra su erección, añadió —: Una caricia, Georgia.

Georgia apenas podía pensar con claridad, mucho menos responder. Lo miró a la boca, con la suya abierta por la sorpresa, incapaz de creer lo que un beso y unas pocas caricias podían provocar. Ella había estado casada durante casi siete años, pero nunca había conocido, nunca había imaginado...

— No me mires así — masculló él, sin aliento —. Me estás matando.

Georgia intentó respirar y tragó saliva.

— Di algo, maldita sea — insistió él.

Pero Georgia sabía que, en cuanto recuperara la cordura y volviera a pensar con claridad, se arrepentiría de lo que había pasado. Había incumplido sus propias normas, y se avergonzaría de sí misma más que nunca.

— Esta noche tengo que trabajar. No puedo ir a cenar — fue lo único que pudo decir.

Él no debió enfadarse tanto, pero sus emociones estaban en medio de un torbellino desde el momento en que la vio y aún no había logrado dominarlas. ¿Cómo había podido hacer algo tan estúpido como casi poseerla en la cocina de su casa, con los niños en el piso de arriba? No sólo estaba asqueado consigo mismo por haber sido incapaz de controlarse, sino también por haberla disgustado.

Lo que había entre ellos era muy fuerte, y ninguno de los dos sabía muy bien qué hacer. Pero en lugar de hablarlo, ella le había dicho que tenía que trabajar. Otra vez.

Jordán puso buena cara delante de los niños y éstos no parecieron notar la tensión que había entre los mayores. Cuando llegaron al hospital, los cuatro fueron a la misma sala de espera de la noche anterior. Al doblar la esquina, Georgia y Jordán se detuvieron en seco al ver no sólo a Sawyer, sino también a Casey y a Gabe.

Oh, cielos, pensó Jordán.

Todos sus hermanos tenían que estar allí. Seguro que, si Misty no estuviera enferma, Morgan se habría unido al resto.

Sus hermanos parecían estar disfrutando de la situación. Él siempre había sido diferente a ellos. Más introvertido, más contenido... Aunque nunca había dudado de su cariño, a menudo se había sentido apartado. Por la situación de su padre, había cosas que nunca había podido compartir con ellos.

Lisa sonrió de oreja a oreja al ver a Casey y salió corriendo hacia él. Casey sonrió también y se agachó delante de ella. Enseguida Adam siguió a su hermana, aunque con una actitud un poco más cautelosa.

Georgia se había quedado completamente paralizada.

—¿Georgia? —dijo Sawyer, echando a caminar hacia ella con una amplia sonrisa en los labios y un cálido destello en los ojos.

Ella asintió, alzando la cabeza hacia él.

—¿Sí?

Sawyer, maldito Sawyer, tuvo que abrazarla, como si fuera un miembro de la familia, con el mismo afecto con que trataría a una hermana. O a una cuñada.

—Es un placer conocerte —dijo Sawyer—. Casey me ha hablado mucho de ti.

—¿Tú eres el padre de Casey?

—Sí —dijo el hombre, resplandeciente de orgullo—. Tengo entendido que hoy va a hacer de canguro. Todos estamos encantados. Sobre todo mi esposa. Ahora que tenemos a Shohn, nuestro pequeño de seis meses, y a Amber, la hija de Morgan, Honey se ha dado cuenta de que le encantan los niños. Además, nunca ha tenido muchas oportunidades de estar con niños mayores, así que es como un regalo.

Jordán sabía qué era lo que su hermano estaba haciendo. Le había dicho por teléfono que Georgia todavía no había accedido a dejar a los niños con ellos, pero ahora, con la actuación de Sawyer, estaba seguro de que le había ablandado el corazón.

Jordán miró a Georgia, y no le sorprendió verla mirando boquiabierta a su hermano mayor.

Después, Gabe dio unos pasos hacia delante y extendió la mano hacia Georgia.

—Hola —le dijo, con una encantadora sonrisa.

Jordán suspiró.

—¿Qué hacéis todos aquí?

Sawyer se encogió de hombros.

—Yo he venido porque me lo has pedido y Gabe se ha apuntado para que no tengas que dejar a Georgia sola. Él me llevará a buscar el coche de Georgia, y así los dos podemos volver con los dos coches. Casey ha venido para llevarse a los niños a conocer a Honey, que está en casa esperándolos impaciente.

Sawyer habló como si todos los planes ya fueran definitivos, para evitar que Georgia pudiera poner alguna pega.

Sin embargo, al escucharle mencionar a sus hijos, Georgia salió de su estupor

—Esto es ridículo. Os estáis molestando mucho por...

—En absoluto —le aseguró Gabe, guiñándole un ojo—. No es ninguna molestia. Además, mi mujer también se muere de ganas por conocer a los niños. Nosotros aún no tenemos ninguno. Aunque no me importa seguir intentándolo, ya sabes...

Jordán se colocó delante de él.

—Escucha, Georgia, ya que Sawyer está aquí, ¿por qué no le dejamos echar un vistazo a tu madre? Es un médico excelente, y así si alguna vez tiene más problemas, puedes llamarlo a él. Ahora ya os conocéis.

Sawyer asintió.

—Sigo haciendo visitas a domicilio, aunque te resulte difícil creerlo. Pero en Buckhorn nos gusta portarnos así con nuestros vecinos.

¿Era una indirecta para que ella fuera un poco más amable con sus vecinos?

Georgia los miró de uno en uno y se llevó la mano a la cabeza.

– No me lo puedo creer – dijo, como hablando para sí.

– ¿Dónde vivías antes? – preguntó Gabe.

– En Milwaukee.

– Aah, eso lo explica todo. Aquí hacemos las cosas de manera diferente.

– ¿Hay algún hermano más al que aún no .haya conocido? – preguntó ella, curiosa.

– No – respondieron todos al unísono.

– Menos mal – suspiró –. Está bien, quiero ver a mi madre. No estaré tranquila hasta que la vea. Está en la tercera planta.

– Yo me llevaré a los niños – dijo Casey –. Se mueren de ganas por ir al lago. ¿Te parece bien?

Georgia parecía un poco agobiada, pero asintió.

– Sí, de acuerdo – dijo. Abrazó a sus dos hijos –. Portaos especialmente bien con Casey. Y haced todo lo que os diga.

– Sí, mamá.

– Siempre nos portamos bien.

Georgia sonrió.

– Lo sé. Soy una madre muy afortunada por teneros a los dos. Jordán y yo estaremos allí en cuanto podamos. Y tened mucho cuidado cuando estéis cerca del agua.

Casey le puso un brazo por el hombro y le dio un apretón tranquilizador.

– No te preocupes. Estarán bien. Nunca dejamos acercarse a los niños a la orilla si no llevan un salvavidas puesto.

Después de que Casey se alejara con los dos niños de la mano, Jordán llevó a Georgia hacia el ascensor.

En el ascensor ya estaban Sawyer y Gabe. Ellos se colocaron uno al lado de otro, en silencio. Allí Jordán se fijó en que el cuerpo menudo y frágil de la joven hacía que destacaran aún más los senos firmes y voluptuosos, a pesar de que llevaba un conjunto que era de todo excepto provocativo. Una blusa amarilla entallada metida por dentro de una falda vaquera larga y recta que no podía ser más discreta. Sin embargo, no lograba ocultar su atractivo. Ni un saco de arpillera podría ocultarlo, se dijo él.

Jordán estaba perdido en fantasías eróticas cuyo lugar era más la intimidad del dormitorio que un ascensor lleno de gente cuando notó la mano de Georgia deslizarse en la suya. Sintió ganas de gritar de alegría. Por fin ella empezaba a aceptarlo, aunque a regañadientes.

Entonces vio que Sawyer también se había dado cuenta, y estaba silbando suavemente. Éste incluso dio un codazo a Gabe, que arqueó las dos cejas.

Jordán les dirigió una mirada fulminante. Podía leer sus pensamientos como si los llevaran impresos en la frente.

Afortunadamente, las puertas del ascensor se abrieron y Georgia salió disparada en línea recta hacia la habitación de su madre. Una vez allí, se volvió a mirar a los tres hermanos, como si no supiera muy bien qué hacer con ellos.

– Creo que tardaré un poco.

Jordán asintió.

–Tómate todo el tiempo que quieras. No tengo prisa.

–Yo tampoco –dijo Gabe.

–Gabe y yo nos iremos enseguida –le prometió Sawyer –, pero me gustaría ver a tu madre si no tienes inconveniente. No hay duda de que aquí tiene unos cuidados excelentes, pero con enfisema cualquier resfriado puede ser importante. Mi casa está más cerca de la tuya que el hospital.

Georgia estaba tan aliviada por el ofrecimiento, que Jordán sintió ganas de besarla.

–Sería maravilloso –dijo ella–. Me preocupa mucho. Dice que no hace más de lo que puede, pero nunca se queja. Además, se empeña en seguir ejerciendo de madre, aunque no es necesario. Ya tengo veintitrés años...

Jordán casi se atragantó cuando oyó la edad que tenía. ¿Veintitrés años? Eso significaba que se había quedado embarazada a los dieciséis, y que probablemente no había terminado el instituto, y mucho menos pisado la universidad.

Una vez más se la imaginó saliendo al escenario y trató de pensar cómo se sentiría ella personalmente. ¡Era tan joven y tan orgullosa! ¿Le gustaba lo que hacía, o lo hacía sólo para poder cubrir todos los gastos de la familia?

–La mayoría de las madres son así –le aseguró Sawyer, dirigiendo una preocupada sonrisa a Jordán–. La mía es mucho más terca, además de tener muy mal genio.

Gabe asintió con la cabeza.

–Y que lo digas.

Georgia no podía entender que hablaran así de su madre, y miró a Jordán, pero éste logró echarse a reír para ocultar las contradictorias emociones que ella le hacía sentir.

–Tienes que conocer a mi madre, cielo. Te encantará pero...

–Pero ella os crió a todos –dijo Georgia, sacudiendo la cabeza–. Supongo que es una mujer muy fuerte.

Los tres hermanos se echaron a reír.

–Demasiado.

–Déjame que entre a hablar con mi madre un momento, para decirle que vas a entrar. Ahora salgo –dijo ella.

Georgia se metió en la habitación, y en cuanto desapareció por la puerta, Jordán empezó a pasear nervioso por el pasillo. Sentía los ojos de Sawyer y Gabe clavados en él.

–¿Qué es lo que te atormenta tanto? –preguntó Sawyer.

Jordán lo miró durante un segundo, incrédulo.

–¡Sólo tiene veintitrés años!

–¿Creías que parecía mayor?

–No, Gabe, no es eso. Es que, es demasiado joven para hacer lo que hace.

–¿Qué hace? –preguntó Gabe.

–Creo que se refiere a bailar –dijo Sawyer.

Morgan le había puesto al día sobre lo ocurrido la noche anterior, y también conocía la versión de Howard y Jesse, que habían visto la actuación con sus propios ojos.

–Ah.

Gabe miró a Jordán y sonrió.

– Estaba pensando en ir a ver la actuación – dijo – . Hace años que no veo un buen espectáculo. ¿Qué te parece, Sawyer? ¿Te apuntas?

Capítulo 7

Jordán se volvió tan rápidamente, que Gabe dio un respingo.

—Ni se te ocurra, hermanito —dijo Jordán, en tono amenazador.

Después de morderse los labios para contener las carcajadas, Gabe dijo:

—Está bien. No te pongas histérico.

Jordán sintió ganas de darse un tortazo. ¡Qué tonto había sido! Su hermano se estaba burlando de él, y él se lo había puesto en bandeja.

Georgia abrió la puerta. Miró el ceño fruncido de Jordán, y después la expresión de Gabe, que parecía que no había roto nunca un plato.

—¿Interrumpo algo? —preguntó.

—En absoluto —dijo Sawyer, dando un paso hacia delante—. ¿Puedo entrar?

—Sí, mi madre dice que será un placer conocerte —dijo Georgia.

Miró una vez más a Jordán, y después les dio la espalda y entró de nuevo en la habitación, seguida de Sawyer.

Jordán todavía seguía mirando a la puerta cerrada cuando Gabe murmuró:

—Veo que Morgan tenía razón.

Jordán se volvió otra vez a mirar a su hermano. Estaba al borde de perder los estribos.

—¿Quieres decirme exactamente qué diablos significa eso?

—Tranquilo —dijo Gabe, retrocediendo unos pasos, fingiendo miedo—. No te pongas tan furioso sólo por una simple observación. Ya puedes dejar de mirarme así. Además, Lizzy me colgaría si me viera mirando a otra mujer. Es muy celosa —añadió con orgullo.

—Si no dejas de sacarme de mis casillas —gruñó Jordán—, no te tendrás que preocupar por Elizabeth. Te tendrás que preocupar por mí.

Gabe se echó a reír.

—Por el amor de Dios, Jordán. Nunca te he visto tan furioso. Es interesante.

—Estás pisando terreno resbaladizo, Gabe.

—Eh, está justificado —dijo Gabe, a la defensiva—. No creas que he olvidado que me robaste a mi esposa.

En ese momento, Georgia salió de la habitación de su madre y se detuvo en seco al oírlo. Contuvo el aliento detrás de ellos. Cuando los dos hermanos se volvieron a mirarla, dijo:

—Mi madre quiere estar un momento a solas con Sawyer —dijo, mirándolos entre horrorizada y avergonzada.

—Mi esposa decidió trabajar para Jordán en su clínica —explicó Gabe—. Jordán sabía que yo quería tenerla conmigo, pero me dio un par de ridículas excusas y se la llevó.

—Esa es sólo su versión de la historia —explicó Jordán—. Elizabeth tiene un don especial con los animales. Está mucho mejor trabajando como ayudante mía que haciendo de recepcionista para Gabe. A eso se refería.

Gabe se encogió de hombros.

– Pero la besaste. Delante de mis narices.

– Fue un beso de hermano y lo sabes.

– ¿De hermano, eh? Bien, en ese caso – dijo, estirando el brazo hacia Georgia, que rápidamente dio dos pasos atrás.

Aunque ella se hubiera quedado donde estaba, Gabe no habría podido tocarla. Apenas se había movido unos centímetros cuando Jordán lo sujetó por el cuello de la camisa y lo empujó hacia atrás.

– Sobre mi cadáver, Gabe.

Gabe soltó una risita.

– Justo lo que me imaginaba – dijo, y miró a Georgia –. ¿Puedes creer que se atrevió a besar a mi Lizzy? Aunque no se lo reprocho. Ella es totalmente irresistible. Ya verás a qué me refiero cuando la conozcas. Y por suerte para Jordán, no le di una paliza porque, después de besarlo, Lizzy se volvió hacia mí y me dijo que se casaría conmigo.

Georgia sonrió nerviosa.

– Ya entiendo.

– No, no lo entiendes – dijo Jordán, soltando a su hermano y apoyando las manos en las caderas –. Elizabeth acababa de ayudarme a salvar a los animales de la clínica de un incendio. Fue un beso de agradecimiento, nada más.

– Ya, ya – dijo Gabe, que evidentemente no compartía su opinión –. Y lo que Morgan me dijo es que tu Georgia tiene unos ojos grises preciosos. Ahora que los he visto, estoy de acuerdo con él. Son preciosos.

Georgia y él hablaron a la vez.

– No es mi Georgia.

– No soy su Georgia.

– Aquí sale Sawyer – dijo Gabe.

Los dos se volvieron a mirarlo, y el recién llegado asintió con una sonrisa.

– Está bien. Increíblemente bien, de hecho. Su médico es un hombre excelente. Siempre lo he apreciado – dijo, y sacó una tarjeta de visita que entregó a Georgia –. El número de teléfono de mi casa. Cuando le den el alta, seguramente a mitad de semana, no dudes en llamarme si tienes alguna pregunta o hay algún problema, ¿de acuerdo?

Georgia lo miró con agradecimiento.

– Gracias. Es muy generoso por tu parte.

– También puedes dejar el número a los niños, por si ocurre algo mientras tú estás trabajando.

Georgia asintió y se metió la tarjeta en el bolso.

– Tienen mi número del bar, pero Bill no siempre contesta durante la actuación. Ya hemos discutido sobre eso varias veces.

– Entiendo – dijo Sawyer, y miró a Jordán –. Quizá un busca sea una buena idea.

Jordán vio la fugaz expresión de culpabilidad en el rostro de Georgia, y supo que no podía permitirselo.

– Gabe, ¿no tienes un busca de sobra que no utilices?

Gabe lo miró atónito un momento, pero enseguida asintió.

– Oh, sí, es verdad. Eh, incluso lo tengo pagado hasta finales de año.

Georgia ya estaba negando con la cabeza, pero Gabe le pasó un brazo por los

hombros, casi paralizándola.

– Insisto. Para eso están los amigos.

Georgia iba a seguir protestando, pero Sawyer eligió ese momento para dirigirse a Jordán.

– Su madre quiere verte.

– ¿A mí?

– Sí. Y ha insistido bastante.

Georgia se llevó las manos a la cara.

– Oh, cielos. Es súper protectora.

Jordán miró la puerta cerrada con cierta reserva y cruzó los dedos para que no fuera un interrogatorio familiar. A sus treinta y tres años, estaba tan oxidado en el tema, que no sabía si sabría responder. Especialmente cuando todavía no sabía cuáles eran sus sentimientos por Georgia. Lascivia desde luego, y compasión también. Pero si había algo más...

Georgia fue a seguirlo, pero Sawyer la detuvo tomándola del brazo.

– Ha dicho que quiere ver a Jordán a solas.

Jordán masculló para sus adentros y entró. No era un cobarde, y podía enfrentarse a una madre malhumorada aun después de una noche sin pegar ojo. Pero cuando se asomó por la cortina que rodeaba la cama, encontró a Ruth Samson medio sentada, con la mente muy despejada y más que un poco malhumorada.

El aspecto de la mujer era tan feroz como el de Morgan en sus días malos.

– ¿Señora Samson?

Los ojos, del mismo color azul grisáceo que los de su hija, se clavaron en él y dijo:

– Mi hija tiene los labios hinchados.

Jordán tragó saliva, y no pudo evitar pasarse una mano por la boca.

– Sólo la besé – dijo él, decidiendo que la mejor defensa era la sinceridad.

– Debió de ser todo un beso – dijo Ruth Samson, que no se parecía en nada a la mujer frágil y enferma de la noche anterior—. Georgia no podía mirarme sin sonrojarse.

Traicionando su determinación, Jordán sonrió.

– Georgia tiene una encantadora propensión a sonrojarse de vez en cuando – dijo.

Ruth suspiró, y todo el malhumor pareció desvanecerse.

– Es increíble, pero a pesar de todo lo que ha pasado, sigue siendo una joven muy dulce. No es que yo quiera que sea más dura. Es una hija maravillosa y una madre excepcional para mis nietos – dijo la mujer, retándole a decir lo contrario.

Jordán asintió.

– A mí también me sorprende, si quiere que le diga la verdad.

– Sí, es alucinante. ¿Cuánto sabes exactamente de mi hija?

– Muy poco – dijo él—. Ahora mismo acabo de enterarme de que sólo tiene veintitrés años.

– ¿Eso te preocupa? No debería. Georgia es muy madura para su edad.

Jordán no sabía cómo responder a eso.

– También sé que trabaja en un bar de dudosa reputación.

Ruth se echó a reír.

– Y no te parece bien, por supuesto.

—No, en absoluto —le confirmó Jordán.

—Bien —dijo la mujer, asintiendo con satisfacción—. A mí tampoco. Pero no tiene muchas opciones.

—Georgia lo mencionó.

Ruth pareció sorprendida.

—¿En serio? Eso es muy interesante. Normalmente no trata con ningún hombre. Y créeme, tiene a muchos detrás.

Jordán apretó los dientes.

—Lo creo —masculló, celoso.

—Veo que hay muchas cosas de mi hija que aún no sabes. Acerca una silla y te lo contaré, aunque tenemos que darnos prisa. Si conozco a mi hija, en un par de minutos entrará a ver qué hacemos.

Jordán se sentó obedientemente junto a la cama. Estaba ansioso por saber más cosas de Georgia y cómo había terminado en aquella situación.

—Señora Samson —empezó él, esperando tranquilizarla—, no tiene que preocuparse por mí. Yo sólo quiero ayudar a su hija.

Ruth Samson suspiró, y después empezó a toser. Jordán estaba a punto de llamar a una enfermera, pero ella se lo impidió con una señal.

La mujer tuvo que ponerse la máscara de oxígeno durante unos momentos e ir respirando poco a poco, hasta que logró recuperar el aliento.

—Dudo mucho que Georgia quiera tu ayuda —dijo por fin.

—No, no la quiere.

—¿Pero tú insistes?

—Sí, señora.

La mujer asintió, aparentemente complacida con la respuesta.

—Georgia se quedó embarazada cuando tenía dieciséis años.

Jordán ya había hecho el cálculo matemático, y la noticia no le sorprendió.

—Mi marido era un hombre anticuado. Un hombre amargado y poco afectuoso que nunca entendió a su hija. La tuvimos siendo ya bastante mayores. Yo tenía casi cuarenta años, y mi marido me llevaba once. Creíamos que ya nunca tendríamos hijos, y nos tomó a los dos por sorpresa.

—¿Agradable?

—Oh, sí, ya lo creo. Pero la adaptación fue dura. Avery no quería cambiar sus costumbres. Además, era un hombre muy tacaño, hasta el punto de que quería que Georgia sólo llevara ropa de segunda mano, y siguiéramos teniendo el mismo coche destartado de siempre y la misma televisión en blanco y negro. A mí nunca me importó, pero detestaba ver todo lo que mi hija no tenía. Tampoco encajaba con los demás niños, que tenían un tipo de vida más acorde con los tiempos. Teníamos dinero para ofrecerle una vida mejor, pero yo siempre fui ama de casa, y era mi marido quien controlaba el dinero.

—Entiendo —dijo Jordán, asintiendo.

—Yo no —dijo Ruth—. Yo tenía que haber hecho mucho más, y mucho antes. Discutíamos constantemente sobre Georgia, lo que probablemente fue peor que el divorcio. Fui muy cobarde, porque la idea de estar sola me horrorizaba, pero por fin me divorcié. Tampoco quise mudarme para no cambiar a Georgia de colegio, pero

cuando empezó a salir con Dennis Peach deseé con todas mis fuerzas haberme ido de allí el primer día.

—¿Se quedó embarazada?

—Sí. Dennis era el sueño de todas las jóvenes. Guapo, deportista, agradable. La llevaba a bailar y a fiestas, a sitios donde ella no había estado nunca. Georgia se enamoró de él de la noche a la mañana. Aún estábamos en el proceso de divorcio, cuando los dos se casaron a escondidas. Yo no podía creerlo, pero ella consiguió que el matrimonio funcionara una temporada.

Jordán imaginó a Georgia totalmente resuelta a sacar la familia adelante. La imaginó a aquella edad, tan joven y tan inocente. A los dieciséis años, él tampoco había sido un monje, pero había tenido especial cuidado.

En ese momento, decidió hablar con Casey cuanto antes. No estaría de más hacerle recapacitar un poco.

—Dennis no era tan horrible —dijo Ruth—. Vivían con muy poco dinero, pero Georgia estaba acostumbrada, y parecía feliz, sobre todo después del nacimiento de Lisa. ¡Cómo adoraba a la niña!

Jordán no quería escuchar lo feliz que había sido Georgia con su marido. Se alegraba de que el hombre no estuviera en su vida desde hacía tiempo.

—¿Y qué pasó?

—Sus suegros. Les pusieron las cosas todo lo difíciles que pudieron. Ella estaba dispuesta a hacer sacrificios por el matrimonio, pero Dennis no podía pasar sin muchas cosas. Lo mimaban sin cesar, e ignoraban a Lisa, hasta el punto de cuestionar si era hija suya o no. Yo intenté ayudarla todo lo que pude, pero estaba en medio de mi divorcio, y al final fue Georgia quien terminó ayudándome a mí.

Ruth parecía destrozada ante esa admisión. Jordán le dio unas palmaditas en la mano.

—Su hija la quiere mucho.

—Lo sé —dijo, en un susurro—. Mi esposo era un fumador empedernido, y poco después del divorcio empecé a encontrarme mal. Busqué trabajo, pero no tenía experiencia y además me cansaba muy pronto. Soy muy propensa a las bronquitis e incluso a la neumonía. Por eso se dieron cuenta de lo mal que tenía los pulmones. Pero entonces ya no tenía seguro médico porque siempre me había cubierto el seguro de mi marido. Fui una estúpida al no darme cuenta de eso.

Jordán se preguntó si Georgia también pagaría el seguro médico de su madre, y frunció el ceño.

—Fui una carga para mi hija justo cuando ella más me necesitaba.

—No —dijo Jordán, moviendo la cabeza—, eso no es cierto. Las familias se ayudan entre sí y punto. Ella estuvo a su lado entonces, y usted está con ella ahora. Me ha dicho varias veces cuánto la ayuda.

Ruth ladeó la cabeza.

—Hablas como un hombre con mucha familia.

—Sí. Igual que usted, mi madre está divorciada.

Sin embargo su madre era una de las mujeres más fuertes e independientes que conocía. Claro que había tenido un maravilloso primer marido que le enseñó cómo debía ser un matrimonio de verdad. Y eso la ayudó a superar el horrible matrimonio

con el padre de Jordán.

– Ahora también está felizmente casada. Siempre hemos sido una familia muy unida.

– Me caes bien, Jordán.

Lo dijo como si hubiera aprobado el examen.

– Usted también a mí.

– ¿Y mi hija?

Él titubeó un momento, no muy seguro de a qué se refería y temiendo que su respuesta le comprometiera.

– Tranquilo. No es mi intención presionarte. Pero te diré que no será fácil.

– De eso ya me he dado cuenta.

La mujer se volvió a reír.

– El final de esta larga historia es que, poco después de que Georgia se quedara embarazada de Adam, los padres de Dennis lo convencieron de que Georgia se había quedado embarazada a propósito para encadenarlo. Como si ella fuera la culpable de que se rompiera el preservativo.

Ésa desde luego era una imagen que Jordán no quería en su mente. Frunció el ceño.

– A medida que las facturas empezaron a amontonarse y la situación empeoró, Dennis se fue distanciando cada vez más de ella y refugiándose en la casa de sus padres. Un día fue a verlos y no volvió.

Jordán asintió satisfecho.

– ¿Y Georgia se divorció?

– Sí. Le dolió mucho. Ella lo quería y él la abandonó. Georgia accedió a un divorcio de común acuerdo y dejó que el juzgado le hiciera responsable de la mitad de las facturas, a pesar de que muchas cosas eran lujos que él acababa de comprar. Ella lo hizo por los niños, pero lo más triste de todo es que él accedió alegremente al acuerdo y le deseó buena suerte. Después robó unos miles de dólares a sus padres y se largó. No sólo no pagó la mitad que le correspondía, sino que nunca le ha pasado ni un dólar para los niños.

– ¿No ve a los niños?

– No. Nadie ha sabido nada de él desde que se fue. Sus padres le echaron la culpa a Georgia, y no la dejaron en paz hasta que los amenacé con denunciar a su hijo por no cumplir con sus responsabilidades.

– Bien hecho – dijo Jordán.

– No, fue un error. Sus padres se disculparon y prometieron pagar la parte de Dennis, y ella los creyó. Al final, sólo querían ganar tiempo hasta que pudieran pedir la custodia de Adam y Lisa. Incluso intentaron acusarla de ser una mala madre.

Jordán sintió un remolino de ira en su interior, y eso le sorprendió.

– Es evidente que no lo consiguieron.

– No, pero no fue porque no lo intentaran y causarán mucho dolor a mi hija. La seguían por todas partes, hacían que la echaran de los trabajos, estaban continuamente detrás de ella, y eso que nunca mostraron ningún afecto ni preocupación especial por los niños. Las pocas veces que fueron a verlos, intentaron llenarles la cabeza de veneno, insultando a Georgia y hablando de Dennis como si fuera un santo al que ella había pervertido. ¿Te lo puede imaginar? Sus propios abuelos, su propia sangre, sólo

interesados en utilizarlos para hacer daño a Georgia.

– Son unos niños preciosos – dijo Jordán con sinceridad.

Aún no podía creerse lo mucho que había disfrutado preparándoles tortitas aquella mañana. Lisa y Adam eran dos niños inteligentes, activos y muy bien educados.

– Georgia ha hecho un gran trabajo con ellos.

– Sí, eso es cierto. Y moriría antes de permitir que nadie les haga daño. Por eso, por fin decidimos que lo mejor era irnos de allí y mudarnos a otro estado.

Jordán le dio unas palmaditas en la mano para tranquilizarla.

– Tranquila, no queremos que vuelva a tener otro ataque. Además, ahora Georgia está aquí, lejos de ellos, y los niños parecen muy felices. Desearía que no hubiera tenido que sufrir tanto, pero en general debo reconocer que el resultado es excelente.

– Mudarnos aquí fue una bendición – dijo Ruth –. Gracias a mi ex marido, debo decir.

Jordán arqueó una ceja. Pensó que quizá el hombre había cambiado de opinión y apoyado a su hija.

– ¿Se reconciliaron?

– No, murió.

No exactamente el final feliz que él esperaba. Jordán suspiró.

– Nunca llegó a cambiar su testamento. Tenía dinero que había ocultado durante nuestro divorcio, y todo fue para mí. No es que fuera una fortuna, pero sí lo suficiente como para financiar la mudanza y pagar la entrada de la casa. Aunque detesto ver a Georgia trabajar tanto para mantenerlo todo en pie.

– Pienso ayudarla con ello.

Ruth sacudió la cabeza.

– No le gustará. Todas las personas en las que ha confiado le han fallado. Su padre, su marido, sus suegros. Esta vez está firmemente decidida a ser independiente.

– Usted no le ha fallado.

– No, pero he cometido muchos errores.

Jordán se puso en pie, ansioso por ver a Georgia ahora que entendía muchas más cosas sobre ella.

– Cometer errores es parte del ser humano.

– Cierto – dijo la mujer –. Una cosa más, antes de que te vayas.

– ¿Sí?

– Si crees que existe una mínima probabilidad de hacerle daño, será mejor que te olvides de ella ahora mismo.

Jordán miró al suelo, sin saber qué decir. No quería hacerle daño. Nunca. Pero por encima de todo, no quería olvidarse de ella. Quería acercarse mucho más a ella.

Hizo planes para las siguientes semanas, para ganársela, y decidió utilizar su herramienta más poderosa: su familia. Eran irresistibles, y cuando Georgia se sintiera cómoda con ellos, se relajaría con él. No le quedaría otro remedio.

Jordán sacudió la cabeza. No cabía duda de que había perdido totalmente la cabeza por ella. Y eso estaba empezando a gustarle.

Capítulo 8

—¡Maldito Jordán! —exclamó Georgia, dejando caer el telón en su sitio y mirándose.

El modelito era peor de lo que había imaginado ahora que Jordán iba a verla en él. Abrió otra vez el telón ligeramente. Jordán continuaba allí, sentado a una mesa de la primera fila, tal y como se había convertido en su costumbre, y miraba furioso al resto de hombres presentes en el local. Parecía un perro vigilando un hueso.

¿Qué demonios le pasaba?, pensó Georgia. Ella tendría que ser capaz de ignorarlo, y de hecho, así había sido al principio, cuando él se sentó por primera vez entre el público. Ella siempre procuraba no mirar a los hombres que iban a ver el espectáculo; era la única manera de poder bailar. Pero aquella noche había sentido algo distinto, algo que la afectó en lo más profundo. Contra su voluntad, sus ojos buscaron la fuente de su nerviosismo, y se dieron de bruces con la ardiente mirada verde de Jordán.

Dio un traspie, y casi cayó sobre el escenario. Bill había amenazado con impedir la entrada de Jordán en el local, y Georgia rezó en silencio para que así lo hiciera. Pero Jordán puso un billete de veinte dólares en la mano sudorosa del hombre, y éste se había alejado con una cínica sonrisa en los labios. Maldito fuera.

La música iba aumentando de volumen. Ya tenía que haber salido al escenario, y desde detrás de la cortina oía las voces impacientes del exterior. Si no salía enseguida, tendría que empezar el tema de nuevo.

Alzó la barbilla. ¿Y qué si el nuevo modelito le dejaba el vientre al descubierto? ¿Y qué si dejaba más parte del trasero al aire que tapado? Lo único que significaba era que las propinas serían especialmente buenas, y por fin podría pagar las reparaciones eléctricas que tanto necesitaba su casa. Si a Jordán no le gustaba lo que llevaba, que se fuera. No le importaba en absoluto.

Por fin, Georgia abrió la cortina y salió al escenario. Su intención era ignorar por completo a Jordán.

Claro que eso fue antes de que él se cayera de la silla.

Jordán la vio, dejó caer la botella de refresco que llevaba en la mano y se cayó al suelo. Afortunadamente, nadie pareció prestarle mucha atención, y rápidamente volvió a sentarse.

Georgia le dio la espalda, y en ese momento oyó el rugir de gritos y aplausos acompañados de silbidos y aullidos, seguramente porque lo que llevaba no era mucho más que un tanga. Notó que se estaba poniendo roja de vergüenza, de la cabeza a los pies, y tuvo que hacer un esfuerzo para no perder el ritmo.

Al menos la parte de arriba era un poco más discreta, con mangas hasta los codos y un escote en forma de V con solapas. Todo el conjunto era blanco, incluido el sombrerito que Bill había insistido en que se pusiera.

Pero el dinero ya empezaba a caer sobre el escenario. Georgia se echó hacia atrás, con cuidado para no resbalarse al pisar algún billete.

Cuando terminó, calculó que habría unos trescientos dólares a sus pies, lo que no

estaba mal para una noche de trabajo. Casi sonrió. Casi.

Y entonces sus ojos se cruzaron con los de Jordán.

Estaba pálido, con los ojos enrojecidos de ira. Georgia frunció el ceño. No podía entender cómo un hombre tan dominante, terco y mandón podía tener una familia tan agradable y cariñosa.

Con un último saludo se metió detrás de la cortina. Su camerino era en realidad un diminuto cuarto de limpieza a rebosar de artículos de limpieza. De un gancho de metal junto a una vieja fregona y unos cuantos trapos sucios, colgaba su ropa de calle. Al lado de la puerta, había un banco de madera bastante destartado.

Georgia se quitó el sombrero, se apoyó en la pared e intentó recuperar la respiración.

Bailar, incluso en ese local, siempre la hacía sentir bien. Le encantaba bailar, sentir la fluidez de los movimientos siguiendo el ritmo de la música. Y gracias a Jordán, ya no tenía que subir al escenario totalmente agotada. Su familia y él la estaban ayudando mucho, y en las últimas semanas había podido descansar.

Pero, aunque se lo agradecía, también la molestaba la presencia de Jordán en su vida, y más en aquel momento en el bar. Lo que menos deseaba era salir a hacer un bis, como el público estaba pidiendo a gritos. No podía volver a subir al escenario. No con Jordán sentado entre el público.

Bill aporreó la puerta.

– Al escenario, maldita sea. Te están llamando.

Georgia clavó los ojos en la puerta cerrada. Seguramente podría convencer a Bill de que era mejor dejarlos con las ganas de más y que siguieran bebiendo hasta...

Entonces oyó la voz de Jordán.

– Si no quiere volver a salir, déjala en paz.

¿Cómo se atrevía a enfrentarse a su jefe?, pensó ella, furiosa. ¿Quería que la despidiera?

La respuesta evidente era que sí.

Abrió la puerta de par en par y los dos hombres dieron un respingo, pero Georgia pasó entre ellos con pasos firmes hacia las escaleras que llevaban al escenario. Lo que no pudo evitar fue sentir el calor de los ojos de Jordán clavados en sus nalgas desnudas.

En cuanto abrió la cortina, los hombres volvieron a demostrarle cuánto les había gustado el numerito lanzándole billetes. Los billetes siguieron volando hasta el escenario, y Georgia se concentró en su trabajo.

Después de tres bises, por fin tuvo un minuto de paz.

Pero sólo un minuto.

Acababa de quitarse las sandalias de tacón y empezaba a relajarse cuando Jordán entró sin llamar y la miró de arriba abajo.

– ¿Qué haces aquí? – preguntó ella.

A pesar de la expresión acalorada de su rostro, Jordán habló en tono tranquilo.

– Ya había salido de casa.

Georgia no se lo creyó ni por un segundo.

– Invéntate otra excusa, Jordán.

– Está bien – dijo él, sin dejarse intimidar por la actitud hostil de la joven –. He ido a ver a tu madre y a los niños. Adam y Lisa ya estaban durmiendo, pero ella me ha

invitado a un té en el patio, hasta que ha empezado a bostezar y le he dicho que se acostara. Aunque está mucho mejor, Sawyer dice que necesita mucho reposo.

Eran unas palabras muy bien ensayadas, pero la mirada masculina quemaba sobre ella, y se detenía en lugares demasiado sensibles.

– Mirar así es de mala educación – dijo ella, quitándose los guantes blancos que todavía llevaba puestos.

– Cielo, ese modelito se lleva para que los hombres te miren.

Georgia perdió los estribos. Dio un paso hacia delante y lo golpeó en el pecho.

– Tú no. Otros hombres, sí, hombres que quieren verme bailar, hombres que...

Frotándose el pecho donde le había golpeado y frunciendo el ceño, Jordán la interrumpió.

– He venido a verte bailar.

– ¡No, has venido a ver cómo otros hombres me ven bailar! – exclamó ella, furiosa.

Se sentía a punto de estallar, de romper a llorar, de gritar. Jordán y su familia eran tan maravillosos, tan generosos, que a su lado se sentía despreciable y mala persona. Su vida había sido una sucesión de errores, y estar cerca de Jordán no hacía más que recordárselo con letras de neón y debilitar su determinación de ser independiente. Pero Georgia necesitaba saber que era capaz de proteger a sus hijos, ahora y en el futuro.

– Has venido a asegurarte de que nadie hacía nada indecente. Como hablarme.

Jordán dio un paso hacia delante.

– ¿Me estás diciendo que quieres hablar con esos imbéciles?

– Te estoy diciendo que lo que yo haga no es asunto tuyo.

Jordán se detuvo, y después, con una voz suave y aterciopelada, susurró:

– Pero quiero que sea asunto mío. En las últimas semanas, no tocarte ha sido una verdadera tortura. Maldita sea, Georgia...

Alargó la mano y le acarició la cara con una ternura que ella desconocía.

– ¿Jordán? – susurró ella, sintiendo que le flaqueaban las rodillas.

Más que una pregunta, el nombre en sus labios sonó como una súplica. En las últimas semanas, ella no había logrado apartar de su mente el recuerdo de sus caricias, y cada noche sus sueños eran más apasionados y eróticos.

Jordán le sujetó la mandíbula con la mano.

– No me pidas que me vaya, cielo. Y no me pidas que no me preocupe por ti.

Georgia vio cómo los ojos masculinos se ensombrecían, ahora muy cerca de ella.

– Me estás volviendo loca – reconoció ella –. Contigo ya no sé lo que pienso ni lo que digo.

– No quiero incomodarte – dijo él, a la vez que su mirada se tornaba más íntima, más ardiente.

– Lo sé – dijo ella, casi riendo de lo absurdo que era.

Jordán y su familia habían cambiado su vida, para mejor. Casey les cortaba el césped, Gabe había arreglado todas las tuberías de la casa, y todos trataban a sus hijos y a su madre con mucho cariño.

Cerró los ojos por un momento, pero los abrió de golpe cuando Jordán empezó acariciarle los labios con el pulgar.

– Jordán, bailar en ese escenario ya me resulta bastante difícil – empezó ella, con la

esperanza de hacerle comprender lo que sentía—. Y más con esta ropa. Hago lo que tengo que hacer, pero no me gusta. Cuando tú estás entre el público, mirándome, juzgándome y condenándome... me pongo mucho más nerviosa.

—No te condeno —le aseguró él, sacudiéndola ligeramente—. ¿Cómo puedes pensar eso?

—Condenas todo esto —dijo.

Por sus hermanos y cuñadas, Georgia sabía que Jordán nunca tomaba bebidas alcohólicas y estaba totalmente en contra de quienes bebían sin control.

—Quizá no me condenes a mí, pero condenas el bar, a los hombres que vienen aquí, el ambiente que hay... y yo soy parte de todo esto.

Se alejó de él y se concentró en lo que quería decir mientras guardaba los zapatos de tacón.

—Has hecho mucho por mí. Nunca habría podido sobrevivir las últimas semanas sin tu ayuda.

—Tonterías —dijo él—. No he conocido a una mujer que tenga más recursos que tú. No tengo la menor duda de que te las habrías arreglado perfectamente. Pero yo quería ayudarte.

Las palabras que Jordán la hicieron sentirse más vulnerable que nunca.

—Y te lo agradezco más de lo que puedo expresar con palabras. Eres..., en fin, eres maravilloso.

Jordán clavó los ojos en ella con dureza.

—¿Pero?

Georgia aspiró hondo, y se obligó a continuar diciendo lo que quería decir.

—Pero quiero hacerlo sola. Es importante. Sé que en el pasado he cometido muchos errores, errores que me han hecho daño a mí, a mis hijos y a mi madre. Estoy tratando de arreglar todo eso.

—No puedes cambiar el pasado, cielo. Sólo puedes hacer que el futuro sea diferente.

Ella asintió.

—Lo sé. Y eso es lo que voy a hacer. Mi madre está mejor, yo estoy trabajando menos horas, y gracias a los ridículos modelitos de Bill, estoy ganando más dinero que nunca. Puedo salir adelante, Jordán, y en eso es en lo que quiero concentrarme.

Jordán la miró largamente, pensativo.

—Tu madre me aprecia, y tus hijos me adoran.

Era un comentario totalmente inesperado y Georgia no supo qué decir. Ambas cosas eran ciertas.

—Lo sé —sonrió—. Y tu familia es maravillosa.

Jordán dio un paso hacia delante, hasta rozarla.

—Ahora somos amigos. No puedes esperar que desaparezcamos de tu vida.

—¡Claro que no! —exclamó ella.

Teniéndolo tan cerca, le costaba pensar con claridad. Georgia deseaba rodearlo con los brazos y pedirle que la besara. Pero él apenas la había tocado desde la mañana en la cocina de su casa, y ella sabía que era lo mejor.

—Mis hijos nunca han tenido mucha gente en sus vidas. Mis suegros... —sacudió la cabeza, sin querer entrar en detalles— no eran buenas personas. Nunca los quisieron.

– Tenían que ser idiotas, porque tus hijos se dejan querer sin intentarlo.

Georgia sintió un nudo en el corazón. Casi desesperada, puso una mano en el brazo masculino.

– Quiero mantener la amistad – explicó –. Pero no quiero que vengas aquí por las noches a verme. No quiero que lo nuestro sea más que amistad.

Jordán le enmarcó la cara con sus grandes manos, y ella se sintió una vez más indefensa contra el poder embriagador de su cercanía, del calor de su cuerpo, de su olor.

– Te diré lo que creo – dijo él –. Creo que todo lo que has dicho es mentira. Creo – continuó él con voz ronca, apretándola contra la dureza y el calor de su cuerpo – que me deseas tanto como yo a ti. ¿Amigos? Ya lo creo que sí, seremos amigos. Y mucho más.

A Georgia no le sorprendió en absoluto que la besara.

Jordán quería devorarla.

La necesidad que despertaba en él sólo por tenerla cerca lo enloquecía. Le aprisionó la lengua en la boca, y la acarició con la suya.

Los brazos de Georgia le rodearon el cuello, y los senos generosos y suaves se apretaron contra el pecho masculino. Jordán deslizó las manos bajo la tela del top para sentir la piel cálida de la espalda, y después no pudo resistirse y las deslizó hacia abajo, hacia las nalgas redondas y desnudas. Su cuerpo latía de deseo, y su erección presionaba con fuerza contra el pantalón. Georgia sólo llevaba el tanga, y él siguió la fina tira de tela con los dedos, sin dejar de besarla.

Georgia se puso de puntillas y se pegó más contra él. Tenía los pezones duros, y él utilizó la otra mano para explorar sus senos. Quería verla desnuda. Quería ver sus pezones, quería saborearlos con la boca.

La besó en el cuello y deslizó ambas manos hasta las solapas del top, que abrió, dejándola expuesta a su mirada. Georgia contuvo un gemido. Jordán no le dio tiempo para alejarse. Bajó la cabeza y lamió uno de los pezones rosados.

– Jordán – dijo ella, las manos hundidas en su pelo.

– Shh.

A pesar del rugir de la sangre en las venas, Jordán recordó que quería tomarse su tiempo, hacerla disfrutar y que reconociera la increíble pasión que existía entre ellos.

Los pezones femeninos eran grandes, de un color rosa oscuro y estaban muy erectos. Él los lamió una y otra vez, utilizando la punta de la lengua para atormentarla y arrancar gemidos de pasión de su garganta. Después los mordisqueó con los dientes, suavemente primero, después no tanto. Georgia tembló.

– Jordán... – susurró.

– Lo sé, cielo, lo sé.

Le acarició con la palma de la mano entre las piernas. Georgia estaba tan excitada que empujó su cuerpo hacia los dedos que la exploraban, y separó los muslos. Jordán podía sentir la carne hinchada, la humedad en ella incluso a través de la tela. Deslizó los dedos bajo la tela y la encontró húmeda y preparada para él.

Georgia movía las caderas al ritmo de los dedos masculinos, buscando caricias más profundas. Jordán se sintió a punto de estallar, con una erección firme y dolorosa, totalmente consciente del cuerpo femenino, de su olor, ahora más fuerte por la

excitación.

–Vamos, cielo –la animó él, sintiendo que ella estaba llegando al orgasmo.

Georgia tenía los ojos nublados, desenfocados, los labios separados, y jadeaba casi sin aliento. Jordán la penetró más profundamente con los dedos, deslizándolos una y otra vez en su interior. Después, más delicadamente, buscó el clítoris y lo acarició con movimientos rítmicos y ligeros.

Georgia gimió y cerró los ojos con fuerza. Jordán, que estaba mirándola a la cara, vio el color que cubrió sus mejillas y el temblor de sus labios.

–Déjate ir, Georgia –gimió él, sabiéndose a su vez peligrosamente cerca del límite –. Quiero ver cómo llegas.

Los senos subían y bajaban, la garganta se arqueó hacia atrás, y ella se mordió el labio inferior y rompió en gemidos roncós y bajos, mientras él la sujetaba, hipnotizado por los espasmos que se apoderaron de ella y que parecían no acabar nunca.

Jordán se sintió tan unido a ella, que instintivamente supo que las cosas nunca volverían a ser lo mismo.

Pasaron unos largos segundos. Despacio, sacó los dedos del cuerpo femenino. Ella parpadeó y lo miró. Tenía la frente y las sienes cubiertas de gotas de sudor, y la respiración todavía entrecortada. Jordán la miró a los ojos, y manteniéndole la mirada se llevó los dedos a la boca y los lamó.

Georgia se estremeció.

Él le dio un beso que quería ser una disculpa. Al verla así, tan rendida ante él, volvió a la realidad. Lo último que Georgia quería o necesitaba era sexo rápido en el cuartucho de mala muerte de un bar de carretera.

–Tenemos que parar.

Jordán no podía creer las palabras que habían salido de su boca.

La deseaba demasiado, pero en las últimas semanas había orquestado una cuidadosa campaña para ganársela, y no quería estropearlo todo. Si le hacía el amor allí, y estaba a un segundo de hacerlo, corría el riesgo de ahuyentarla de su lado.

–No puedo hacerte el amor aquí, cielo – le dijo. Le besó los labios húmedos y entreabiertos–. Vamos a otro sitio.

Georgia palideció visiblemente, y Jordán supo que la respuesta sería negativa incluso antes de oírla.

Ella se apartó de él y se cubrió la cara con las dos manos.

–No puedo creer que haya hecho esto – susurró, avergonzada.

–Yo no puedo creer que haya parado – dijo él, apartándole el pelo de la cara con manos temblorosas.

–Pensarás que soy horrible.

–No digas eso –la interrumpió él–. Ha sido maravilloso. De hecho, ha sido más que maravilloso.

–Pero tú no... –Georgia bajó los ojos hacia la erección que se marcaba bajo la tela del pantalón.

–Lo sé, créeme, lo sé –le aseguró él, pasándose una mano por el pelo–. Pero darte placer ha sido inolvidable.

–No deberíamos haberlo hecho.

–Claro que sí –insistió él–. No me pidas que me disculpe, Georgia. Los dos

estamos al límite desde que nos conocemos, y esto que ha pasado, y mucho más, tenía que pasar. Era sólo cuestión de tiempo.

Ella intentó darle la espalda.

– Por favor, no vuelvas otra vez. Cuando estás cerca, no sé controlarme.

Le estaba pidiendo lo imposible. La primera vez que se sentó a verla a bailar, Jordán juró no volver más. No soportaba ver a todos aquellos hombres babeando por ella, sabiendo lo que estaban pensando. No podía soportar que fuera el centro de las lascivas fantasías de tantos borrachos.

Pero había descubierto que mantenerse alejado era aún más duro. El intenso deseo que sentía por ella no le dejaba dormir; ella ocupaba sus pensamientos día y noche. Las pocas veces que lograba no pensar en ella, pensaba en sus hijos, y también en Ruth, una mujer con muchas agallas que estaba cambiando toda una vida de convencionalismos sociales por defender a su hija.

– No estoy aquí sólo por ti.

En el mismo segundo que las palabras salieron de su boca, Jordán se sintió constreñido por su propia mentira. Estaba allí por ella, pero también tenía otro objetivo.

Él detestaba sinceramente el lugar, el olor a alcohol, a sudor y a mugre, los gritos y las expresiones malsonantes y el ambiente deprimente que reinaba en todo momento. Para él, «El Puerco» era incluso una amenaza para la paz y la convivencia. No era un lugar cuidado y agradable donde poder tener una conversación en un ambiente relajado.

Era un local destartado, sucio y fuente de problemas por la actitud irresponsable y negligente de su propietario. Por muy borracho que estuviera un cliente, siempre le servía una copa más.

Las palabras de él parecieron afectar a Georgia hasta lo más hondo de su alma. Le dio la espalda y empezó a ponerse la ropa encima del traje que llevaba.

– Si no estás aquí por mí, ¿por qué has venido?

– La junta del ayuntamiento se ha vuelto a reunir – dijo él.

Georgia se volvió a mirarlo con ansiedad.

– Desde que Zenny y Walt les contaron lo que habían visto la primera noche, están furiosos.

– ¿Zenny y Walt?

– La primera noche te dije que estaba aquí con otros hombres, ¿te acuerdas?

Georgia asintió con la cabeza.

– Digamos que son como los ancianos de la tribu, y en cuanto empezó la pelea se largaron. Al día siguiente, todo Buckhorn sabía lo ocurrido.

Ella abrió la boca y respiró con dificultad. Tenía los ojos clavados en la pared.

– ¿Saben que bailo aquí?

– Sí, y que vino la policía.

Georgia cerró los ojos.

Jordán quería protegerla de opiniones ajenas, pero ella merecía saber qué estaba ocurriendo. Si podía, el ayuntamiento de Buckhorn intentaría cerrar el local, lo que dejaría a Georgia sin trabajo, y en una precaria situación económica.

– Sawyer y yo les advertimos que no removieran las cosas, pero anoche Morgan

detuvo a dos hombres que estaban amenazando a una mula.

— ¿A una mula? — repitió Georgia, abriendo los ojos.

— Sí. Se metieron con el coche en un pasto, tirando la valla y pisoteándolo todo. La mula es muy vieja, pero esos cerdos se pusieron a girar a su alrededor con el coche, sin dejar de tocar el claxon y con todos los faros encendidos. Tuvieron suerte de que fuera Morgan quien los descubriera, y no yo. Una noche en la cárcel, tres meses sin carné de conducir y una fuerte multa no son nada en comparación con lo que yo les habría hecho.

— ¿Habían estado bebiendo aquí? — preguntó ella, poniéndole la mano en el pecho.

— Así es. Tu jefe sabía que estaban borrachos cuando salieron de aquí.

Georgia asintió.

— Mientras le paguen, a Bill no le importa en absoluto — dijo, acariciándolo con gesto ausente.

Jordán se sentía ardiendo. Quería sentir la mano femenina en su piel desnuda, y bastante más abajo que el pecho. La sola idea de tener los delgados dedos de Georgia cerrándose sobre su miembro duro e hinchado lo hizo temblar como si fuera virgen.

Apoyó una mano sobre la de ella, deteniendo los sensuales movimientos que lo estaban volviendo loco de nuevo.

— Morgan ha quedado aquí con el sheriff del condado. Es probable que le pongan una fuerte multa. Hay mucha gente que quiere que lo cierren.

— Lo entiendo — dijo ella, con gesto avergonzado. Se apartó de él—. Tengo que irme y estoy cansada.

Jordán detestó verla encerrarse de nuevo en sí misma.

— Georgia... — no sabía muy bien qué decir—. No quería herirte.

— Lo sé, pero si pierdo este trabajo no sé dónde podré ganar tanto dinero — dijo ella, poniéndose los zapatos y una cazadora.

— Puedes trabajar para mí.

Él no necesitaba más ayuda, pero la contrataría sin pensarlo.

— No creo que a Elizabeth le haga mucha gracia.

— Estaría encantada con tu ayuda.

— Tonterías. Siempre presumes de lo bien que lo lleva todo ella sola.

Con la bolsa de ropa y el bolso de mano colgados del hombro, Georgia unió las manos y le pidió en silencio que la dejara salir. Jordán abrió la puerta y salió primero.

— Te acompañaré al coche.

— Te diría que no, pero supongo que insistirías — dijo ella, en un tono divertido a pesar de todo lo que había ocurrido.

Jordán sonrió aliviado.

— Por supuesto.

Echaron a andar mirándose el uno al otro, y casi tropezaron con Honey y Elizabeth.

— ¡Hola! — exclamó Elizabeth, entusiasmada—. ¡Georgia, has estado genial!

Jordán las miró. ¿Qué hacían allí sus dos cuñadas? ¿En «El Puerco»?

Honey abrazó a Georgia, que había enmudecido por la sorpresa.

— No tenía ni idea de que tuvieras tanto talento — dijo, entusiasmada—. Y me encanta el modelito. Nadie diría que tienes dos hijos — añadió en un susurro—. Estás fantástica. A Sawyer le daría un infarto si se me ocurre ponerme algo tan sexy.

Elizabeth se echó a reír.

– Gabe seguro que perdía el conocimiento. Después.

– ¿Después? – preguntó Georgia, sin entender el sentido de sus palabras.

– Sí, después de quedarse para el arrastre – añadió Elizabeth, riendo—. Le encanta...

– Oh – volvió a balbucear Jordán, tratando de interrumpir y hacerse con el control de la conversación.

– Tranquilo, Jordán – le dijo Honey, dándole unas palmaditas en el pecho.

Que no le hicieron sentir nada parecido a lo que sintió cuando lo hizo Georgia.

– ¿Qué estáis haciendo las dos aquí?

– Hemos venido al ver bailar a Georgia – dijeron las dos al unísono.

– No... no os he visto – dijo Georgia, mirando nerviosamente a Jordán.

– Yo tampoco – dijo Jordán, convencido de que, si sus hermanos se enteraban, le echarían la culpa a él.

– Tampoco nos hemos sentado en primera fila, tonto – dijo Honey, mirando a su cuñado como si le fuera tonto—. No queríamos ponerla nerviosa. Nos hemos quedado en una mesa al fondo. El portero, ¿cómo se llamaba, Elizabeth?

Elizabeth sonrió.

– Gus.

– Eso, Gus se ha ocupado de que nadie nos molestara.

Jordán miró al gigantesco simio con la cabeza prácticamente unida al tronco con quien se había enfrentado la primera noche, y éste asintió secamente con la cabeza. Jordán respondió de la misma manera.

– Es increíble cómo bailas – aseguró Honey, con entusiasmo—. No has perdido el ritmo ni cuando Jordán se ha caído de la silla.

Jordán estaba rojo como un tomate, y a punto de perder los estribos.

– ¿Dónde cree Sawyer que estáis?

– En el cine.

– No por mucho tiempo – dijo él, furioso.

– No se te ocurra decirle nada – exclamó Honey—. Se pondrá furioso.

– Y con todo el derecho.

– Por mí se lo puedes decir – dijo Elizabeth, encogiéndose de hombros—. Gabe no es mi dueño.

Honey recapacitó sobre las palabras de su cuñada un momento, y después se encogió también de hombros.

– Sawyer tampoco es mi dueño, pero a veces es demasiado protector.

– ¿Sólo a veces? – se burló Elizabeth. Y miró por encima del hombro a Georgia, retirándose la melena pelirroja de la cara—. Antes de que te metas en esta familia, tienes que saber que son todos unos dictadores. Cada uno a su manera, claro, pero todos saben dar órdenes, eso no lo dudes.

– Yo no soy un dictador – dijo Jordán, impaciente por devolver a Elizabeth junto a Gabe.

Elizabeth arqueó una ceja y lo miró con una sonrisa en los ojos.

– ¿Por qué no nos vamos de una vez? – propuso Jordán, mascullando con irritación—. Bill no está muy contento conmigo.

– ¿No? – preguntó Georgia.

Jordán no quería meterse en explicaciones sobre la respuesta de su jefe al pedirle que fijara un límite a las bebidas que servía a clientes borrachos.

– Es un cerdo, ¿verdad? – dijo Honey.

– ¿Te ha hecho algo? – se tensó inmediatamente Jordán – . ¿Te ha insultado?

– No, claro que no – se apresuró a tranquilizarle ella – . Pero es un cerdo. Se le nota.

Georgia se echó a reír.

– Me encanta tu familia, Jordán – dijo, sin poder dejar de reír.

Elizabeth y Honey sonrieron también.

Los cuatro salieron del local a la fresca y ligera brisa que soplaba en el exterior, y se dirigieron al aparcamiento. Allí, Jordán se comportó como un caballero. Abrió las puertas de los coches y besó las mejillas de sus dos cuñadas, e incluso les aconsejó que condujeran con cuidado.

Elizabeth puso los ojos en blanco, con impaciencia, y Honey le dio el mismo consejo a él. Después, se despidieron de Georgia y se fueron.

Cuando Jordán miró a Georgia, ésta tenía una suave y dulce sonrisa en los labios.

– ¿Sabes las ganas que tengo de besarte en este momento?

– Eres incorregible.

– Y tú estás sin aliento, lo que significa que también quieres besarme, ¿no?

– Los cumplidos de Elizabeth y Honey me han dejado sin aliento. Hace mucho tiempo que no me felicitan por mi talento como bailarina. Y no, no se te ocurra decir nada. Lo que ven los hombres cuando bailo no tiene nada que ver con el talento.

Jordán parpadeó. Se le acababa de ocurrir una idea que iba cobrando fuerza a cada segundo.

– ¿Dónde aprendiste a bailar?

– De niña fui a clases de baile. En el colegio se burlaban de mí, pero a mí me encantaba. Cuando era adolescente, ayudaba a la profesora en las clases de baile. Siempre se me ha dado muy bien.

Jordán la sujetó por los hombros y la atrajo hacia él. La besó sonoramente sin darle tiempo a reaccionar. Por primera vez desde que la conocía, sintió que tenía la sartén por el mango. Podía ayudarla, a la vez que se ayudaba a sí mismo a acercarse a ella. De repente, la levantó en brazos.

Georgia se echó a reír, sorprendida, sujetándose a sus hombros.

– ¿Qué haces?

– Bailar contigo.

Georgia fue a decir algo, pero él la interrumpió y preguntó:

– No te olvidarás de este fin de semana, ¿verdad? ¿La comida campestre, te acuerdas? Honey lleva todo el mes preparándola, y los niños la esperan con impaciencia. Sawyer ha prometido preparar su famosa ensalada de fruta con bolas de melón, y Casey quiere llevarlos a dar una vuelta en barco.

Georgia bajó la cabeza y dijo:

– Allí estaremos.

– No pareces muy contenta. ¿Qué ocurre? – preguntó él, alzándole la barbilla.

Georgia sacudió la cabeza, sin responder.

Pero Jordán no necesitaba una respuesta en palabras. Sabía que ella se resistía a la creciente necesidad entre ellos, cada día más difícil de ignorar. Georgia temía depender de él y arriesgarse al abandono. Jordán sonrió, recordando que ella quería opciones.

Empezaría a trabajar en ello por la mañana.

Capítulo 9

Cuando Jordán entró a desayunar, la cocina estaba llena de familiares sentados alrededor de la mesa. A pesar de que Morgan y Misty vivían en la cima de la colina, el matrimonio solía bajar a desayunar con ellos. Honey insistía. Y puesto que Gabe y Elizabeth vivían en el sótano de la casa principal, también desayunaban allí.

El piso de Jordán ocupaba la planta superior del garaje, que él había restaurado y remodelado años atrás cuando se dio cuenta de que era diferente a los demás y necesitaba su intimidad.

– Buenos días – dijo.

Todos le miraron. Morgan, con su hija Amber sentada en el regazo, se apoyó en el respaldo de la silla y sonrió.

– Me han dicho que estás buscando edificios en venta en la ciudad. ¿Estás pensando en mudarte?

– ¡No! – exclamó Honey, dejando la espumadera junto a la sartén de huevos fritos –. Ya es bastante horrible que Gabe y Elizabeth estén pensando en comprarse una casa. Me gusta tenerlos a todos aquí.

– Ha estado buscando locales, no casas – dijo Misty.

– Oh.

Honey pareció mucho más aliviada. Sawyer se acercó a ella, le rodeó la cintura con las manos y la besó en la nuca.

– No puedes tenerlos aquí para siempre, cielo.

– No digas eso – dijo ella –. Pensarán que queremos que se vayan.

– Mis hermanos saben que siempre son bienvenidos.

– Y sus esposas.

Sawyer asintió.

– Creo que oigo a Shohn – dijo, y salió de la cocina.

– ¿Cómo demonios puede oírlo si nadie lo oímos? – preguntó Casey –. ¿Qué hace, eructar?

Todos se echaron a reír excepto Honey.

– No, ha bostezado – respondió por su marido.

Morgan volvió al tema del que estaban hablando.

– ¿Para qué estás buscando un local?

Jordán intentó fulminarlo con la mirada para evitar que los demás siguieran preguntando, pero no lo consiguió.

¿Cómo se habrían enterado? Había empezado a buscar locales el día anterior, después de hablar con Georgia en el bar una noche antes. Pero apenas había llamado a cinco sitios.

Misty, totalmente recuperada de la gripe, dijo:

– A juzgar por lo que Honey y Elizabeth me han contado del talento de Georgia, yo diría que busca local para montar un estudio de baile. En Buckhorn no hay ninguno, y nos vendría bien. ¿Estoy equivocada? – preguntó, mirando a su cuñado.

Morgan se echó a reír.

— ¡Qué buena eres, cariño! Jordán, me parece una idea excelente.

— Excelente — repitió Amber, divertida.

En ese momento apareció Sawyer con el pequeño Shohn en brazos. El niño todavía estaba dormido, y llevaba una manta de bebé sujeta con fuerza con la mano.

— Jordán va a comprar un estudio de baile para Georgia — dijo Honey al verlo entrar.

Sawyer se detuvo en seco.

— ¿Que va a hacer qué?

Jordán se inclinó hacia delante, apoyó la cabeza en la mesa y la cubrió con los brazos. Amber le dio unos golpecitos en la oreja.

— ¿Un estudio de baile?

— Sí — dijo Honey, tomándole al niño de los brazos—. Georgia sería una magnífica profesora de baile.

— ¿Cómo lo sabes? — preguntó Jordán, con la voz apagada.

Todos miraron a Jordán. Éste suspiró y apoyó la cabeza en un puño.

— ¿Qué te hace pensar que sería una buena profesora? — repitió.

Honey levantó la cabeza sin miedo.

— La vi bailar hace dos noches, como muy bien sabes.

Jordán apenas podía creer que lo admitiera delante de su marido.

— ¿Se lo has dicho?

Honey asintió. Jordán miró a Elizabeth, que estaba sentada en el regazo de Gabe.

— Claro que se lo hemos dicho.

Jordán miró a sus dos hermanos.

— ¿Y no os enfadasteis?

— Claro que me enfadé — dijo Sawyer—. Le dije que tenía que habérmelo dicho, y la habría llevado yo.

En ese momento sonó el teléfono, y Jordán prefirió ir a responder. Entró en el salón y descolgó.

— ¿Diga?

Tras una larga pausa, la voz de su madre respondió.

— ¿Qué ocurre?

— ¿Mamá?

— Claro que soy tu madre. Ahora dime qué demonios ocurre.

Su madre y Brett vivían en Florida y solía llamar con frecuencia.

— ¿Qué te hace pensar que ocurre algo? — preguntó, pensando que si alguno de sus hermanos le había dicho algo le abriría la cabeza.

— Lo notó en tu voz — explicó ella—. Tu voz siempre ha sido muy traicionera. Incluso cuando eras un bebé sabía qué pensabas y sentías por tus bostezos y gemidos.

Jordán se dejó caer en el sofá y, sin darse tiempo para pensar una respuesta, dijo:

— Creo que me he enamorado.

Al otro lazo de la línea se hizo una breve pausa.

— ¿Quieres hablarme de ella? — preguntó su madre.

— Es preciosa — dijo él, sonriendo.

— No lo dudo.

—Pero eso no es lo que me ha enamorado de ella —explicó, frunciendo el ceño—. Tiene dos hijos. Lisa, de seis años, y Adam, de cuatro. Son increíbles.

—Entonces es evidente que su madre es increíble.

—Lo es —confirmó él—. Ha cometido algunos errores y... en algunos sentidos, es como tú.

Otra pausa.

—¿Qué quieres decir?

—Que es capaz de hacer lo que sea necesario para que a sus hijos no les falte de nada.

Su madre se echó a reír.

—¿Qué demonios he hecho yo para merecer ese cumplido? Hablas como si hubiera tenido que trabajar en las minas de carbón para darte de comer.

Jordán pensó en todas las cosas que su madre había hecho, en todos los sacrificios y lo mucho que había trabajado para hacerlos felices. Pero el factor que él siempre consideró primordial y causa fundamental de las decisiones de su madre se le escapó sin pensarlo.

—Te casaste con mi padre para poder dar un verdadero hogar a Sawyer y Morgan.

—¡Jordán! ¡Me casé con él porque lo quería! —exclamó ella.

Jordán escuchó un grito apagado al otro lado del teléfono, y a su madre decir:

—No, Brett, no es Gabe. Es Jordán. Aunque entiendo por qué lo piensas —añadió, dirigiéndose de nuevo a él.

Jordán se echó a reír, imaginando lo que Brett, el padre de Gabe, estaba pensando.

—Saluda a Brett de mi parte.

—Luego. Ahora tengo que decirte una cosa que quiero que entiendas muy bien.

—Sí.

—Nunca me he arrepentido de casarme con tu padre. Sin él, no te tendría a ti.

—Era un alcohólico.

—Era un ser humano que cometió algunos errores y pagó un precio muy alto por ello. Me perdió a mí, y a todos vosotros. No puede haber un castigo peor.

Jordán sujetó el auricular con fuerza.

—Era irresponsable, egoísta...

—No, cielo, sólo era un alcohólico —dijo su madre, suspirando. Después continuó—. Las personas tenemos tendencia a meter la pata de vez en cuando. Muchas veces, tenemos la oportunidad de arreglarlo. Tu padre era un hombre maravilloso cuando lo conocí, pero ocurrieron cosas que fue incapaz de superar. Ahora háblame de esa joven con la que vas a casarte.

Jordán se atragantó.

—No he dicho que vaya a casarme con ella. Apenas la conozco. Es sólo que...

—Es sólo que la quieres. ¿Para qué esperar?

—Una buena razón es que ella no quiere casarse conmigo. En realidad, ni siquiera quiere volver a verme.

—No digas tonterías. ¿Por qué no va a querer verte? No hay hombre mejor que tú.

—Se lo diré a los demás —dijo Jordán, riendo.

Riendo a su vez, su madre respondió:

—Todos sois maravillosos, pero os lo puedo decir personalmente esta noche.

–No hace falta que vuelvas a llamar. Están todos aquí, desayunando.

–No me refería a eso. Brett y yo tomaremos un avión esta tarde. Estaremos en casa sobre las cinco.

Jordán se quedó perplejo.

–¿Venís hoy?

–Jordán, si no te conociera mejor, diría que no quieres verme.

Jordán le aseguró lo contrario. Pero estaba pensando en la comida campestre, a la que asistirían Georgia y sus hijos. Quería hablarle sobre el estudio, pero no antes de tener un local para montarlo.

Madre e hijo se despidieron. Tenía ganas de verla, y sus hermanos también. Pero con su madre allí, no sabía si podría tener un momento a solas con Georgia.

Y eso era lo que quería, porque estaba cansado de esperar. Pensaba cimentar la relación entre ellos con el método más antiguo de la humanidad.

Ahora que sabía por experiencia propia cómo reaccionaba ella ante él, sabía que lo suyo sería tan bueno, tan explosivo, que Georgia no podría volver a negarlo.

Ruth estaba en la cocina metiendo una bandeja de galletas en el horno cuando Georgia entró.

–Buenos días, mamá.

Ruth se volvió con una sonrisa y después se acercó a dar un beso a su hija en la mejilla.

–Te has levantado muy pronto.

Georgia se echó a reír.

–Tú también. ¿Ya estás cocinando?

Georgia fue directamente a la cafetera, como siempre. Ahora cada vez que bebía una taza pensaba en Jordán, y cómo la hizo sentir.

–Quería llevar algo a la comida. Tengo muchas ganas de ir.

Georgia sintió que se le hinchaba el corazón de felicidad. Hacía días que los niños no hablaban de otra cosa. Ella no se había dado cuenta de lo aislados y apartados que estaban. Trabajando tantas horas, tanto en el bar como en la casa, apenas les quedaba tiempo de ocio. Era como si cada día descubriera un fallo nuevo en su relación con sus seres más queridos.

–Lo siento. No había reparado en lo aislada que debes estar.

–¿Tú o yo? –preguntó Ruth.

Georgia fue a negarlo, pero su madre le quitó la taza y la dejó sobre la encimera. Después sujetó las dos manos de su hija y las apretó.

–Georgia, está bien reconocerlo. Y también está bien desear a un hombre.

–¡Mamá! –exclamó Georgia, poniéndose colorada.

–Oh, no me vengas con eso –dijo Ruth, ignorando el rubor de su hija—. Soy mayor, pero no estoy muerta. Sé lo que se siente. Y Jordán es... un hombre formidable. Personalmente pienso que eres una tonta por apartarlo de tu lado.

Georgia creyó desmayarse en mitad de la cocina.

–Claro que es formidable, y eso es lo que me asusta –dijo. Y con un tono más suave, añadió—: Sería tan fácil amarlo...

–¿Y por qué no? Los niños y yo lo adoramos, así que no veo por qué tú no.

Georgia negó con la cabeza.

—No es tan fácil, mamá. También pensé que amaba a Dennis.

—¡Y lo amabas! Y creo sinceramente que él te amaba a ti. Pero era demasiado joven, Georgia. Joven e inexperto —dijo Ruth. Titubeó un momento—. Siéntate. Quiero decirte una cosa.

Georgia asintió, pero antes de sentarse recuperó la taza de café. Imposible enfrentarse a su madre sin la cafeína. Por suerte, los niños seguían durmiendo y ellas podían hablar tranquilamente sin ser interrumpidas.

Georgia se sirvió otra taza de café, y miró a su alrededor. Todo funcionaba bien. Cierto que todavía quedaban muchos arreglos pendientes, pero nada crucial. Por fin podía ver la luz al final del túnel. Y aparte de lo estrictamente material, sus hijos estaban más alegres que nunca.

Morgan los había nombrado «ayudantes oficiales de sheriff», y les había entregado una chapa a cada uno. Casey los llevaba a nadar, y les estaba enseñando a pescar. Sawyer les dejaba escuchar los latidos del corazón con el estetoscopio.

Y Jordán...

Georgia suspiró sólo de pensar en él. Le sorprendía que un hombre pudiera ser tan maravilloso. Había acompañado a los niños a buscar salamandras en el bosque detrás de la casa. Un día incluso les dejó ayudar en la clínica, a pesar de que seguramente habían sido más una molestia que una ayuda. Pero a él no parecía importarle. Sus dos hijos empezaban el día hablando de él, y a menudo querían llamarlo por la noche para darle las buenas noches.

—¿Georgia?

No se había dado cuenta de que estaba parada en medio de la cocina. Miró a su madre y, sin poder contenerse, rompió a llorar.

Ruth no lloró con ella. Se levantó para abrazarla, riendo.

—El amor es incomprensible, ¿verdad?

Georgia intentó secarse los ojos y sujetar el café a la vez.

—No sé qué voy a hacer.

—Decírselo —dijo Ruth, separándola un poco para mirarle la cara. Cuando Georgia negó con la cabeza, continuó—. Cielo, no cometas los mismos errores que cometí yo. No pierdas el tiempo con miedos. A veces hay que arriesgarse, y creo que Jordán lo merece, ¿tú no?

Con un estremecimiento, Georgia alcanzó una servilleta de papel de la encimera y se sonó la nariz.

—Nunca ha dicho que me quisiera —susurró.

—¿Y? Tu padre me lo decía todas las noches, pero yo habría preferido que lo demostrara con sus actos. Que se preocupara cuando estaba cansada o enferma, o que me abrazara cuando estaba disgustada.

Georgia miró a su madre. Su padre nunca la había querido, no como ella quería a Adam y a Lisa.

—Jordán ha demostrado lo que siente por ti de muchas maneras —continuó Ruth.

—Oh, Dios.

Su madre tenía razón. Desde que conoció a Jordán supo que era diferente. Cierto que era mandón y arrogante, pero según su familia, sólo se comportaba así cuando algo o alguien le importaban de verdad. Ella no quería depender de él, pero... quizá fuera

positivo. Quizá pudieran compartir muchas cosas.

Además, sabía que siempre se odiaría si no daba a su relación al menos una oportunidad.

– Se lo diré hoy.

– ¡No sabes cómo me alegro! – exclamó su madre, riendo. La abrazó y volvió a sentarse en la silla –. ¿Qué tal una galleta para celebrarlo?

Desde la puerta, llegaron las voces de Adam y Lisa.

– ¡Yo también quiero una!

– ¡Y yo!

Georgia abrió los brazos a sus hijos, y pensó que tenía que ser la mujer más afortunada del mundo.

Jordán oyó el coche de Georgia y salió a recibirla. Los invitados habían llegado a lo largo de toda la tarde, y él estaba esperando impaciente su llegada. Había encontrado un estudio y se moría de ganas por ver su reacción.

En cuanto lo vieron, Adam y Lisa saltaron del coche y corrieron hacia él, seguidos de Ruth. Jordán apenas pudo contener la emoción que lo embargó al abrazar a los dos pequeños. Hablando a toda velocidad, le contaron lo de las galletas de su abuela y los dibujos que habían hecho para su consulta, sin olvidar la rana que habían encontrado en el jardín.

Jordán todavía estaba riendo cuando Ruth y Georgia llegaron a su altura. Ruth le dio un abrazo, pero Georgia desvió tímidamente la mirada. Siguiendo el ejemplo de su madre y los niños, Jordán la abrazó también. Para su sorpresa, Georgia se acurrucó contra él durante un momento y suspiró.

Simplemente con eso, él se excitó. Aunque cerca de ella siempre estaba en un estado de semiexcitación.

Ruth dijo que los niños y ella llevarían las galletas a Honey. Cuando se alejaron, Georgia se humedeció los labios con nerviosismo.

– ¿Georgia? ¿Ocurre algo? – dijo él, con la voz ronca, afectada no sólo por su necesidad sexual.

La quería, por completo y para siempre.

La tomó del brazo y la llevó hacia la parte posterior de la casa donde se había reunido todo el mundo.

Ella cerró los ojos y gimió suavemente. De repente dijo:

– Tengo que decirte algo. He estado pensando en lo que dijiste – lo miró con el ceño fruncido –. Aquella noche en el bar.

– Yo también quiero hablar de eso – asintió Jordán.

Ahora tenía opciones que ofrecerle, y esperaba que le gustaran.

– ¿Has cambiado de idea? – preguntó ella, alzando la cabeza hacia él, horrorizada –. ¿Ya no me deseas?

– ¿Qué? ¿De dónde has sacado esa idea?

– Pensé... – Georgia sacudió la cabeza, y echó a caminar de nuevo –. Pensé que, después de lo que te dije, habías decidido olvidarte de mí.

– Georgia.

¿Cómo podía pensar aquello? ¿Olvidarse de ella? Era en lo único en lo que pensaba. Acababan de entrar en el jardín de atrás.

—Me alegro, porque yo también te deseo — admitió ella, mirándolo a los ojos—. Lo que me hiciste la otra noche fue maravilloso y me encantó. No he podido pensar en mucho más. Pero quiero más que eso —dijo, y en un susurro añadió—: Quiero sentirte dentro de mí y quiero mirarte a la cara cuando llegues. Y quiero escuchar tu voz y abrazarte. Lo deseo tanto, que no puedo soportarlo más.

Jordán respiró profundamente, pero eso no lo ayudó. Le temblaban todos los músculos del cuerpo, y tenía una erección que amenazaba con romper las costuras de los vaqueros.

Entonces, el sonido de las conversaciones a pocos metros de donde estaban lo devolvió a la realidad, y Jordán se vio rodeado de familiares y amigos. Afortunadamente, ninguno les estaba prestando demasiada atención.

—Cielo, tú sí que sabes volver loco a un hombre.

Ella lo miró, con los ojos cargados de interrogantes. Y una invitación.

—Es lo justo. Tú también me has vuelto loca a mí —dijo ella, y le acarició la cara. Después se puso de puntillas y lo besó en la mejilla—. Me gustaría preguntarte una cosa.

—Dispara.

—Si no hubiera una relación personal entre nosotros, ¿seguirías queriendo ver a mis hijos? ¿O desaparecerías de sus vidas?

A Jordán no le importó en absoluto que le viera la ciudad entera. Le tomó la cara con las manos y la besó con una ternura infinita, cargada de promesas. Cuando levantó la cabeza, ella se apretó contra él, sin preocuparse en absoluto de las miradas ajenas.

—Adoro a tus hijos, cielo. Nunca les haría una cosa así.

—Eso pensaba —dijo ella, con lágrimas en los ojos.

Jordán sabía a qué se refería. El padre de los niños los había abandonado, igual que el suyo.

—Antes me preocupaba por mi padre — dijo él—. No por si estaba bien o no, sino por si la gente me relacionaba con él. Como tu ex marido, se largó después del divorcio y nadie ha vuelto a saber nada de él. Ni una llamada telefónica, ni una carta. A veces me odiaba de lo avergonzado que me sentía, no porque él no estuviera, sino porque mis hermanos tenían padres respetables, honrados y cariñosos, y mi padre no era así — confesó Jordán.

Era la primera vez que se lo contaba a alguien.

—Yo quería demostrar a todo el mundo que no era de su calaña, que era mejor que eso — continuó él.

Georgia le rodeó el cuerpo con los brazos y apoyó la cabeza en su pecho.

—Eres la mejor persona que he conocido en mi vida. Me haces sentir tan inferior — dijo ella, con un suspiro.

—¿De qué demonios estás hablando?

Jordán se separó de ella y la sacudió por los hombros, mirándola a la cara.

Georgia alzó los hombros.

—Entiendo que te preocupe desearme. Me quedé embarazada a los dieciséis años, llevo un divorcio a mis espaldas y bailo en un bar de carretera —dijo ella, con una fugaz y triste sonrisa—. No soy precisamente lo que se considera una persona con principios.

Jordán la apretó contra su cuerpo y la sujetó con fuerza.

—Nunca he conocido a una persona tan bella como tú. ¿Sabes lo que veo cuando te miró, Georgia?

Georgia negó con la cabeza.

—Veo a una mujer dispuesta a hacer lo que sea para ocuparse de las personas que dependen de ella. Una mujer con tanta fuerza, valor y honradez que puede superar cualquier revés del destino, y que a la vez es tan increíblemente dulce, que se me parte el corazón sólo de mirarla.

Georgia se echó a reír. Jordán notó que se secaba las lágrimas en su camisa y deseó estar a solas con ella.

—Haces que me sienta como una heroína de novela —susurró ella.

Jordán le pegó los labios a la oreja.

—Desde el momento en que te vi te deseé con una intensidad que daba miedo. Nunca me había ocurrido antes. Estoy tan excitado las veinticuatro horas del día que me duele, pero sólo te deseo a ti.

—Yo también. Te deseo tanto, que me asusta.

Jordán notó la presencia de alguien a su espalda. Se volvió y encontró a Morgan y a Gabe casi pegados a ellos.

—Eh, menudo espectáculo —dijo Morgan, sin disculparse por la interrupción—. Estáis ruborizando a todo el mundo, incluido yo. ¿Por qué no os buscáis una habitación?

Gabe apartó a Morgan de un empujón.

—¡Qué grosero eres! —le dijo, y después miró a Georgia—: No lo hagas sufrir más, cielo. Jordán no está acostumbrado a tanta excitación. Sawyer dice que no es bueno para su corazón.

Georgia se cubrió la cara con las manos y se echó a reír. Jordán pensó en arrojar a sus hermanos al lago, pero entonces Morgan susurró:

—El cenador queda bastante aislado. Me ocuparé de los niños, si queréis ir a... hablar de vuestras cosas.

En ese momento los niños jugaban con el enorme perro de Morgan. No muy lejos de allí, Ruth charlaba animadamente con el padre de Honey y Misty, y no dejaban de sonreír. Un poco más allá, Casey estaba sentado a la sombra de un árbol, rodeado de admiradoras. Gabe lo señaló con la cabeza.

—Llevan detrás de él todo el día. No puede ir a buscar una bebida sin que vayan todas detrás de él.

Mientras Gabe hablaba, otra joven se acercó al grupo. Era Emma. Llevaba un top que enseñaba más de lo que ocultaba y unos pantalones cortos que deberían ser ilegales. Iba descalza, con las sandalias en la mano, pero Casey no la miró. Era evidente que estaba haciendo un esfuerzo para ignorarla, hasta que una de las jóvenes hizo algún comentario desagradable y Emma, con la cabeza agachada, empezó a alejarse. En dos décimas de segundo Casey estaba a su lado. Parecieron discrepar por algo durante un momento, y después, Casey sacudió la cabeza, le pasó el brazo por los hombros y se la llevó pegada al cuerpo.

Una serie de protestas femeninas siguieron a la desaparición de Casey y Emma.

Georgia suspiró.

– Me encanta tu sobrino.

Morgan se echó a reír.

– A mí también, pero no sé qué es lo que está tramando.

– Pareja – dijo Gabe –, más vale que os vayáis vosotros también.

– Demasiado tarde – dijo Morgan, con una carcajada –. Teníais que haber huido mientras teníais la oportunidad.

Georgia frunció el ceño, sin comprender.

Los tres hombres miraban hacia la casa, sonriendo, y los tres echaron a andar a la vez. Jordán sujetó a Georgia de la mano y la llevó con él.

– ¿De qué estáis hablando? – preguntó Georgia.

– De nuestra madre – le informó Gabe –. Prepárate, Georgia. Viene directamente hacia aquí.

Capítulo 10

– Tienes unos hijos maravillosos.

Georgia sonrió a Megan, la madre de Jordán, mientras acariciaba el pelo de Lisa.

– Gracias.

Georgia había escuchado muchas historias sobre la terquedad de Megan y su fuerza de voluntad, por lo que había esperado una mujer físicamente grande y fuerte, más parecida a sus hijos. Pero aunque Megan era una mujer menuda y de aspecto frágil, era evidente que sabía tratar a sus hijos con mano de hierro.

Georgia tampoco entendía cómo una mujer tan pequeña podía haber tenido hijos tan grandes, aunque alguien comentó que a Megan siempre le gustaron los hombres grandes. Al ver a su actual esposo, Georgia lo entendió.

Brett Kasper era un hombre alto y grande, bastante parecido a su hijo Gabe, tanto en el físico como en el inmenso cuidado con que trataba a su esposa.

– Cuando venga Casey, se va a enterar – dijo Megan.

Georgia se echó a reír y se inclinó hacia ella.

– Se ha ido con una chica.

– Exactamente lo que me imaginaba – dijo la madre de Jordán, y miró a su hijo, sentado en una hamaca—. Se parece demasiado a sus tíos para no estar con una mujer.

Lisa se echó a reír, aunque probablemente no entendió el comentario; en ese momento, vio a Adam correr detrás del perro de Morgan, y fue con él.

– Se parece mucho a Gabe – dijo Jordán—. Siempre con un montón de chicas detrás,

Mientras hablaba, levantó uno de los pies de Georgia, le quitó la sandalia y empezó a darle un masaje. Georgia frunció el ceño, pero Megan se limitó a sonreír, y Jordán no pareció ni siquiera darse cuenta de lo que estaba haciendo.

– Creo que Emma lo persigue continuamente.

Tanto Megan como Jordán ignoraron los esfuerzos de Georgia por recuperar el pie.

– Jordán...

Éste le sonrió, y después dijo a su madre:

– Georgia es bailarina. Ya sabes, con zapatos de tacón.

– Ah, supongo que eso lo explica – dijo Megan, sonriendo.

Georgia deseó que se la tragara la tierra. Estaba muerta de vergüenza.

Megan se levantó.

– Ruth y Misty están llamando a los niños. Me parece que van a hacer palomitas. Iré a ayudar.

Efectivamente. Amber iba la primera, con Lisa y Adam detrás, seguidos del perro y el gato. Misty llevaba a Shohn en brazos mientras Ruth mantenía la puerta abierta para toda la procesión.

Puesto que Georgia no podía ponerse de pie, dado que Jordán le sujetaba firmemente ambos pies, Megan se agachó y le dio un beso y un abrazo.

—Esta vez nos quedaremos unos días por aquí —le dijo la madre de Jordán a Georgia—. ¿Crees que podemos quedar algún día para comer? Me encantaría volver a verte.

—Será un placer, gracias —dijo Georgia, con una sonrisa.

Después Megan tomó la cara de Jordán entre las manos y dijo:

—Me encanta verte tan feliz.

Jordán soltó una risita.

—A mí también me gusta esta situación.

Megan le dio un sonoro beso en la mejilla y se alejó. Georgia sonrió y miró a Jordán, pero éste estaba serio.

—¿Jordán?

Los dedos masculinos continuaban dándole un masaje, pero ahora con unos movimientos más sensuales y excitantes. Ella dejó escapar un gemido, imaginando las manos en otras partes de su anatomía.

—¿Sabes que estoy a punto de morir de lujuria? —susurró él—. En este momento te deseo tanto, que estoy a punto de...

—Eh —le interrumpió su hermano Sawyer, dándole una fuerte palmada en la espalda—. Resérvalo para cuando me haya alejado.

Jordán soltó un gruñido más que primitivo.

—Maldita sea, ¿queréis dejarme en paz de una vez?

Sawyer contuvo una carcajada.

—Mamá ha decidido quedarse con todos los niños esta noche —le informó—. Es posible que quiera echarte una mano —añadió con un falso susurro. Después miró a Georgia—. Mi madre dice si das permiso a Adam y Lisa para que se queden.

Jordán se puso en pie de un salto, sujetó la cabeza de Georgia por detrás y la besó.

—Di que sí.

—Sí.

Diez minutos más tarde, Georgia se vio camino del apartamento de Jordán encima del garaje. Sus hijos se habían despedido de ella sin fingir ni por un momento que la echarían de menos. Estaban encantados con la «acampada» organizada por Megan, a la que se habían apuntado también Brett, Ruth y el señor Malone, el padre de Misty y Honey.

Jordán se detuvo en el rellano que subía hacia su puerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó Georgia.

—Me ha parecido oír algo —dijo Jordán, frunciendo el ceño. Después sacudió la cabeza—. No importa. Será algún gato.

Le pasó el brazo por los hombros y juntos subieron las escaleras prácticamente corriendo. En cuanto cerraron la puerta tras ellos, Georgia se encontró en brazos de Jordán.

—Dios mío, te necesito —susurró él, acariciándola con la voz tanto como con las manos—. Déjame hacerte el amor toda la noche.

Georgia hubiera dicho que sí, pero él le cubrió la boca con la suya y le metió la lengua caliente, húmeda y hambrienta. Georgia sólo pudo gemir.

Jordán dejó una de sus enormes manos en el seno femenino, acariciándolo suavemente, y la otra curvada sobre la parte interior del muslo. Se apretó contra ella,

totalmente duro, con los músculos tensos y temblando de necesidad. Georgia sintió su erección contra el vientre y se frotó contra él.

En ese momento, él no pudo contenerse más.

Casey rió al ver que se apagaba la luz del piso de arriba. Jordán estaba con Georgia, y Casey nunca lo había visto tan feliz.

Casey estaba detrás del garaje, oculto entre las sombras, con Emma pegada a él. Con gran dulzura, él la separó.

– Tenemos que volver con los demás.

– No.

Emma le acarició el pecho desnudo con la mano, pero Casey la detuvo antes de que llegara a la cremallera de los vaqueros. Necesitó un gran esfuerzo para rechazarla.

– Emma – la regañó, deseando ser el único capaz de escuchar el temblor en su voz.

Habían empezado siendo amigos, pero Emma quería más. Ella era tan descarada, que era difícil no rendirse. Pero más que nada Emma necesitaba un amigo, no otra conquista. Y además, Casey no compartía.

– ¿Eres virgen? – preguntó ella, con provocación.

Casey se echó a reír al darse cuenta de su estrategia.

– Eso no es asunto tuyo – dijo él, acariciándole la mejilla con un dedo.

– Eres el único chico que conozco que no lo niega enseguida. Aunque no sea verdad.

– Ni lo niego ni lo confirmo. Emma – Casey le tomó la cara entre las manos y, a pesar de la resolución que había tomado de alejarse de ella, la besó –. No me importa lo que piensen los demás. Ya deberías saberlo. Además, lo que yo haya hecho o con quién no es importante.

– No – dijo ella, y en tono triste, añadió –: Es lo que he hecho yo, ¿verdad?

Casey repitió en voz alta lo mismo que había pensado.

– Yo no comparto.

– ¿Y si te prometo no...?

– Las vacaciones de verano casi han terminado, y yo pronto me iré a estudiar. No estaré aquí, así que de nada sirve hablar de eso.

Los ojos femeninos se llenaron de lágrimas. Casey sintió un escalofrío en las entrañas.

– Yo también me voy, Casey.

– ¿Adonde piensas ir?

– Eso no importa.

Casey podía ver el temblor de la boca femenina, aspirar su fragancia, que flotaba en la brisa nocturna. Con descaro, ella le tomó la mano y se la colocó sobre un seno.

Mascullando una maldición, Casey la abrazó y volvió a besarla. No importaba, se prometió él, acariciándole el pecho, buscando el pezón y acariciándolo con el pulgar.

Si lo hacía, estaba perdido, y si no también. Y a veces Emma era una tentación demasiado fuerte.

Pero no cambiaría nada. Se lo dijo con un apagado susurro, pero la única respuesta de la joven fue un gemido.

– Quería ir despacio – dijo Jordán, subiéndole la camiseta y desabrochándole el sujetador.

Tenía las manos muy grandes, pero incluso para él los senos desnudos de Georgia eran grandes y rotundos.

—No te atrevas a ir despacio —gimió ella, sujetándole la cabeza mientras él le tomaba un pezón con la boca—. Jordán.

Con un gemido, Georgia separó los muslos y se apretó contra él, utilizando el cuerpo para acariciar su erección, con movimientos sensuales y sinuosos, recordándole todas las fantasías que había tenido al verla bailar.

—¿Sabes lo que quiero? —dijo él, con la voz ronca, mientras pasaba al otro seno.

El pezón que acababa de abandonar estaba húmedo y tan duro que sólo verlo lo excitaba. La pegó contra la pared, sabiendo que si ella no iba más despacio, él no duraría ni tres segundos.

Georgia soltó una risa entre jadeos.

—Es evidente —dijo ella, metiendo la mano menuda entre los dos y curvándola sobre el miembro duro—. Esto te delata.

Jordán cerró los ojos con fuerza y se concentró en reprimir el orgasmo.

—No hagas eso —suplicó.

Se separó de ella, poniendo una distancia prudencial entre ambos, y la miró con los ojos nublados de pasión.

—No sé cómo lo has hecho, pero no quiero que esto termine enseguida. Ni para ti ni para mí.

Georgia lo miró a la vez que se apoyaba en la pared. Los senos desnudos subían y bajaban con respiraciones profundas y rápidos jadeos. Tenía las piernas separadas, y las manos pegadas a la pared. Despacio, sus labios dibujaron una sonrisa sensual y prometedora, y en sus ojos brilló un destello oscuro e invitador.

—Dime qué es lo que quieres, Jordán.

Él no titubeó.

—Quiero que me cabalgues. Quiero tumbarme de espaldas y mirarte mientras te das placer conmigo. Quiero ver todos los movimientos sensuales que haces cuando bailas, pero sólo para mí.

Georgia entreabrió los labios. Su respiración era cada vez más rápida y entrecortada.

—Y quiero todo eso mientras estoy dentro de ti.

Georgia se apartó de la pared, lo sujetó y lo besó: en la boca, en la garganta, en el pecho.

Jordán la sujetó por las nalgas, la levantó y fue hacia el dormitorio. Cuando las piernas femeninas le rodearon la cadera, él tuvo que detenerse y besarla profundamente, sintiéndose al borde mismo del orgasmo.

Al entrar en el dormitorio, Jordán tropezó con un par de pantalones que había en el suelo y llegó a la cama casi a trompicones. Allí se dejó caer sobre la colcha con Georgia en brazos.

—No te muevas —jadeó.

Georgia lo ignoró y trató de quitarle la camisa. Lo hizo él, y luego le quitó a ella la camiseta, los pantalones y las braguitas.

Sentándose sobre los talones, entre las piernas totalmente separadas de ella, él susurró:

–Podría correrme sólo mirándote.

Georgia gimió.

–No te muevas. Lo digo en serio –dijo él.

Y sin darle tiempo a nada, le sujetó las caderas, la alzó y la acarició con la lengua. Georgia estaba húmeda y preparada para él, y él continuó acariciándola vorazmente, tratando de tomar de ella todo lo que pudiera.

Totalmente dominada por el placer, Georgia se retorció y gimió bajo las caricias de la lengua masculina. Jordán le clavó los dedos en las nalgas y utilizó los pulgares para abrirla aún más, acariciándola con la lengua, mordisqueándola con los dientes y aspirando su olor embriagador.

Él sentía la erección latiendo fuertemente contra el pantalón, pero quería que ella obtuviera primero placer, porque no sabía cuánto podía durar él cuando la penetrara. Su intención había sido seducirla, pero con ella se olvidó de todo lo que sabía sobre las mujeres y se dejó llevar sólo por el instinto, lo que debió ser suficiente. Tras unos minutos de reaccionar a los gemidos, suaves movimientos y jadeos contenidos de Georgia, Jordán notó el comienzo del orgasmo en el cuerpo femenino.

Las caderas se estremecieron, los muslos temblaban y ella gimió, una y otra vez, apretándose contra la boca que la acariciaba y buscando todo lo que le podía ofrecer. Con la lengua, Jordán la acarició más profunda y rápidamente, hasta que ella llegó.

Cuando por fin Georgia se tranquilizó y el único sonido que se escuchaba en el silencio de la habitación era el de sus jadeos entrecortados, Jordán apoyó la cara en el muslo. El orgasmo de ella, como si hubiera sido propio, ayudó a calmarlo. Casi inadvertidamente, recorrió con los dedos la piel resbaladiza y los rizos castaños, arrancando nuevos gemidos de la boca femenina.

–Esto –susurró él, acariciando suavemente los pliegues hinchados, introduciendo dos dedos profundamente en ella – ha merecido la espera.

Ella se movió con él. A Jordán le encantaba verla desnuda y entregada en su cama. Cuando él sacó los dedos, ella dejó escapar un largo y tembloroso suspiro, y él decidió no esperar más. No quería que se quedara dormida. Sabía lo difícil que era despertarla.

Jordán se puso de pie junto a la cama y se quitó los vaqueros. Georgia lo observó con ojos entrecerrados, hasta que lo vio completamente desnudo. Entonces sintió que las mejillas le ardían de nuevo y que sus labios se entreabrían de deseo.

–Te quiero, Jordán –dijo de repente, tomándolo totalmente desprevenido.

Un puño invisible apretó con fuerza el corazón masculino. Toda la calma que había conseguido se disparó como por arte de magia.

Casi no tuvo ni sentido común ni paciencia para encontrar un preservativo y ponérselo. Cuando se sentó en la cama, Georgia lo tumbó de espaldas, y él se dejó hacer, más que dispuesto a darle el control.

Sin dudarle, ella se sentó a horcajadas sobre él. Durante un breve momento, le acarició los testículos, enloqueciéndolo con la mano.

Después, sujetó el pene y lo llevó hacia su interior.

Jordán la observó mientras ella se deslizaba por completo sobre él, envolviéndolo, y gimió profundamente. Con sólo la primera caricia de su cuerpo Jordán se sintió alcanzando la cima del placer.

–Georgia.

Ella se sentó por completo sobre él. Él le sujetó las caderas y la bajó aún más.

Cuando él fue a alzarla para no hacerle daño, ella negó con la cabeza y apoyó las manos en su pecho.

– Te quiero todo – dijo ella.

Jordán se concentró en no correrse, pero Georgia no se lo estaba poniendo fácil. Al principio, ella se quedó totalmente quieta. Con los dedos encontró los pezones endurecidos bajo el vello del pecho.

– Eres el hombre más atractivo y sexy que he visto en mi vida – murmuró ella –, y te he deseado desde el primer día que te vi entre el público.

Jordán se sintió a punto de estallar.

– Muévete – le suplicó, deseando que acabara con aquella lenta tortura.

Georgia lo obedeció, alzándose con tortuosa lentitud, y después dejándose caer sobre él con fuerza. Sólo tres caricias, tres veces de ver el hermoso cuerpo femenino deslizarse sobre su miembro totalmente erecto, fueron suficientes para hacer estallar a Jordán.

Le tomó los senos con las palmas de las manos, arqueó la espalda y explotó en ella. Para su inmensa sorpresa, cuando empezaba a recuperar la conciencia, la oyó gemir y al abrir los ojos la vio buscando su propio placer. Él todavía estaba duro, dentro de ella, y ella se mecía sobre él, con los senos subiendo y bajando, hasta que estalló en su segundo orgasmo.

Cuando Georgia se dejó caer sobre su pecho, Jordán la abrazó con fuerza. Le besó en la frente y en la nariz.

– Te quiero – susurró.

Y aunque ella no respondió, se acurrucó más contra él.

Sonriendo, Jordán se levantó un momento y cuando regresó, cubrió ambos cuerpos desnudos con una manta, dispuesto a mantenerla junto a él para siempre.

Georgia despertó a la mañana siguiente y la cama estaba vacía. Enseguida lo escuchó cantando. Con una sonrisa, se levantó de la cama y se envolvió en una sábana.

El apartamento era fabuloso. Situado encima del garaje, era diáfano y espacioso. Las únicas puertas eran las del cuarto de baño y el dormitorio. El resto era un espaciosa sala diáfana donde se ubicaban la cocina, el comedor y un amplísimo salón. Jordán, en vaqueros y con el torso desnudo, estaba en la cocina preparando café.

El teléfono sonó, y cuando Jordán se volvió para descolgar, la vio. Inmediatamente se olvidó del teléfono y fue hacia ella. Georgia se ruborizó.

– Buenos días – murmuró él, en tono su-gerente.

Oh, aquella voz tan sensual...

– Buenos días – respondió ella –. ¿No vas a contestar al teléfono?

– Que dejen un mensaje – dijo él, y se inclinó para besarla a la vez que le quitaba la sábana. Después, admiró el cuerpo desnudo – Eres preciosa.

Entonces, la persona que llamaba por teléfono dijo:

– Desde hace unas horas, el bar está oficialmente cerrado. Quién sabe cuánto durará, pero sabía que te gustaría saberlo. Servir bebidas alcohólicas a menores de edad es un delito grave, y la forma más rápida para perder la licencia. Creo que no nos será difícil mantenerlo cerrado. En fin, llámame cuando puedas y te daré todos los detalles.

Los dos se quedaron helados, Jordán con satisfacción, Georgia horrorizada.

Se acababa de quedar sin trabajo.

Arrancó la sábana de las manos de Jordán y se la sujetó contra la barbilla para cubrir su desnudez. Se sentía perdida, vulnerable y asustada. ¿Qué haría ahora? Sin ese trabajo, no podía pagar las facturas. Georgia tragó saliva y se volvió, dándole la espalda.

Él la sujetó por el hombro.

—¿Adonde vas? —preguntó.

—Tengo... tengo que encontrar un trabajo —dijo ella, sintiéndose a punto de desfallecer—. No sé, tengo que hacer algo —dijo, y de repente, sin pensarlo, añadió—: Jordán, ¿qué voy a hacer?

La expresión masculina se suavizó, y ella pensó que lo que había en sus ojos era lástima. Los detalles pasaron uno tras otro por su mente a la velocidad de la luz: las visitas al dentista de los niños, el seguro de su madre, las facturas de luz y de gas, la hipoteca... Aún no había tenido tiempo para ahorrar el dinero necesario.

—Tengo que encontrar un trabajo —repitió una vez más, pasándose la mano por el pelo.

La sábana cayó al suelo. Georgia ni siquiera se dio cuenta de que estaba desnuda.

Ya había buscado trabajo antes de aceptar el del bar de carretera. En ninguno le pagaban lo suficiente para cubrir todos los gastos.

Las manos de Jordán la sujetaron por los hombros, acariciándola, reconfortándola.

—Es muy pronto para hacer nada —dijo él—. Luego llamaré al sheriff y le pediré los detalles. Pero tengo algunas soluciones, cielo. ¿Quieres escucharme?

Georgia se dio cuenta de que había llegado a depender de él, quisiera reconocerlo o no. ¿Cómo lo había podido permitir? No podía soportar su caridad. Ya le había ofrecido trabajo una vez, pero no lo podía aceptar.

—Escúchame, maldita sea —exclamó él, recogiendo la sábana del suelo.

—No hay nada de qué hablar. No trabajaré para ti —le aseguró ella, totalmente ajena a su desnudez.

—No será necesario —dijo Jordán, empujándola suavemente al sofá y dándole la sábana para que se cubriera—. Escucha —continuó, sentándose con ella—, dijiste que querías opciones. Y las hay —Jordán aspiró hondo—. Puedes casarte conmigo —dijo.

Jordán esperó, observándola con detenimiento, pero ella se limitó a mirarlo, con incredulidad, y la expresión masculina se endureció.

—O puedes dar clases de baile en tu propio estudio.

Georgia no entendía ni lo del estudio ni la proposición de matrimonio. Aunque en realidad no era una proposición. Ni una sola vez le había dicho que la amaba, sólo que la deseaba. La noche anterior admitió respetarla, admirarla...

—Georgia, ¿me estás escuchando?

Ella parpadeó.

—Sí, pero no tengo ningún estudio.

—Te he encontrado uno —dijo él, cada vez más irritado—. Está en el centro. Era una tienda de artículos de broma, pero ahora el dueño se jubila y el local es muy grande y espacioso. Con una mínima restauración, quedará perfecto.

—¿Una tienda de artículos de broma? —preguntó ella, más aturdida aún.

Jordán le sujetó la barbilla y la besó con intensidad. Estaba temblando de rabia.

–Ya me he comprometido a comprar el edificio, así que no digas que no. Dijiste que te gustaba enseñar a bailar, y Misty y Honey me aseguraron que...

–¿Me has comprado un edificio? –dijo ella, poniéndose en pie de un salto.

Jordán no se levantó. Estiró los brazos sobre el respaldo del sofá, totalmente tenso.

–Sí. También te he pedido que te cases conmigo.

–No –dijo ella, negando con la cabeza—. Me has dicho que podía casarme contigo, que no es lo mismo.

–¿Quieres toda la parafernalia? ¿Quieres verme de rodillas a tus pies?

–¡No!

A Georgia le daba vueltas la cabeza. Sería tan fácil casarse con él, dejar que Jordán se ocupara de todo, pero había jurado no volver a poner su vida en manos de un hombre. Notó las mejillas húmedas y se dio cuenta de que estaba llorando.

–No puedo casarme contigo, Jordán. ¿Por qué ibas siquiera a sugerirme algo así?

Jordán cerró los ojos brevemente y se frotó la cara con la mano.

–Dijiste que me querías.

–Te quiero, pero... –trago saliva—. Tú lo tienes todo. Una familia maravillosa, un gran trabajo, formación universitaria, respetabilidad, un hogar, dinero,...

Él se puso de pie, impulsado por la cólera.

–¿Eso es lo que amas de mí? –rugió él, furioso—. ¿Lo que puedo darte?

Georgia nunca lo había visto así de encolerizado, pero no se asustó.

–No –le aseguró ella—. Te quiero por ti, por quién eres.

Jordán se acercó tanto a ella, que Georgia tuvo que echar la cabeza hacia atrás para verle la cara, hasta que el pecho desnudo le rozó los nudillos que sujetaban la sábana.

–Por eso te quiero yo también a ti.

–Pero yo... –dijo ella, sin verlo, con los ojos nublados por las lágrimas.

–Si vuelves a despreciarte así, me enfadarás de verdad –dijo él. Alzó una mano y le acarició dulcemente la mejilla—. ¿No me escuchaste anoche, cielo? Te dije que te quería. Estoy loco por ti. Toda mi familia lo sabe, incluso mi madre. Sí, tengo todo lo que has mencionado, pero no te tengo a ti. Y sin ti, no puedo ser feliz.

–Oh, Jordán –Georgia tragó saliva—. ¿De verdad me quieres?

–¿Qué pensabas, que me gustaba dar masajes en los pies?

Georgia perdió el poco control de sus emociones que le quedaba, soltó la sábana y se dejó caer en brazos de Jordán.

–¡Cómo te quiero!

–Me gusta, sabes. Darte masajes –dijo él, deslizando las manos bajo las nalgas femeninas y alzándola—. Cásate conmigo, Georgia. Déjame formar una familia contigo y los dos podremos ser muy felices.

–No... no me parece bien tomar tantas cosas de ti.

Él la mecía sobre su erección.

–¿Y esto, te parece bien?

Ella asintió y él la besó con ternura.

–¿Y esto?

–Jordán.

–¿Y esto?

Georgia sabía desde el principio que él podía seducirla con sólo susurrar unas

palabras, y ahora tenía pruebas evidentes de ello.

Epílogo

—Eh, papá.

Jordán levantó los ojos de la ensalada que estaba preparando y vio a Lisa entrando por la puerta principal, seguida de Adam y dos perros.

Jordán se agachó y abrazó a los dos niños con fuerza. La vida era maravillosa, pensó.

—Ya ha venido mamá — dijo Lisa.

Segundos más tarde entró Georgia. Bajo el abrigo llevaba las mallas y medias que utilizaba para las clases de baile. Jordán se levantó y, con los niños pegados a los costados y los perros ladrando y saltando entre ellos, le dio un apasionado beso en la boca.

—Hola — susurró.

Georgia le sonrió.

—¿A qué hora llegan los invitados?

Jordán le tomó el abrigo y lo colgó en una silla.

—Tienes tiempo para darte una ducha — dijo él—. Mientras tanto mis ayudantes de cocina pueden ir a lavarse las manos y empezar con el pan de ajo.

Lisa sonrió.

—Hemos preparado espaguetis, y la abuela va a traer el postre — dijo Lisa.

Jordán sonrió. La abuela estaba encantada con el señor Malone, que también estaba invitado. Ahora que Georgia y Jordán habían terminado de arreglar la granja y se habían instalado allí definitivamente con sus dos hijos, Ruth se había mudado al antiguo apartamento de Jordán sobre el garaje, donde podía disfrutar de la compañía del resto de la familia y gozar de cierta independencia. Además, el señor Malone, con la excusa de visitar a sus hijas, iba a visitarla con frecuencia.

—Hace falta mucho pan — gritó Adam, con las manos limpias—. Vamos a ser un montón.

—Casi veinte, si contamos a los niños — confirmó Jordán.

Georgia subió a ducharse y a cambiarse, y poco después los invitados empezaron a llegar.

A Jordán no le extrañó ver a Casey acompañado de otra hermosa joven. Casi nunca lo veía dos veces con la misma chica.

Casey se apoyó en el respaldo y los miró a todos con una indulgente sonrisa en los labios. En los últimos años habían cambiado mucho las cosas, y le encantaba.

La chica que estaba a su lado se aclaró la garganta. No se sentía muy cómoda en aquella reunión familiar donde todo el mundo parecía hablar y reír abiertamente, pero a Casey no le importaba. Era guapa, sexy y dudaba mucho de que volviera a quedar con ella. Aunque sólo tenía diecisiete años y le quedaban muchos años de universidad por delante, a veces se preguntaba si alguna vez conocería a la mujer ideal.

Una imagen de grandes ojos castaños cargados de curiosidad sexual, tristeza y finalmente rechazo se formó en su mente. Casey se preguntó si no la habría

encontrado, y apartado de su lado.

Oyó a Georgia hablar con su acompañante y volvió a la realidad. No, no era perfecta, pero tampoco lo mantenía despierto por las noches. Y eso era lo que quería, porque no estaba dispuesto a permitir que nada desbaratara los planes que tenía para el futuro. Con un suspiro, decidió olvidarse de las mujeres y del futuro y simplemente disfrutar de la velada familiar.

Ya era tarde cuando Casey llegó por fin a casa después de dejar a su acompañante. Acababa de quitarse la camisa cuando sonaron unos fuertes golpes en la puerta principal. Su padre y él se encontraron en el vestíbulo, los dos con el ceño fruncido. Honey corría tras ellos, abrochándose la bata.

Cuando Sawyer abrió la puerta, se encontraron al padre de Emma. El hombre llevaba a su hija sujeta por el brazo, y estaba furioso.

Lo primero que pensó Casey era que Emma no se había ido después de todo. Después, al fijarse más en la cara de la joven, estalló en cólera.

Se había equivocado. Sus planes iban a cambiar, y mucho.

*Podrás conocer la historia de Casey
el próximo mes en el número de la colección Grandes Autoras, titulado:
Grabado en mi corazón, de Lori Foster.*

FIN